

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

TOMO LXVII, enero-junio de 2002, N.º 263-264



BUENOS AIRES
2003

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director: Pedro Luis Barcia

Consejo Asesor

Federico Peltzer, Carlos Alberto Ronchi March, Alicia Jurado,
Gloria Videla de Rivero, Grégorio Salvador, Manuel Seco,
Alonso Zamora Vicente, Humberto López Morales.

SUMARIO

ARTÍCULOS

Barcia, Pedro Luis, <i>Brevísima historia de la Academia Argentina de Letras</i>	9
--	---

CELEBRACIÓN: "DÍA DEL IDIOMA"

Peltzer, Federico, <i>Lengua y habla en el escritor</i>	31
Blaisten, Isidoro, <i>La devaluación de la lengua</i>	37
Zuleta, Emilia P. de, <i>La lengua española y el habla de los argentinos</i>	41
Barcia, Pedro Luis, <i>Las labores panhispánicas en torno a la lengua</i>	47

RECEPCIÓN DE LA ACADÉMICA DE NÚMERO

DOÑA EMILIA PUCEIRO DE ZULETA

Barcia, Pedro Luis, <i>Palabras de apertura</i>	53
Jurado, Alicia, <i>Presentación de Emilia Puceiro de Zuleta</i>	63
Zuleta, Emilia P. de, <i>Alfonso Reyes y la función de la crítica</i>	67

(Continúa en la contratapa)

El contenido y la forma de los trabajos publicados en este *Boletín* son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Los textos contenidos en este *Boletín* podrán reproducirse con previa autorización escrita de la Academia.

**BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS**

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
Sánchez de Bustamante 2663
C1425DVA - Buenos Aires
Teléfonos: 4802-3814/5162
Fax: 4802-8340

Portal de la Academia en UNIVERSIA:
www.aal.universia.com.ar

Portal de la Academia en la
BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES:
www.cervantesvirtual.com/portal/AAL

Departamento de Despacho:
aaldespa@fibertel.com.ar
despacho@aal.universia.com.ar

Biblioteca:
aalbibl@fibertel.com.ar
biblioteca@aal.universia.com.ar

Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas:
investigaciones@aal.universia.com.ar
diha@aal.universia.com.ar
consultas@aal.universia.com.ar

Departamento de Administración:
aaladmin@fibertel.com.ar
administracion@aal.universia.com.ar
publicaciones@aal.universia.com.ar

© 2003 ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Inscripción en el Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N.º 210977
I.S.S.N. 0001-3757

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

MESA DIRECTIVA

Presidente: Don Pedro Luis Barcia

Secretario general: Don Rodolfo Modern

Tesorero: Don Federico Peltzer

ACADÉMICOS HONORARIOS

Don Antonio Pagés Larraya

Don Adolfo Pérez Zelaschi

Don José María Castiñeira de Dios

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Don Carlos Alberto Ronchi March

Doña Alicia Jurado

Don Horacio Armani

Don Oscar Tacca

Don José Edmundo Clemente

Don Horacio Castillo

Don Santiago Kovadloff

Don Antonio Requeni

Don José Luis Moure

Don Isidoro Blaisten

Doña Emilia P. de Zuleta

Doña Alicia María Zorrilla

Don Jorge Cruz

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

Don Pedro Grases (Venezuela)
Don Alonso Zamora Vicente (España)
Don Paulo Estevas de Berredo Carneiro (Brasil)
Don Alberto Wagner de Reyna (Perú)
Don Ramón García Pelayo y Gross (Francia)
Don Franco Meregalli (Italia)
Don Juan B. Avals-Arce (Estados Unidos de Norteamérica)
Don Gastón Gori (Santa Fe, Rep. Argentina)
Doña Elena Rojas Mayer (Tucumán, Rep. Argentina)
Doña Ángela B. Dellepiane (Estados Unidos de Norteamérica)
Don Roberto Paoli (Italia)
Don Giovanni Meo Zilio (Italia)
Don Raúl Aráoz Anzoátegui (Salta, Rep. Argentina)
Don José Luis Vítteri (Santa Fe, Rep. Argentina)
Don Carlos Orlando Nálim (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Hugo Rodríguez Alcalá (Paraguay)
Don Walter Rela (Rep. Oriental del Uruguay)
Don Alejandro Nicotra (Córdoba, Rep. Argentina)
Doña Luisa López Grigera (España)
Don Susnigdha Dey (India)
Doña Gloria Videla de Rivero (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Dietrich Briesemeister (Alemania)
Doña Nélida E. Donni de Mirandé (Rosario, Rep. Argentina)
Don Aledo Luis Meloni (Chaco, Rep. Argentina)
Don Rafael Felipe Oterño (Mar del Plata, Rep. Argentina)
Don Oscar Caeiro (Córdoba, Rep. Argentina)
Don José Saramago (Portugal)
Don Bernard Pottier (Francia)
Don Francisco Rodríguez Adrados (España)
Don Carlos Hugo Aparicio (Salta, Rep. Argentina)
Don Néstor Groppa (San Salvador de Jujuy, Rep. Argentina)
Don Héctor Tizón (San Salvador de Jujuy, Rep. Argentina)
Doña Margherita Morreale (Italia)
Don Gregorio Salvador (España)
Don Humberto López Morales (Puerto Rico)
Don Héctor Balsas Ferreiro (Rep. Oriental del Uruguay)

Don Luis Gómez Macker (Chile)
Don Carlos Jones Gaye (Rep. Oriental del Uruguay)
Don Alfredo Matus Olivier (Chile)
Don José María Obaldía Lago (Rep. Oriental del Uruguay)
Don Jacques Joset (Bélgica)
Doña Irma Cuña (Neuquén, Rep. Argentina)
Don Juan Carlos Torchia Estrada (Estados Unidos de Norteamérica)
Don Gustav Siebenmann (Suiza)
Don Víctor García de la Concha (España)
Don Odón Betanzos-Palacios (Estados Unidos de Norteamérica)
Don Francisco Marcos Marín (España)
Don César Eduardo Quiroga Salcedo (San Juan, Rep. Argentina)
Don Francisco Darío Villanueva Prieto (España)
Don César Aníbal Fernández (Río Negro, Rep. Argentina)
Doña Susana L. Martorell de Laconi (Salta, Rep. Argentina)
Doña Ana Ester Virkel (Chubut, Rep. Argentina)
Doña Olga Zamboni (Misiones, Rep. Argentina)
Doña Gladys Teresa Girbal de De Combi (La Pampa, Rep. Argentina)

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO LXVII

enero-junio de 2002

N.º 263-264

BREVÍSIMA HISTORIA
DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS*

En nombre de la Academia Argentina de Letras y del Ministerio de Educación de mi país, rindo homenaje, y hago mi respetuoso “enclín” berceano, a don Alonso Zamora Vicente quien, con generosa siembra, vivió cuatro floridos y plenos años entre nosotros, de 1948 a 1952: dirigió el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires; fundó la revista *Filología*, de vida vigente; publicó libros definitivos de crítica literaria, ediciones de clásicos y estudios lingüísticos; y colaboró activamente en el suplemento cultural del diario porteño *La Nación* y en revistas, como *Buenos Aires Literaria*. Su presencia dejó impronta. Le aplicamos a él las palabras que destinó, al final de su presentación del número inicial de *Filología*, al maestro don Ramón Menéndez Pidal: “Nos sentimos obligados, por deuda impagable, a continuar, en la escasa dimensión de nuestras fuerzas, las exigencias de su lograda, bien llena vocación”, escribió en agosto de 1949.

En 1968 declaró: “Yo escribo los domingos”. Cierto es. Pero hay más. Alonso Zamora Vicente escribe dominicalmente, con ánimo festivo dominical. Cumple con aquello del francés: “La literatura es el domingo del espíritu”.

* Conferencia pronunciada en la Jornada de Clausura de Homenaje a don Alonso Zamora Vicente, al otorgarle la Universidad de Alicante el título de “Doctor Honoris Causa”, el día 15 de marzo de 2002.

Con natural orgullo subrayamos que, desde 1962, es Miembro Correspondiente de nuestra Academia y del Consejo Asesor de nuestro *Boletín*. El presente trabajo es el germen de un proyecto mayor motivado, *servata distantia*, por la magna *Historia de la Real Academia Española*, del maestro Zamora Vicente.

PREHISTORIA. PRECURSIONES

La historia de nuestra Academia tiene su prehistoria, protagonizada por dos instituciones precursoras de la actual Corporación, y caldeada por una sostenida polémica, cuya sangre no llegó al Río de la Plata. Abocetaré, inicialmente, esta primera etapa.

Academia Argentina de Ciencias y Letras (1873-1879)

El 9 de julio –fecha de nuestra independencia nacional, elegida con intencionalidad política– de 1873 se fundó, en Buenos Aires, la Academia Argentina de Ciencias y Letras. Su presidente fue el dramaturgo y poeta don Martín Coronado. Integró esta Sociedad un conjunto de intelectuales argentinos representantes de las diversas esferas del saber: gente del derecho, como Juan Carballido, Gregorio Uriarte, Luis A. Pinto y Carlos Basabilbaso; periodistas, como Carlos Vega Belgrano; poetas, como Rafael Obligado y A. Lamarque; científicos, como Eduardo Ladislao Holmberg, Enrique Lynch Arribálzaga, Luis Fontana y Atanasio Quiroga; artistas plásticos, como Ventura Lynch y Lucio Correa Morales; historiadores, como Clemente Fregeiro y eruditos en todo terreno, como Ernesto Quesada. La Corporación alentó hasta 1879, año en el que suspendió sus sesiones para siempre.

La Academia no tuvo un órgano oficial que comunicara sus labores, aunque sí alguno oficioso, como *El Plata Literario* (1876), de un solo año de vida. La institución aplicó su atención muy particularmente a cuestiones de la cultura nacional, aspectos argentinos de la literatura, las artes, la geografía, la botánica y la lengua. El principal proyecto que atareó a esta Academia fue la elaboración de un *Diccionario de arjentinismos*, *Diccionario del lenguaje arjentino* o *Diccionario del lenguaje nacional*, que fueron los varios nombres que recibió el intento. En rigor, avanzó en el proyecto con paso firme, pues en

1876, ya había agavillado dos mil voces y quinientas locuciones en sus correspondientes cédulas. Y, a la muerte de la Academia, el registro de argentinismos ascendía a algo más de 4000 vocablos, según testimonios de algunos de los académicos. Este *Diccionario de argentinismos* se nos propone como el primero en su especie. La historia de nuestros lexicones la hemos trazado en el estudio preliminar al *Diccionario del habla de los argentinos* (Buenos Aires: AAL – Espasa, 2003, pp. 10-63).

La Academia Argentina de Ciencias y Letras trabajó con estimable disciplina en su lexicón. Se redactó un prospecto con instrucciones para el trabajo lexicográfico, lo que hoy llamaríamos la *planta*, se constituyó una comisión con representantes de distintas disciplinas, que se reunía semanalmente a proponer y discutir los vocablos para la compilación. Hacia 1876, se habían organizado subcomisiones especializadas para la labor. Incluso, con neta conciencia de las variantes regionales de la lengua, se designaron académicos correspondientes del interior de la Argentina, a los que se consultaba sobre el ámbito de uso de los términos en cuestión y se les solicitaba proposición de voces. De esta ardua labor solo, al parecer, ha sobrevivido una docena de vocablos publicados en *El Plata Literario*, que di a conocer en el seno del trabajo de investigación que destiné a esta publicación¹. Allí me demoro en detalles de la planta y ejemplificación de diversas observaciones sobre este léxico argentino. A la vez, por otras fuentes, he rescatado otro conjunto de vocablos tratados por la Academia.

En *El Plata Literario*, se publicó la “Colección de voces americanas”, preparada por Manuel Trelles hacia 1853, con 309 voces, conocida por J. M. Gutiérrez, quien le dedica una carta con consideraciones notables sobre las condiciones que debe cumplir un *Diccionario de americanismos*. Estos documentos los reproduce en mi trabajo citado anteriormente.

¹ BARCIA, PEDRO LUIS. “El Plata Literario (1876). Estudio. Aportes lexicográficos: Índices”. En *SEBA, Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*. N.º 11 (2001), pp. 77-124; hay separata.

El mayor aporte de la Academia Argentina de Ciencias y Letras fue este nonato *Diccionario de argentinismos*, el primero como proyecto académico en nuestra historia lexicográfica nacional. Lamentablemente, la obra quedó inconclusa al disolverse la Corporación en 1879.

Polémicas en torno a la potencial Correspondiente (1870-1880)

En la década del setenta, se abrieron algunas disputas a propósito de la designación de Miembros Correspondientes de la Real Academia de la Lengua en la Argentina. Aceptaron su designación Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, don Ángel Justiniano Carranza, Luis Domínguez, Carlos Guido Spano, Vicente Quesada, Pastor Obligado, Ernesto Quesada y Carlos María Ocantos. En 1875, Juan María Gutiérrez rechazó públicamente su diploma y se demoró en una desnivelada polémica con un publicista español radicado entre nosotros, Juan Martínez Villergas. Los textos de la polémica, ventilada en diarios de la época, fueron reunidos en el tomo *Cartas de un porteño*². No podía faltar en estos trámites, la nota nacional: don Juan Bautista Alberdi aceptó su denominación, pero jamás recibió su diploma de correspondiente... extraviado por el ineficiente correo argentino. Frente al programa aprobado por la Academia Española de creación de Academias correspondientes, en noviembre de 1870, Alberdi se planteaba si se trataba de "La recolonización literaria de la América del Sur por la Academia Española", para concluir que España no debe ser sospechada de intenciones restauradoras en el terreno cultural³.

En dicha década, se cruzaron algunas cañas en torno a la cuestión, propuesta por la Real Academia, de la creación de Academias Corres-

² GUTIÉRREZ, JUAN MARÍA. *Cartas de un porteño: polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española, sostenida por Juan Martínez Villergas, seguida de «Sarmienticidio»*. Prólogo y notas de Ernesto Morales. Buenos Aires: Editorial Americana, 1942.

³ ALBERDI, JUAN BAUTISTA. "De los destinos de la lengua castellana en la América antes española" (1871) y "Evolución de la lengua española" (1875). En *Obras seleccionadas*. Nueva edición ordenada, revisada y precedida de una introducción por el doctor Joaquín V. González. Buenos Aires: "La Facultad", 1920, t. II, Páginas literarias, vol. 2, pp. 305-317 y 319-342, respectivamente.

pondientes en Hispanoamérica. Algo tardíamente, en 1889, se traba una disputa por la conveniencia de aceptar dicha iniciativa entre el poeta Rafael Obligado —quien había opinado favorablemente en una entrevista del diario *La Prensa*, de Buenos Aires— y su amigo Juan Antonio Argerich. Me he detenido en este pleito, en el estudio preliminar a las *Prosas*, de Obligado, que rescaté y publiqué en la Academia hace un cuarto de siglo; a él refiero para evitar mayor detalle⁴.

Argerich llama a la potencial correspondiente “la sucursal” (“Por la negativa. La sucursal de la Academia”, en *La Nación*, Buenos Aires, 6 de agosto de 1889, p. 1, cols. 2-3), y denuncia que su establecimiento afectará a la soberanía nacional con “avasallamientos” y “vasallajes”. Propone, a su vez, “una Academia argentina de la lengua castellana” que genere su propio diccionario, como el *Webster* norteamericano frente a los léxicos ingleses. Obligado responderá, entre bromas y veras, con cuatro artículos, titulados: “Por la afirmativa. Cuestión casera” (*La Nación*, Buenos Aires, 7, 9, 11 y 14 de agosto de 1889, p. 1). Como se sabe, Obligado sostuvo, en trabajos críticos, un firme argentinismo estético, pero no extravía su postura al abordar estas cuestiones. Por el contrario, estima que es innegable la autoridad de España en el idioma, reconoce el caudal literario que la sustenta, de varios siglos, frente a nuestros balbuceos de una literatura nacional y, por fin, dice:

Si ha producido el mejor diccionario, como usted y yo creemos, ¿cómo negarle nuestro aplauso?, ¿cómo no hacerle justicia?, ¿cómo ser irrespetuosos con ella, después de reconocerle el servicio eminente? (*Prosas*, p. 71).

Y hace esta manifestación que, diez años después, habrá de cumplir cabalmente:

Suponga usted que ya estoy nombrado miembro correspondiente de la Academia, y concediéndome una virtud que no tengo, imagíneme laboriosísimo en el cumplimiento de mis nuevos deberes. ¿Cuáles son ellos? Voy a expresárselos gráficamente:

⁴ OBLIGADO, RAFAEL. *Prosas*. Compilación y prólogo de Pedro Luis Barcia. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1976. 358 pp.; estudio preliminar, pp. XIII-LXXVI.

“Señor Secretario de la Academia:

En mi país son de uso literario y corriente las siguientes palabras, las cuales, en mi sentir, deben incluirse en el gran *Diccionario de la lengua*. Saludo a usted, etc...”. A continuación de esta breve misiva, doctor amigo, lea usted una lista de nombres, verbos, locuciones y modismos Argentinos, y pare usted de contar.

—¿Que la Academia no los acepta? ¡Peor para ella!... y no para mí, que los seguiré usando a destajo. (*Prosas*, p. 74)

Argerich ridiculiza la labor de la posible Correspondiente, como puesta a la caza de *atorrantes* para suplantarlos por *vagabundos*.

En la cuarta entrega, Obligado profetiza que “la Academia Correspondiente no se fundará” por dos razones:

La primera, porque somos asustadizos en materia de independencia literaria, cuando de España se trata, aunque doblemos el cuello mansamente a las demás naciones, especialmente a aquella que usted sabe; y la segunda, porque... vaya, porque somos así. (*Prosas*, p. 84)

Un artículo final de Argerich cierra con su título la cuestión disputada: “El entierro de la sucursal” (*La Nación*, Buenos Aires, 14 de agosto de 1889, p. 1, cols. 3-4). Sepultada antes de nacida.

Al año siguiente de la disputa, Obligado aceptará su diploma de correspondiente y lo hará público en una carta a Tamayo y Baus (*La Nación*, jueves 16 de enero de 1890, p. 2; v. *Prosas*, pp. 89-90).

Primera propuesta nacional de una Correspondiente (1903)

En 1903, al cabo del largo estudio preliminar que Estanislao S. Zeballos, correspondiente de la Real Academia, compone para la primera edición del libro de Ricardo Monner Sans, *Notas al castellano en la Argentina* (Buenos Aires, 1903), el polígrafo propone a los académicos correspondientes de la Real Academia Española de la Lengua en la República Argentina, señores Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Vicente G. Quesada, Carlos Guido Spano, Rafael Obligado, Calixto Oyuela, Ernesto Quesada y el propio Zeballos (estos ocho vivos y presentes en el país, pues habían muerto para entonces Juan Bautista Alberdi, Ángel Justiniano Carranza, Luis Domínguez; y don Carlos María Ocantos residía en Madrid):

Reuníos y organizad la Sección Argentina de la Academia, a semejanza de las de Colombia, de México y de Venezuela.

Contribuid al perfeccionamiento del *Diccionario* y a su riqueza por la proposición de neologismos y de americanismos.

Y sobre todo, y con patriótico anhelo, ved que en vuestro país se hable y escriba correctamente una lengua y sea ella la que, sonora y copiosa, habla el pueblo argentino en el acta de su independencia, en la más liberal y humanitaria de las constituciones políticas, en sus leyes tutelares de los derechos del hombre, que no solamente del ciudadano, en las páginas épicas de su breve historia, en las aspiraciones de sus patricios, en las plegarias matinales de los niños, y en la inefable bendición de las virtuosas madres⁵.

Esta enfática convocatoria, que firma, significativamente, un 25 de mayo, aniversario del Cabildo fundacional de la Argentina independentista, no fue escuchada ni halló concreción.

La primera Academia Argentina de Letras alentó de 1873 a 1879. En 1903, el compatriota Zeballos instó a la creación de una Academia Argentina correspondiente, pero no cuajó su moción, como acabo de señalar. Sí, en cambio, siete años después, con motivo del cumplésiglos del año 1810, plasmó, en este período de la prehistoria de nuestra Corporación, la fundación de la primera, desconocida y olvidada Academia Argentina de la Lengua, Correspondiente de la Real de España. Su existencia ha permanecido ignorada por los investigadores y por cuantos se han referido, ocasionalmente, al origen de nuestra actual institución. Veamos los hechos.

Academia Argentina de la Lengua, Correspondiente de la Real (1910)

Con motivo del centenario de Mayo, en 1910, acudió al país, como representante del gobierno español, Su Alteza Real la Infanta Isabel María Francisca de Borbón. En su comitiva, viajó don Eugenio

⁵ ZEBALLOS, ESTANISLAO S. "Prólogo: El castellano en América". En MONNER SANS, RICARDO. *Notas al castellano en la Argentina*. Buenos Aires: Imp. Carlos Parral, 1903, pp. VII-XXXV.

Sellés, Marqués de Gerona, miembro de la Real Academia. Traía la misión de fundar en Buenos Aires una Academia Argentina, correspondiente de la matritense. Invitó a los once académicos argentinos correspondientes a una reunión, que se realizó el 28 de mayo en la residencia porteña de la Infanta Isabel. Según el acta labrada, asistieron a la reunión los correspondientes: Vicente G. Quesada, Calixto Oyuela, Rafael Obligado, Ernesto Quesada, Joaquín V. González, Estanislao S. Zeballos, Pastor S. Obligado y Belisario Roldán (hijo). Es decir, ocho de los once argentinos. Se resolvió, en esa fecha, por unanimidad, fundar la mencionada Academia Argentina, correspondiente de la Española; designar como Director y Secretario perpetuos a don Vicente Quesada y a Calixto Oyuela, respectivamente; y fijar en dieciocho el número de los académicos.

Dos días después, el 30 de mayo, se reunieron los ocho miembros fundadores en casa de Vicente G. Quesada, que valdrá entonces, como sede de la Academia Argentina de la Lengua, según se decidió llamarla⁶. En esta sesión inicial de la institución, Rafael Obligado propuso, de viva voz, un plan de actividades. Al año siguiente, lo definió por escrito, en carta del 10 de noviembre de 1911, al Director de la Academia Argentina de la Lengua, Dr. D. Vicente G. Quesada. He recogido este documento en el ya citado volumen *Prosas*, de Obligado (pp. 97-102). Es importante rescatar las sugerencias, aceptadas por la novísima Academia:

1. Corrección y ampliación de las definiciones de los argentinismos incluidos en la decimotercia edición del *Diccionario*, de la Academia Española. Añadiendo sólo sus derivados, para dar restringido principio a la tarea.
2. Distribuir entre los académicos, para esta labor, las letras del *Diccionario*. Obligado, a quien correspondió la "A" subraya que no pasan de treinta los argentinismos y sus derivados. Señala cómo varias de las que creyó acepciones nuestras eran, en realidad, arcaísmos españoles.

⁶ ZEBALLOS, ESTANISLAO. "Fundación de la Academia Argentina de la Lengua". En *Revista de Derecho, Historia y Letras*. T. 41 (1911), pp. 177-182..

3. Dirigir a la Academia Española, en nota razonada, las siguientes proposiciones:
 1. Que invite a las correspondientes de América a coleccionar y definir las voces y locuciones regionales para publicarlas en conjunto, e independientemente del léxico castellano, con el objeto de iniciar la formación de un vocabulario hispanoamericano.
 2. Que la Academia central se encargue de la coordinación de las papeletas lexicográficas, de mencionar los países de donde provienen, los diversos significados o acepciones comunes en ellos, y si la voz es también usada en España.
 3. Que el objeto principal del vocabulario es ofrecerlo a la Academia para que tome de él las palabras que juzgue conveniente incluir en su *Diccionario*.
 4. Que se llevará a cabo la publicación de la obra cuando, a juicio de aquel cuerpo, se le haya enviado material bastante para una primera edición del vocabulario.
 5. Que la Academia Argentina de la Lengua propondrá oportunamente la forma de costear la impresión del vocabulario hispanoamericano, de modo que no sea gravosa para la Academia Española.

La propuesta de Obligado tiende a evitar roces y situaciones enojosas —como se dieron entre la Academia Española y algunas correspondientes— de rechazos o desconsideración de las propuestas elevadas para incluir en el gran léxico común y, a la vez, para salvar suspicacias y celos de nacionalismos y de soberanía cultural. La labor de las Correspondientes se centraría en la elaboración del gran *Diccionario de americanismos*, como obra de labor específica, del cual, la Española tomará aquello que estime conveniente para el *Diccionario* general.

De seguido, Obligado, viejo batallador por un diccionario de argentinismos desde, por lo menos, 1873, en las sesiones de la Academia Argentina de Ciencias y Letras, celebradas en los altos de su casa —tertulias en las que se había sustituido el tradicional chocolate por el mate criollo—, y preservador del caudal de los cuatro mil reunidos, recuerda la existencia de varias fuentes, unas impresas y otras inéditas, a las cuales recurrir para la tarea lexicográfica.

En el marco de la propuesta del poeta de *Santos Vega*, otro cofrade, Estanislao Zeballos, propuso un modelo de asiento lexicográfico a partir de la expresión: “caballo recelador” y “caballo retajado”, interesante como muestra de una labor sistemática.

El mismo Zeballos eleva a la Academia Argentina, ese mismo año de 1911, algunas sugerencias complementarias del programa de Obligado. Se ha entendido, finalmente, que no son suficientes “los guerrilleros de la lexicografía”, como llaman Zeballos y Quesada a aquellos que, en un trabajo individual, solitario, se esforzaban por aportar su contribución al estudio de los “regionalismos” —como también se decía por entonces— o americanismos. Se impone la labor corporativa o “las corporaciones confederadas” —al decir de los autores del *Informe*, de 1911— de toda Hispanoamérica y España para el trabajo en pro del bien común del idioma. Ernesto Quesada y Zeballos señalan que no ha sido convocada la Correspondiente argentina para colaborar en la preparación de la decimocuarta edición del *Diccionario*, y a esta incomunicación con lo peninsular se le suma la interamericana:

Nuestra academia aún no ha recibido contestación a la comunicación circular dirigida a cada una de las corporaciones hermanas, participándoles la instalación de la nuestra y solicitando la colección de sus publicaciones para nuestra incipiente biblioteca⁷.

Fundada con el ánimo exultante del Centenario de Mayo, en 1910, la Academia Argentina de la Lengua, primera correspondiente de nuestro país, se aplicó a la tarea de elaborar un *Diccionario de argentinismos*, apoyado en los aportes existentes, éditos e inéditos. En los primeros meses de 1911, se incorporaron nuevos académicos: el latinista Osvaldo Magnasco, José María Ramos Mejía, Enrique Rivarola, José N. Matienzo y Samuel Lafone Quevedo. Pero, andados los meses, la labor pareció espaciarse y amortecerse el entusiasmo inicial, quizá por falta de eco en las Academias restantes de Hispanoamérica y España, los cambios políticos y el poco o ningún apoyo en los medios de comunicación porteños. Es curioso verificar la casi inexistencia de menciones a la creación y a los proyectos de la Acade-

⁷ QUESADA, ERNESTO y ESTANISLAO ZEBALLOS. “Informe a la Academia Argentina de la Lengua”. En *Revista de Derecho, Historia y Letras...* pp. 228-265.

mia en la prensa local y en las revistas culturales del medio argentino. Valga un solo indicador: en ninguna página de la veterana y longeva revista *Nosotros*, aparece mención, ni siquiera el nombre de la joven Corporación. Su vida se diluirá con el andar del tiempo, hasta el punto de que ninguna referencia a ella existe en investigaciones y panoramas sobre labores de su campo.

HISTORIA DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

La institución que hoy conocemos como Academia Argentina de Letras fue creada por decreto del 13 de agosto de 1931, del Presidente provisional de la Nación, general José Félix Uriburu, y su Ministro de Justicia e Instrucción Pública don Guillermo Rothe. Dicho decreto dice:

Para completar la fisonomía espiritual que dan a la República sus instituciones culturales y,

CONSIDERANDO

- 1.º Que el idioma castellano ha adquirido en nuestro país peculiaridades que es necesario estudiar por medio de especialistas;
- 2.º Que es conveniente que el Estado contribuya a otorgar a los escritores la significación social que les corresponde, e infundir en el pueblo la noción de la importancia de la literatura;
- 3.º Que estos propósitos podrán ser satisfechos por medio de la creación de una academia de letras que tendrá a su cargo las funciones de las similares existentes en otros países;

El Presidente del Gobierno Provisional de la Nación Argentina

DECRETA:

Artículo 1.º) Créase la Academia Argentina de Letras, que se compondrá de veinte miembros con carácter honorario.

Artículo 2.º) La Academia de Letras redactará su propio Reglamento que someterá oportunamente a la aprobación del Poder Ejecutivo.

Artículo 3.º) Son funciones de la Academia Argentina de Letras:

- a) Dar unidad y expresión al estudio de la lengua y de las producciones nacionales, para conservar y acrecentar el tesoro del idioma y las formas vivientes de nuestra cultura;
- b) Entender en todo lo referente a creación, discernimiento y reglamentación de los premios literarios instituidos o a instituirse por la Nación;

- c) Estimular las formas de elevar, en sus múltiples aspectos, el concepto del Teatro Nacional, como importante factor en la educación y cultura populares;
- d) Velar por la corrección y pureza del idioma, interviniendo por sí o asesorando a todas las reparticiones nacionales, provinciales o particulares que lo soliciten.

Artículo 4.º) Nómbranse Miembros de la Academia Argentina de Letras a...

Artículo 5.º) Por el Departamento de Instrucción Pública se adoptarán las medidas del caso a fin de que la Academia pueda iniciar sus sesiones a la mayor brevedad.

Artículo 6.º) Comuníquese, etc. ~

Fdo. URIBURU

Rdo. GUILLERMO ROTHE.

Se advertirá que la denominación usual para la lengua en el documento fundacional, y que se mantiene en los subsiguientes, es la de “castellano”, según un sostenido uso en el Río de la Plata, que ha sido estudiado y documentado en sus razones electivas –lo que me libera de exponerlas– por don Amado Alonso en su esclarecedora obra: *Castellano, español, idioma nacional*⁸.

Igualmente, se aprecia cómo se pone un acento evidente en la literatura junto al cuidado estudioso por el idioma. Su nombre es “de Letras” y no “de la Lengua”, como en la generalidad de sus hermanas. En una de las primeras reuniones del Cuerpo, se determinó así el alcance de la palabra “Letras” en la nominación:

La Academia interpreta el vocablo “Letras” que integra su denominación, como comprensivo de Idioma, Filología, Lingüística; y consideradas del punto de vista de la forma, las obras históricas y sociológicas⁹.

También es subrayada la atención que prestará a “la importancia de la literatura” y “el valor social de los escritores”. Además, el punto c) del artículo 3.º versa sobre “el Teatro Nacional, como importante factor en la educación y cultura populares”, lo que resulta particular-

⁸ ALONSO, AMADO. *Castellano, español, idioma nacional: historia espiritual de tres nombres*. Buenos Aires: Losada, 1943. (Colección Contemporánea; 101).

⁹ ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Buenos Aires: Academia. Año 1, n.º 1 (1933), p. 83.

mente interesante, en cuanto supone una función educativa social por parte de ese género, por la que deberá velar la Academia. No obstante, esta perspectiva no ha sido objeto de preferente preocupación a lo largo de la historia de nuestra Corporación. Igualmente es significativa la relación que establece entre la institución académica y el plano de la fisonomía espiritual del país, que la Academia contribuiría a robustecer, y la animación de las formas vivientes de la cultura argentina.

El 11 de septiembre de 1931, se realizó una reunión de intelectuales en el despacho del ministro Rothe. A ella, asistieron trece escritores: Calixto Oyuela, Manuel Gálvez, Carlos Ibarguren, Leopoldo Díaz, Enrique Banchs, Gustavo Franceschi, Juan B. Terán, Atilio Chiappori, J. Alfredo Ferreira, Arturo Marasso, Clemente Ricci, Leopoldo Herrera y Juan Pablo Echagüe. Dos adhirieron, pero no pudieron asistir: Joaquín Castellanos y Juan Carlos Dávalos; otros dos no supieron de la invitación por hallarse fuera del país: Gustavo Martínez Zuviría y Enrique Larreta. Un total de diecisiete miembros propuestos. Larreta no se incorporará.

En dicha reunión, se eligieron para los cargos de Presidente y Secretario a don Calixto Oyuela y Arturo Marasso, respectivamente. Se constituyó una Comisión de Reglamento que habría de elaborar el propio de la institución. Se fijó el día martes para la reunión semanal del cuerpo, y la sede sería una sala de la planta baja de la antigua Biblioteca Nacional en la calle México 564. La primera sesión ordinaria tuvo lugar el 15 de septiembre de 1931.

En 1936, el académico y Senador de la Nación don Matías Sánchez Sorondo presentó al Honorable Congreso un proyecto para adquirir el Palacio Errázuriz, situado en la Avenida Alvear 2802 –actualmente, Avenida Libertador 1902– para que funcionaran allí la Academia Argentina de Letras, la Academia Nacional de Bellas Artes, el Museo Nacional de Arte Decorativo y la Comisión Nacional de Cultura. Aprobado el proyecto por Ley 12.351, sancionada el 21 de enero de 1937, el Estado argentino adquirió el palacio y las colecciones que pertenecieron a don Matías Errázuriz y doña Josefina de Alvear, su esposa. El Palacio Errázuriz, obra del arquitecto René Sergent, es un testimonio de una época de esplendor de la arquitectura argentina. Su estilo se encuadra en el neoclasicismo francés.

En 1944, la Academia Argentina de Letras se desplazó al Palacio Errázuriz, en Tomás Sánchez de Bustamante 2663, que es desde entonces su sede institucional. El Palacio, donde funcionan actualmente también la Academia Nacional de Bellas Artes y el Museo de Arte Decorativo, fue declarado “monumento histórico artístico nacional”, por Decreto presidencial n.º 437, del 16 de mayo de 1997.

En sesión del 17 de octubre de 1935, se resolvió nominar cada uno de los veinticuatro sillones académicos –para entonces, el número de los académicos se había acrecido en cuatro más– con el nombre de un escritor relevante de nuestro país. Los autores elegidos fueron: Juan Bautista Alberdi, Olegario V. Andrade, Nicolás Avellaneda, Miguel Cané, Martín Coronado, Esteban Echeverría, fray Mamerto Esquiú, José Manuel Estrada, Joaquín González, Carlos Guido Spano, Juan María Gutiérrez, Ricardo Gutiérrez, José Hernández, Vicente Fidel López, José Mármol, Bartolomé Mitre, Francisco Javier Muñiz, Rafael Obligado, Calixto Oyuela, José María Paz, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Cruz Varela, Ventura de la Vega y Dalmacio Vélez Sársfield.

En la sesión del 8 de agosto de 1940, se eligió como emblema de la Academia una columna jónica y, el 3 de octubre del mismo año, se decidió que la acompañaría el lema: *Recta sustenta*. En la sesión del día 24 del mismo mes, se aprobó el dibujo, obra del artista plástico Alfredo Guido, que representa la columna y su leyenda. Se encargó a don Gonzalo Leguizamón Pondal el cuño de la medalla que representaba el emblema adoptado. El académico Enrique Banchs explicitó, en una página sobria y sugestiva, el sentido o, por mejor decir, el conjunto de significaciones asociadas y alusivas contenidas en el emblema y el lema.

Desde 1931, hasta la actualidad, se han sucedido once presidentes –me toca la honra de ser el oncenno, para decirlo en la fábula de la crónica vieja– y una sucesión de ochenta y siete miembros de número en los setenta años de vida de la Corporación.

En estos setenta años de historia académica, han sido electos cuarenta y nueve Académicos Correspondientes de distintas provincias argentinas y ciento dieciocho representantes de todo el mundo. En estos momentos, el Académico Correspondiente extranjero –esto es un decir, porque lo sentimos parte de nuestro patrimonio pues, a lo

largo de cuatro fructuosos años de su vida, se aquerenció entre nosotros, de allí que podría decir, con variante de la expresión aplicada al Doctor Subtilis: *Argentina me tuvo*, y lo tenemos—, el decano de los correspondientes, digo, es nada menos que don Alonso Zamora Vicente. Como se ve, esta figura respetada, grata y querible aparece en la realidad rioplatense, como decía nuestro lírico Enrique Banchs: “como el cielo detrás de todos los paisajes”.

La primera de una larga y nutrida serie de publicaciones generadas por la Academia fue el *Boletín*, cuyo número inicial se publicó en 1933 y comprendía el trimestre inicial del año, enero-marzo. La Comisión Redactora del *Boletín* se integró con los académicos: Juan B. Terán, Rafael Alberto Arrieta, Leopoldo Díaz, Juan Pablo Echagüe, Arturo Marasso, Carlos Obligado y Calixto Oyuela. La “Advertencia” del número inicial estuvo a cargo de Terán quien, entre otros conceptos definitorios, decía: “La creación de una Academia Argentina de Letras nada tiene que ver con el ‘idioma de los argentinos’, que ni existe ni es deseable”.

Esta afirmación aventaba cualquier recuerdo del proyecto malhadado, populista y falaz del improvisado profesor francés, de mala memoria, Antoine Abeille, autor del ruidoso folleto *Idioma de los argentinos* (1910), que alentó en su tiempo una siempre resurgente —como el Guadiana— tendencia a hablar de la “lengua nacional”. Reafirmaba Terán: “Es un fortuna pertenecer a la comunidad que habla la lengua castellana, en la que escribieron Cervantes y Quevedo”.

Las noventa y seis páginas de la escueta publicación periódica, que aspiraba a ser trimestral, estaba vestida de un color gris tenue, que habrá de virar hacia el celeste verdoso con el tiempo y el cambio de los directores para retornar a un color similar al original, aunque algo más oscuro. “La sabiduría de lo gris”, diríamos recordando la expresión goetheana. El manojo de páginas ya contenía, *in nuce*, lo que habrá de ser la materia habitual de una larga vida editorial. Se abría con una colaboración de Amado Alonso, nuestro primer Académico Correspondiente por España, en una lista de los primeros diez incorporados en la sesión del 23 de agosto de 1932: Narciso Alonso Cortés (España), Néstor Carbonell (Cuba), Manuel Domínguez (Paraguay), Ricardo Jaimes Freyre (radicado en la Tucumania argentina), Francisco García Calderón (Perú), Ramón Menéndez Pidal (España), Alfonso

Reyes (México), Francisco Rodríguez Marín (España), Baldomero Sanín Cano (Colombia) y Karl Vossler (Alemania). Toda buena compañía. Podría decirse de nosotros que éramos unos recién llegados a lo académico, pero ¡vaya si supimos elegir socios para la empresa!

El aporte de Alonso versaba sobre "Intereses filológicos e intereses académicos en el estudio de la lengua". Le seguían un trabajo de Arrieta, "Las alegrías de un bibliófilo" y otro de Marasso, sobre Fray Luis de León. Luego, dos notas necrológicas despedían a los primeros académicos que partían a la otra Casa: el de número, Joaquín Castellanos y el correspondiente, el boliviano ya querido como nuestro, Jaimes Freyre.

Se inició en este N.º 1 la "Bibliografía del castellano en la Argentina", que respondía a la primera resolución adoptada por el Cuerpo respecto de la formación de un registro de cuanto valioso se había escrito en el país desde el siglo XIX; esta sección habrá de tener larga y provechosa vida en las páginas del *Boletín*. Se transcribió el acta fundacional de la Academia y su primer "Estatuto y Reglamento", debidamente aprobado por las autoridades nacionales, como determinaba el decreto de creación el 28 de octubre de 1931. El artículo 9.º establecía la designación de "Presidente" para quien estuviera a la cabeza de la Corporación, en lugar de "Director", como era uso en las otras corporaciones hermanas. Se fijaba el número de los académicos en veinte (art. 4.º), la periodicidad quincenal de las reuniones los días martes primero y tercero (art. 12.º), espaciándolas de las decretadas inicialmente como semanales.

Otra de las primeras resoluciones de la Corporación fue solicitar a diarios, teatros y *broadcastings* —como entonces se decía y escribía— su colaboración para desterrar de sus textos, repertorios y audiciones voces y frases incorrectas. De igual manera, reclamaba al Gobierno Municipal y Nacional la desautorización de carteles publicitarios que no respetaran las reglas del idioma. Es decir, que rompía una posible insularidad y se aplicaba a proyectar su acción en el medio.

El *Boletín de la Academia Argentina de Letras (BAAL)* sigue editándose y ha alcanzado el N.º 258 hasta el año 2000. Actualmente hay en prensa dos volúmenes. Se ha publicado en forma independiente un *Índice general del Boletín (1933-1982)* (Buenos Aires, BAAL, 1984), que comprende los números 1 a 186. Hoy en día, se prepara la actualización de dicho índice hasta el presente.

En 1941, se inicia una primera serie de libros de la Corporación, la de "Clásicos Argentinos", inaugurada con un volumen colector de trabajos de Juan María Gutiérrez, titulado *Los poetas de la Revolución*. He sido honrado con la inclusión de dos tomos que preparé para dicha Colección, mucho antes de ser incorporado como académico, en 1976 y 1982. Los "Clásicos Argentinos" han alcanzado dieciséis volúmenes. Es una serie que debemos retomar con firmeza.

En 1946, se inauguró una segunda serie, la de "Estudios Académicos", de contenido vario: traducciones del inglés y del latín, obras de paremiología argentina, memorias, estudios críticos, biografías. Quiero subrayar los dos tomos titulados: *España y el Nuevo Mundo. Un diálogo de quinientos años*, compuestos exclusivamente con trabajos pontoneros de académicos, obra editada como homenaje al Descubrimiento, en 1992. Estuvo al cuidado de don Federico Peltzer.

Una tercera serie se inició en 1976, la de "Estudios Lingüísticos y Filológicos", inaugurada con un volumen valioso, compilador de trabajos del impar don Pedro Henríquez Ureña: *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*.

La serie "Homenajes" se genera a partir del número del *Boletín* dedicado a Cervantes, editado en 1947. Pero es a partir de 1975, con el dedicado a Leopoldo Lugones, cuando cobra independencia y alcanza dos decenas de volúmenes, consagrados a figuras, como las de Pedro Salinas, Vicente Huidobro, José Hernández, García Lorca, Sarmiento, Alfonso Reyes, Juana de Ibarbourou, Sor Juana Inés de la Cruz y Victoria Ocampo, entre otras.

Los discursos de recepción de los académicos se editaron en forma independiente desde 1933 hasta 1947 en cuatro volúmenes. Fuera de serie queda un par de docenas de tomos de diversa materia. Cabría destacar, entre ellos, el *Diccionario de Americanismos*, de Augusto Malaret, en dos tomos; la obra inédita de Lugones, *Diccionario etimológico del castellano usual*, que no pasó de la letra "A" en sus casi cuatrocientas páginas; el valioso tomo del *IV Congreso de las Academias de la Lengua Española*, realizado en Buenos Aires, en 1964; las poesías y las prosas de Enrique Banchs; las *Memorias y Diario*, de Pedro Henríquez Ureña; el *Léxico del habla culta de Buenos Aires*; los doce tomos de *Acuerdos acerca del idioma*, con todos los consensuados en la Corporación, y tantas obras más.

En la última década, se ha editado: un tomito de *Dudas idiomáticas frecuentes*, en segunda edición ampliada, y un *Registro del habla de los argentinos*, que fue una forma seminal de la obra en que actualmente trabajamos: el *Diccionario del habla de los argentinos*, que contendrá, en esta primera versión, más de 6500 acepciones; cada vocablo lleva varias marcas y uno o dos textos que ilustran su uso, provenientes de obras literarias, de periódicos respetables y aun de sitios de Internet para algunos casos; cierran los artículos las referencias a los lexicógrafos que registran el término.

Se ha avanzado también en ediciones en CD-ROM, como en los títulos: *Registro de lexicografía argentina* y *Dudas idiomáticas frecuentes*.

La Academia Argentina ha creado dos premios que otorga anualmente. Uno, a los mejores promedios de los egresados de las carreras de Letras, de las universidades oficiales y privadas del país. Es uno de los momentos de mayor rejuvenecimiento de la Casa. El otro es el Premio Academia Argentina a los autores más destacados en narrativa, poesía y ensayo, que se va otorgando alternadamente por géneros.

En la historia de la Academia, se marcan con fuerza dos períodos. El primero comprende desde su fundación en 1931 hasta 1950-52, años en que se dictan la Ley 14.007, de 1950, y el Decreto n.º 7500 del 30 de septiembre de 1952, medidas antidemocráticas en las que se cercenan la independencia y libertad de las academias nacionales, quitándoles su derecho de elegir a sus miembros y constituir sus autoridades, al otorgar atribuciones al Gobierno nacional para vetar las decisiones de la Academia e intervenir en su funcionamiento. Se abre así un interregno que, felizmente, durará pocos años.

La segunda etapa comienza en noviembre de 1955, con el Decreto n.º 4362, del Presidente Provisional de la Nación, que ha sido denominado el de "la restauración de las Academias Nacionales", pues les son restituidas a las Corporaciones todos sus derechos.

Puestas sobre nuestras cabezas nuestras publicaciones, como lo hice, pues son testimonio y motivo de orgullo del trabajo de los académicos, manifiesto en las varias series bibliográficas y en el *Boletín*, merecen ser destacados dos espacios de nuestra Academia.

La Biblioteca es uno de ellos. En los primeros años de vida institucional, la Academia no tenía una propia y se abastecía de las piezas de la Biblioteca Nacional que la albergaba. En abril de 1932, el Jefe de Trabajos Técnicos, don Augusto Cortina, elevó al presidente Oyuela un informe en el que señalaba “la necesidad urgente de formar una biblioteca técnica” que posibilitara “contestar las consultas que se reciben” y que facilitara “las tareas académicas en lo concerniente a estudios lingüísticos”. Así comenzó la preocupación por un fondo bibliográfico propio. Se lograron, gracias a las gestiones de don Luis Alfonso, las primeras adquisiciones: se comenzó con el *Boletín de la Real Academia Española*. En 1936, la biblioteca disponía de tres cuerpos de anaqueles. Al año siguiente, se recibió la donación de un legado importante: el de Juan José García Velloso: tres mil volúmenes de literatura argentina e iberoamericana, con preeminencia de obras teatrales. Éste fue el legado fundante de la biblioteca académica. En 1937, la Academia adquirió la biblioteca particular de Alberto Cosito Muñoz y la colección completa de la *Revue Hispanique*; tres años más tarde, se adquirieron varios tomos de los publicados por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, provenientes de la librería privada de Foulché-Delbosc.

Para entonces, los libros se amontonaban en paquetes sin abrir por falta de espacio. Cuando la Academia se muda a su sede actual, se les dio conveniente lugar. A partir de 1947, comienza una nueva etapa de la Biblioteca con un crecimiento aceleradísimo. En 1966, disponía de 35.000 volúmenes. Esto se debió a que se fueron recibiendo legados importantes, como los de Enrique García Velloso, Luciano Abeille —el del *Idioma de los argentinos*—, Manuel Gálvez, Alfredo de la Guardia, Jorge Max Rhode, José Oría, Rafael Alberto Arrieta, Patricio Gannon, Rodolfo Ragucci, Carlos Villafuerte, Celina Sabor de Cortazar, y otros. Algunos curiosos, como el de Abraham Rosenvasser, especializado en egiptología y culturas orientales. La última donación fue la de la lamentada Ofelia Kovacci, especializada en Lingüística y Gramática. Una de las más valiosas donaciones es la de Miguel Lermon, constituida; básicamente, por primeras ediciones argentinas del siglo XIX.

Hoy la Biblioteca cuenta con más de 90.000 volúmenes y con una hemeroteca de 2700 títulos de revistas. La Biblioteca es un importante centro de investigación, además, claro, de estar al servicio de las actividades propias de la Academia. A partir de 1991, los procesos

técnicos se computarizaron; para dicho fin, se aplicó el programa Micro Isis. Se ha formado la base de datos BIAAL, que se ha iniciado con un tesoro especializado en literatura.

La Academia ha conformado un acuerdo con la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, de la Universidad que nos hospeda. En ese marco, ya se han digitalizado, de su fondo bibliográfico, tres programas importantes: el de literatura gauchesca; el de viajeros, y la magna obra, íntegramente incluida, la *Colección de documentos referidos a la historia del Río de la Plata*, labor de Pedro de Ángelis. Nuestra visita a Alicante aspira a mantener el diálogo con los responsables para nuevas instancias de proyectos en este sentido.

Hemos incorporado un portal de la Academia a Internet. Ya está avanzado el trabajo con UNIVERSIA y sigue creciendo día a día, pese a las dificultades económicas que nos angustian en estos momentos.

El otro espacio capital para la actividad académica es el Departamento de Investigaciones Filológicas. El 11 de junio de 1946, la Academia aprobó, a propuesta de don Luis Alfonso, la creación de este Departamento, que tendría tres esferas básicas de acción: un Instituto de Investigaciones Filológicas, la asesoría técnica a la Corporación y un "Gabinete fonético". Pero el Departamento fue sólo de papel hasta 1955. En sesión del 10 de junio de 1948, la Academia felicitó la labor del "Asesor Técnico" académico Luis Alfonso por sus trabajos en el fichero de argentinismos y lamentaba las dificultades económicas que impedían la concreción del Instituto de Investigaciones. Era, hasta entonces, una labor unipersonal.

El 26 de diciembre de 1955, el Presidente Provisional de la República creó el Instituto Nacional de Filología y Folclore, dirigido por Luis Alfonso, integrado por la fusión del Instituto de la Tradición y el Departamento de Investigaciones Filológicas. Finalmente, por Decreto n.º 9254, del 3 de noviembre de 1958, el Poder Ejecutivo Nacional, a pedido de la Academia, separó el Instituto de Filología y Folclore de la Academia de Letras. El 6 de julio de 1961, se aprobó el reglamento del Departamento de Investigaciones Filológicas. Pero sólo el 14 de julio de 1966, fue puesto al frente el primer director del Departamento en la nueva estructura, profesor Carlos A. Ronchi March que, como "director temporario", se desempeñó hasta 1975. En este año, se designa al profesor Francisco Petrecca al frente del Departamento, quien

permanece en dicho cargo hasta el presente. Lo secunda, como Subdirectora, la licenciada Susana Anaine; y se ha ido constituyendo un buen equipo de trabajo, con personal estable, otro contratado y jóvenes egresados como pasantes.

El Departamento es una activa usina: elabora los informes sobre cuestiones lexicográficas que considera el Cuerpo en sus sesiones ordinarias, así como las propuestas destinadas al *Diccionario de argentinismos*, que estudia, antes del plenario, la Comisión específica. Igualmente, colabora con la revisión de las consultas realizadas por la Comisión Permanente y con las observaciones y adiciones destinadas al *DRAE*. Por otro lado, avanza en la elaboración de archivos lexicográficos varios, de autoridades, de recortes periodísticos, etc., algunos de los cuales ya están informatizados. Además, atiende consultas sobre cuestiones léxicas, gramaticales, onomasiológicas, que son telefónicas en número de unas 9000 por año y otras 500, escritas. Ha preparado las dos ediciones en CD-ROM señaladas antes: *Registro del habla de los argentinos* (04-1994) y *Registro de lexicografía argentina* (2000), que contiene 92.500 ocurrencias de voces, y de las que se ofrece documentación en doscientas cincuenta obras de vocabularios generales y regionales.

En 1983, el Departamento de Investigaciones Filológicas de la Academia Argentina de Letras fue distinguido por la Real Academia Española con el premio de la fundación Nieto López. Firmaba aquella gratísima comunicación del 24 de junio el Secretario de la Corporación, don Alonso Zamora Vicente.

Hasta noviembre de 1999, nuestra Academia fue “asociada” de la Real Academia Española; desde ese año, pasó a categoría de Correspondiente de la Corporación matritense. Integra la Asociación de Academias de la Lengua Española, que avanza con paso firme y con obras bajo la férula y el yugo suave de don Humberto López Morales, que la orienta con vara de alcalde viejo, sin serlo.

El año pasado, la Academia cumplió sus primeros setenta años, sus bodas de platino, y lanzó no ya la casa por la ventana, sino su biblioteca. Entre los varios actos organizados para los festejos, se dispuso una Exposición, la primera en nuestra historia, en la sala Leopoldo Marechal de la Biblioteca Nacional, donde se exhibieron manuscritos de obras valiosas, originales de cartas de personalidades

mundiales, objetos, nuestras publicaciones y rica iconografía. Cerró la serie de actos del aniversario el realizado en la sala Jorge Luis Borges de la Biblioteca Nacional, la conferencia, preparada para la ocasión por nuestra llorada presidenta, la doctora Ofelia Kovacci, pero impedida, por su salud, de leerla¹⁰.

Este escueto esquicio histórico de nuestra Academia Argentina de Letras, presentado en esta mesa redonda, en homenaje al ilustre don Alonso Zamora Vicente, será ampliado en una *Historia de la Academia Argentina de Letras*, cuyo índice tentativo había abocetado hace un tiempo y que ahora hemos definido, motivados por esta invitación de la Universidad de Alicante, y planeado como obra colectiva de algunos académicos y funcionarios de la Casa. El paradigma será, claro está, la *Historia de la Real Academia Española*, porque cuando uno es ambicioso, pobre y limitado, debe ser lo suficientemente inteligente para saber elegir los buenos modelos, y crecer y empinarse a su sombra, aun sabiendo que no alcanzará la altura y amplitud del árbol que lo ampara. Que nos valga aquello de que: "El que a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija". Que así sea.

c

Pedro Luis Barcia
Presidente
Academia Argentina de Letras

¹⁰ Puede verse una sintética información sobre diferentes aspectos de la Academia en la publicación editada con motivo de los setenta años de su fundación: *Academia Argentina de Letras. 1931-2001*. Buenos Aires: Academia, 2001. 63 p., atención de Editorial Dunken, y el *Catálogo: Exposición de la Academia Argentina de Letras. 1931-2001*. Del 13 al 30 de agosto de 2001, Sala Leopoldo Marechal, Biblioteca Nacional. Buenos Aires: AAL, 2001.

CELEBRACIÓN DEL DÍA DEL IDIOMA*

LENGUA Y HABLA EN EL ESCRITOR

Ya que mis colegas precedentes se han referido a la función de las Academias de la Lengua y a las actividades de la nuestra en particular, así como a la importancia de defender la lengua y de señalar los abusos que cometen contra ella los medios de difusión, deseo aportar mi testimonio como escritor y mi experiencia acerca de los recursos que, quien se considera tal, puede utilizar lícitamente para servirse del habla sin descuidar la lengua.

El diccionario de la Real Academia Española define así la *lengua*: “Sistema de comunicación verbal y casi siempre escrito, propio de una comunidad humana”. Para el *habla*, emplea esta caracterización: “Realización lingüística, por oposición a la lengua como sistema”. Lo dicho da idea de que el habla tiene mayor amplitud que la lengua, sobre todo por el sello individual que le imprimen quienes la usan.

Conviene aquí repasar algunos conceptos del maestro Ferdinand de Saussure, verdadero sistematizador en materia de lingüística. Para Saussure, la lengua es una parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. Por ser social, el indivi-

* La crónica de este acto, realizado el 23 de abril de 2002 en la Feria Internacional del Libro, puede leerse en “Noticias” del presente volumen.

duo no puede crearla ni modificarla: "Es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica, y donde las pautas del signo son igualmente psíquicas". El habla —distinta de la lengua— es la suma de todo lo que las gentes dicen y comprende: a) combinaciones individuales dependientes de la voluntad de los hablantes; b) actos de fonación igualmente voluntarios, necesarios para efectuar tales combinaciones. No hay nada de colectivo en el habla, sus manifestaciones son individuales y momentáneas. En ella no hay más que la suma de los casos particulares (véase: Saussure, Ferdinand de: *Curso de Lingüística General*, 4.ª ed., Bs. As.: Losada, 1961, pp. 49-66).

Vayamos ahora a la parte testimonial anunciada.

El escritor, sobre todo en el caso del narrador y el dramaturgo, afronta un desafío: emplear la lengua con la mayor perfección posible y, al par, prestar atención al habla. Quizá el poeta lo experimenta en menor medida, porque no está sujeto al tiempo de la narración o de la acción dramática y, especialmente, al diálogo.

En la historia de la literatura pueden hallarse infinitos casos, tanto de imitación como de invención de un habla, y hasta de un estilo. Juan Montalvo (*Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*) acercó su prosa a la del creador del *Quijote*. Si bien con sentido paródico, Conrado Nalé Roxlo, en su *Antología apócrifa*, imitó a muchos de nuestros mejores escritores. En el campo de la invención, convendría recordar algunos experimentos de los surrealistas; entre nosotros, ciertos poemas de Oliverio Girondo, el "glígligo" empleado por Cortázar en *Rayuela* y la "hache fatídica", agregada a ciertas palabras que no la llevan para subrayar su falta de contenido y su excesiva solemnidad.

Hay sin embargo escritores que, por voluntad de estilo, son poco amigos de innovar en el habla, conforme a lo que sería aconsejable según el sexo, la edad, la educación recibida, el origen y la condición social de los personajes. No pretendo criticarlos. Sólo subrayo que, en muchas ocasiones, el narrador y el dramaturgo están obligados a usar el lenguaje propio del ambiente en que se desenvuelven sus criaturas. Entre nosotros, bastaría remitirse a la literatura campera o regional, también, a la porteña y hasta orillera. Otro tanto vale para el influjo de la inmigración en el sainete criollo.

Procuraré, ahora, dar testimonio de mi experiencia personal en cuanto al manejo de lengua y habla, de acuerdo con los desafíos que, bien o mal, me propuse en algunas de mis narraciones.

El primero tuvo lugar cuando acometí la difícil tarea de imaginar nuevos episodios quijotescos durante la vida y, también, después de la muerte del héroe. Para ello tenía que imitar, en la medida de mis fuerzas, un lenguaje inimitable, e incluso la forma de expresarse de sus actores. La “fuente” (si así puede llamársela) para semejante audacia fue... el propio *Quijote*. Estoy convencido de que, si se frecuenta la lectura de una gran obra, algo de su lenguaje penetra por una especie de ósmosis, se hace carne en el escritor y le permite escribir “como si”. Agrego que, además de Cervantes, me ayudó la lectura de los grandes prosistas de los Siglos de Oro.

Algo parecido me ocurrió en ciertos momentos al escribir mi novela *La razón del topo*. En la pensión donde se ha recluso el protagonista, vive un viejo solterón, especie de hidalgo trasnochado, don Hernando, deseoso de comunicarse con aquél y quebrar su aislamiento. Como no se le permite el diálogo, recurre a las cartas, redactadas con una prosa digna del siglo XVII. Aquí el modelo fue un muy querido y respetado tío paterno, quien vivía con un hermano y con la familia de éste, en la misma casa, aunque reducido a su cuarto y que, en lugar de abandonarlo, recurría a las cartas para comunicarse; y otro tanto hacía con sus otros hermanos, no ya convivientes con él. Pues bien: las cartas de don Hernando guardan sospechoso parecido con las de mi tío.

En mi novela *Aquel sagrado suelo*, evocadora de la dolorosa Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, debí enfrentar algunos problemas relacionados con la lengua y con el habla. Ante todo, el habla rosarina, porque el héroe era nativo de Rosario y algunas escenas transcurrían allí. Para imitarla, además de mi experiencia personal, recurrí a especialistas, como nuestra colega, Nelly Donni de Mirande, quien ha escrito mucho y bien sobre la sustitución de la “s” (especialmente en el final de las palabras) por una hache aspirada que mucho se parece a la jota: “nohotro”, por “nosotros”; “los hombreh” por “los hombres”, etc.

Otro problema, en la misma novela, se me planteó en las cartas apócrifas que inventé, supuestamente dirigidas por Lucio V. Mansilla, el cultísimo “dandy” del ejército, a su hermana Eduarda. Para aproxi-

marme a su estilo, siempre vivaz y con rasgos de humor, leí todo lo que pude de sus escritos, las "Causeries", algunas cartas, etc. Aquí, como en el caso del *Quijote*, traté de que el estilo del escritor se me contagiara por ósmosis.

Por fin, el problema del "voseo". Es sabido que buena parte de las tropas que sumó el ejército argentino pertenecía a Buenos Aires y al Litoral, donde aquella forma es corriente, sobre todo en el trato familiar o entre pares. Me aseguré, con diversos testimonios documentales, de que así ocurría y de que el "tú" quedaba descartado. Incluso comprobé que, más de cincuenta años-antes, la mujer de Mariano Moreno, en las cartas que le había escrito (y que nunca llegaron a sus manos porque las extravió la muerte) figuraba esa forma de tratamiento.

Otro desafío, para mí, fue el empleo de un lenguaje apropiado en los cuentos que llevo escritos sobre el fútbol, el habla de quienes lo frecuentan (cronistas, participantes, sobre todo "hinchas"). Aquí debo confesar que mi fuente ha sido... personal. Durante largos años, antes del predominio de las "barras bravas", recorrí las canchas de fútbol de diversos tamaños, riesgos y categorías: desde el Monumental de Núñez hasta Sportivo Dock Sud. Allí registré las más variadas expresiones, algunas muy pintorescas, y sólo lamento no haber llevado una libreta (como la que ha mencionado mi colega Blaisten) para anotarlas. Pero, aun sin ellas, traté de imitar el habla y hasta el tono del hincha.

Para terminar, recuerdo que en mi novela *La vuelta de la esquina*, cuya estructura es policial, aunque el tema apunta a otra cosa, hay varios momentos en que dialogan delincuentes, dentro de la cárcel y fuera de ella. Aquí me valió la frecuentación de nuestro famoso (por desdicha) instituto de detención de Villa Devoto, al que debí acudir para visitar a un pariente cercano, largo tiempo recluso por una distracción en cuanto a lo previsto por el Código Penal. De tal modo conocí muchas expresiones, no sólo del argot carcelario, sino también propias de los reclusos. Por ejemplo, preguntarle al recién ingresado: "¿Qué delito te hacen?", como si el juez se lo imputara con malicioso afán de perjudicarlo.

He querido testimoniar mi propia experiencia en cuanto al uso del habla, cuando las situaciones planteadas en una narración, o la índole de los personajes, hacen indispensable apartarse de la ortodoxia de la lengua. Si conseguí o no mi propósito, queda a juicio del lector. Pero

cabe una reflexión final: el escritor debe ser un observador con un oído muy atento. A veces, no basta con conocer la lengua: es preciso frecuentar el habla, prestar atención al pueblo en sus diversos estratos y aprovechar la rica vena que ofrece porque, a menudo, es más original que la culta. Eso sí: no abusar, porque el abuso revela enseguida el artificio, y la naturalidad se desvanece. La transgresión, tan difundida hoy, degrada el lenguaje, corroe la lengua y comprime el habla. He ahí una manera de socavar la identidad de un pueblo. Así lo he podido comprobar y desdichadamente lo compruebo a diario, por escritor empeñoso y, sobre todo, por viejo.

Federico Peltzer

LA DEVALUACIÓN DE LA LENGUA

Queridos amigos:

Iba yo, en el advenimiento del otoño, a escribir una ponencia sobre el Día del Idioma. Sentimental, argentino y melancólico, recordé mi adolescencia, los profesores, las clases de recitación y los bellos poemas y las bellas frases que ensalzaban las virtudes de nuestro idioma.

Comenzaba a recordar el “Elogio de la lengua castellana”, de Juana de Ibarbourou. Recordé sólo tres estrofas:

Lengua en que reza mi madre
Y en la que dije: ¡Te quiero!
Una noche americana
Millonaria de luceros.

La más rica, la más bella,
La altanera, la bizarra,
La que acompaña mejor
Las quejas de la guitarra.

Lengua castellana mía,
Lengua de miel en el canto,
De viento recio en la ofensa,
De brisa suave en el llanto.

Después recordé la primera oración de Emilio Castelar y su “Elogio de España y de la lengua española”. La primera oración dice: “Por sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua”.

Y traté de recordar, pero no pude, aquel soneto que habla de la lengua de oro y termina con Boabdil el moro, allá, en su Alhambra oriental.

En esa magia andaba cuando, de pronto, oí voces. Venían del televisor. Lo que esas voces decían me dejaron absorto. Dejé la ponencia y me acerqué al dormitorio. En un programa, alguien entrevistaba al presidente y al secretario de una Cámara de algo. El secretario dijo: “Como han habido corrillos por ahí...”, y siguió hablando.

Sentí una opresión del corazón. Pero mucho más me estremeció el presidente de esa Cámara cuando acotó: “No hay peor sordo que el que no quiere *escuchar*”.

Pienso que si alguien dice: “No hay peor sordo que el que no quiere *escuchar*”, con la misma libertad de maneras puede llegar a cantar el himno del siguiente modo: “Escuchad, mortales, el grito sagrado [...]”.

Comprendí entonces que mi modesto aporte a esta mesa redonda debía limitarse, como en un principio me había aconsejado el académico Requeni, a la lectura de algunos fragmentos del reportaje que me hizo Jaime Marín para la revista *Idiomas*. Esa entrevista se titula *La devaluación de la palabra*, y allí decía: “Si hay algo que me irrita y preocupa es la confusión entre *oír* y *escuchar*, que no son sinónimos. El verbo *oír* va a desaparecer: ‘¿Me escucha?’, pregunta el periodista desde el estudio. ‘No lo escucho bien’, le responden. Sin embargo, corresponde preguntar: ‘¿Me oye?’, y contestar: ‘No lo oigo bien’, porque *oír* es percibir los sonidos; mientras que *escuchar* es prestar atención a lo que se oye, es algo volitivo, depende de la voluntad.

Si seguimos así —aventuré—, terminaremos cantando: ‘*Escuchad*, mortales, / el grito sagrado’ [...]”.

Le dije al entrevistador que uno no termina de asombrarse del pésimo manejo del idioma por parte de locutores, conductores, *comunicadores sociales* que, para colmo, quieren sentar cátedra, predicar, “bajar línea”, como dicen ellos. “Algunos de esos dislates los anoto en esta libreta. Mire usted si no es para preocuparse:

- Lo felicito por la ganada del auto.
- Un partido duramente luchado.
- Estamos todos claro que no vamos a fabricar computadoras.
- Gracias por las saluciones que nunca vienen de más.
- Hoy es nuestro primer día en la radio y nos estamos aceitando un poco...

- Yo creo que todo esto va a ser reflexionado por la sociedad.
- Los políticos están en el ojo de la picota.
- El ministro tiene que lucharla por dentro... lo cual le permitirá interlocutar con la oposición... pero que eso, sin embargo, ha sido puesto en tela de duda.
- Ellos ven con buena cara el ajuste.
- Le deseo el mejor de los buenos días.
- Digitan con el dedo a los concejales”.

Creo que la devaluación del idioma implica también la devaluación en la calidad de la expresión, la degradación del lenguaje. El lenguaje nunca miente: dime cómo hablas y te diré quién eres. Muchos jóvenes empiezan su discurso con la palabra *loco* y terminan con la palabra *boludo*, en el medio no hay nada. Aquí no sólo hubo un vaciamiento económico, sino también un vaciamiento de contenidos, una desvalorización de la palabra. Y la palabra es el arma más poderosa que inventó la humanidad: un *sí* o un *no* pueden desencadenar una guerra.

Es indudable que la palabra tiene la propiedad de congrega a la gente. Me parece que se va perdiendo esa propiedad, esa magia, que hace que la gente se rinda ante la belleza. Hay un proverbio escocés que Chesterton pone en la novela *El hombre que fue jueves*, que dice: “Cuando la gaita es buena, el clan debe danzar”.

Podríamos decir que cuando la palabra es buena, la gente no dejará de escucharla.

Algo más respecto de la necesidad de la palabra. Una vez, Borges, refiriéndose al poema de Rubén Darío que comienza:

Yo soy aquél que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
[...]

propuso cambiarle el color al verso.

¿Qué pasaría si en lugar de *azul* intentamos ponerle otro color –se preguntaba Borges–. Digamos el verso marrón y la canción profana. No va. El verso *beige*. No va. ¿Calipso? Tampoco. Tiene que ser azul.

¿Y por qué azul y no de otro color?, me pregunto yo ahora. Creo que eso ya entra en los misterios del lenguaje, no se puede explicar,

pero es así. Entonces llegamos al *valor de la palabra*. Esa palabra es intransferible, no puede cambiarse por dólares, esa palabra no se puede devaluar, es ésta y no otra. Es la palabra justa, la que los grandes escritores tienen el talento de saber elegir. Esa palabra que no puede ser cambiada porque tiene el encanto de lo natural.

Nada más: Muchas gracias.

Isidoro Blaisten

LA LENGUA ESPAÑOLA Y EL HABLA DE LOS ARGENTINOS

Hace algo más de cien años, un filólogo francés que vivía en nuestro país, Luciano Abeille, escribió un libro en el cual formulaba la teoría de un posible idioma nacional, en razón de las diferencias entre el lenguaje popular de los argentinos y el español. El libro se llamaba *El idioma de los argentinos*, y la profecía de su autor no se ha cumplido.

En aquel momento, hubo polémicas sobre este asunto, y ellas se prolongaron con nuevos planteos en las décadas siguientes. Ricardo Monner Sans, Arturo Costa Álvarez, Américo Castro, Jorge Luis Borges, Amado Alonso intervinieron sucesivamente en ellas a través de libros y de artículos que hoy consultan solamente los especialistas.

Sin embargo, habría que volver sobre ellos y, en particular, sobre Borges en textos, como *El idioma de los argentinos* (1928), donde identifica a éste como el uso coloquial de los criollos, tan alejado de casticismos como de aplebeyamientos degradadores y falsos. Del ahondamiento en el espíritu criollo, sin entorpecer “la circulación total del idioma”, surgirá la expresión idiomática. En un artículo de 1936, aclara aún más su posición:

Que discutamos o ignoremos las decisiones de los treinta y seis individuos de la Academia de la Lengua, domiciliados en Madrid, me parece bien; que los queramos sustituir por los treinta y seis mil compadritos, domiciliados en el almacén de la esquina, me parece pasmoso .

Y en 1941, en su artículo “La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico”, sobre el libro del mismo título de Américo

¹ BORGES, JORGE LUIS. “La langue verte de Pierre Devaux”. En *El Hogar*. Buenos Aires, 11 de diciembre de 1936. Y en BORGES, JORGE LUIS. *Textos cautivos: ensayos y reseñas en «El Hogar»*. Edición de Enrique Sacero-Garí y Emir Rodríguez Monegal; ilustraciones extraídas de «El Hogar». Buenos Aires: Tusquets, 1986, pp. 59-60.

Castro, objeta la referencia a jergas rioplatenses. Salvo el lunfardo, no hay jergas en este país, sostiene, en polémica con Amado Alonso, director del Instituto de Filología².

Alonso, por esos años, había encarado un proyecto de reafirmación del castellano frente a las tendencias de corrupción y disolución. Así fue como concibió la idea de un orbe hispánico total, una *koiné* lingüística por encima de la separación geográfica. Esta inquietud se fue manifestando en obras, como *El problema de la lengua en América* (1935); *Castellano, español, idioma nacional* (1942); *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943); y en trabajos reunidos en colecciones póstumas. Incluso en un artículo de 1935, reprochaba a las clases dirigentes argentinas su carencia de responsabilidad en el uso del lenguaje y el empobrecimiento voluntario del léxico que, en su habla, se manifestaba.

La Argentina, con su movimiento editorial, le parecía un centro singularmente adecuado para que, desde él, emanara el impulso de unificación, a pesar de la fuerza disgregadora del nacionalismo idiomático. Para Alonso, este fenómeno se inserta en una perspectiva más amplia, dentro de la cual, examina el problema de la conciencia misma de nacionalidad, manifiesta a través de este ideal de la lengua propia y de las aspiraciones que lo originan. Otro elemento de tensión analizado es el juego entre lo regional y lo nacional —castellano, español—, perceptible en los orígenes mismos del idioma y que posteriormente se reproduce, en un ámbito más amplio, entre el tronco común español y las diferenciaciones nacionales americanas. En este difícil juego ha de vencer, pensaba Alonso, la tendencia unificadora basada, no en la imposición del habla de una región o de una simbiosis del habla de diversas regiones. El modelo común, la única imagen de unidad posible, habrá de hallarse en el lenguaje literario, en el uso que de la lengua han hecho los buenos escritores, fuera cual fuere su radicación geográfica. Amado Alonso, inscripto en la corriente lingüística idealista, parece repetir, como Croce, que *la poesia e il linguaggio nel suo essere genuino*. Por eso funda la preservación del idioma, su conservación y su renovación, dentro de un equilibrio que no altere su fisonomía en la enseñanza de la literatura.

² BORGES, JORGE LUIS. "La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico". En *Sur*, n.º 86 (1941), pp. 66-70.

Este particular punto de partida, unido al hecho de que en Alonso se integraban el filólogo, el pedagogo y el hombre de acción y, además, habiéndose dado en Buenos Aires la circunstancia histórica propicia, fue el origen de una de las experiencias más interesantes en la enseñanza del castellano como lengua materna. En efecto, Amado Alonso participó en la comisión ministerial que, en 1935, redactó los nuevos programas de castellano en las escuelas secundarias argentinas y, a través de ellos, llevó por primera vez al dominio escolar las doctrinas lingüísticas de Saussure, Bally y Vossler. Dichos programas iban precedidos de prolijas instrucciones que revelaban un enfoque singularmente sabio y práctico, con abundantes ejercicios de lectura, redacción, expresión oral y aprendizaje de poesías de memoria. Unos años más tarde, en 1938, la edición de una *Gramática castellana*, en colaboración con Pedro Henríquez Ureña, suministraba la base bibliográfica necesaria para la aplicación de las nuevas orientaciones. De este modo, se articula una relación poco corriente entre la investigación universitaria y el plano de la enseñanza común. El mismo Henríquez Ureña, junto con Narciso Binayán, fueron autores de un *Libro del maestro* y un *Libro del alumno*, editados por Kraft, para su utilización en los últimos grados de la escuela primaria.

Sin embargo, la acción de la escuela no basta. Porque, ¿cómo se adquiere el habla? Primero, por imitación de la madre y de la familia, en el ámbito del hogar; segundo, a través de la enseñanza en la escuela, ya a partir de lo que Ángel Rosenblat llamó *el segundo nacimiento*; tercero, mediante la práctica de la lectura; cuarto, a través de los medios de comunicación.

En el primer paso del proceso, incide profundamente el modelo: que la madre y el padre sean o no hispanohablantes. En la época en que escribe Alonso, los efectos de la inmigración masiva, con sus picos en 1912, 1920 y 1930, estaban aún vigentes en la sociedad. Este hecho presionaba sobre la función de la escuela [segundo paso del proceso], que debía suplir las carencias del niño y del adolescente con el fin de desarrollar en él una competencia lingüística suficiente para sus necesidades de expresión y comunicación.

El hábito de la lectura, en tercer lugar, era corresponsabilidad de la familia y de la escuela. Entonces, y ahora, los estudios demuestran que ese hábito se desarrolla primariamente en la familia, por imitación

de un lector en ejercicio, generalmente un abuelo o una tía y, en menor medida, el padre y la madre. Luego, el encuentro con una maestra o un profesor que posea, en verdad, ese hábito o *vicio impune*, como también se lo ha llamado.

En cuarto lugar, estaban los medios de comunicación, los diarios y revistas que cumplían una función pedagógica de gran envergadura, especialmente entre los inmigrantes aficionados a su lectura. Y la radio, que acompañaba los trabajos y los ocios de la familia, y que también suministraba modelos lingüísticos.

Hoy algunos de estos factores y, por tanto, sus efectos, han cambiado.

La Argentina se ha convertido, más bien, de un país de inmigrantes en un país de emigrantes. La inmigración de países no-hispánicos ha descendido y, en cambio, ha aumentado la de los países del área hispánica, cuyo lenguaje apenas incide en el habla de los argentinos. Llamar *azafate* a una bandeja, o *falda* a una pollera; el uso de la segunda persona tú y sus correspondientes formas verbales no afecta al sistema de la lengua española ni a la tradición del habla de los argentinos.

La escuela, lamentablemente, ha desplazado sus ejercicios pedagógicos hacia el análisis del sistema de la lengua, casi siempre con la aplicación de nuevas doctrinas lingüísticas que se sustituyen entre sí velozmente. Se ha descuidado la práctica de la redacción y de la lectura, sobre todo la lectura en alta voz, y se ha abandonado la recitación que era un método, no sólo de enriquecimiento del mundo interior del alumno, sino también de adquisición de lenguaje.

En cuanto a los medios de comunicación, a los que se ha agregado la televisión, hay que reconocer que han sustituido, en gran parte, lo que no viene de la familia o de la escuela. Por eso, en un examen equilibrado y justo, habría que reconocer todo lo que aportan en el orden de la información. Asimismo, habría que descargarlos en gran parte de las imputaciones de corruptores de la lengua que se les hacen. No proponen modelos de habla: hablan, nos hablan, como la sociedad habla. Y en esta era de globalización han inventado, también, una suerte de español neutro para uso de los teleteatros o "culebrones", que ha ensanchado el área de difusión de nuestra lengua y es examinado con interés por algunos lingüistas. A la vista de lo ocurrido en estos últimos cincuenta años, quizá Amado Alonso no hubiera desaprobado algunos aspectos de estas simbiosis.

Hoy hablan español casi cuatrocientos millones de hombres y de mujeres, más de treinta de ellos en los Estados Unidos. Hay fenómenos de contaminación en algunas fronteras: el portuñol, en las zonas de contacto con Paraguay y Brasil; el habla de los chicanos y puertorriqueños, en las grandes ciudades norteamericanas.

Pero, en general, el español goza de buena salud, y su fuerza expansiva supera ampliamente las tendencias que se orientan a su disolución. La función de la Real Academia de la Lengua y la de las Academias correspondientes se ha activado y modernizado, y en forma inteligente se atiende, sobre todo, al uso y compone diccionarios actualizados y abarcadores del mundo inabarcable del idioma.

En tanto, el habla de los argentinos, que es un organismo viviente dentro del vasto dominio común, la “patria de Cervantes”, que definió Carlos Fuentes, sigue su rumbo con su singularidad propia, sin impedir “la circulación total del idioma”, como la describió Borges con su fervor polémico.

Emilia P. de Zuleta

LAS LABORES PANHISPÁNICAS EN TORNO A LA LENGUA

Se ha fijado el 23 de abril como el Día del Idioma español, en homenaje a Miguel de Cervantes Saavedra, muerto en esa fecha del año 1616. En muchas cosas, se sabe, estamos rezagados respecto de otros pueblos, pero en esta celebración, no. En la sesión de la Academia Argentina de Letras, del 1.º de octubre de 1936, don Gustavo Martínez Zuviría –quien firmaba su obra novelística como Hugo Wast– presentó una moción para que fuese creado “el Día del Idioma y que su conmemoración tenga por principal escenario las escuelas y colegios de la República”. La Academia hizo suyo ese proyecto y solicitó al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública que se instaurara el 23 de abril de cada año como Día del Idioma y se evocara la memoria de Cervantes en las clases de Lengua y Literatura en todos los establecimientos educativos del país. El 4 de noviembre de 1936, salió la resolución ministerial que oficializaba la moción de la Academia. Casi medio siglo después, el 22 de enero de 1982, el Gobierno de España pide a la Real Academia Española que fundamente un proyecto similar. Así se hizo. En las consideraciones, se lee: “La Real Academia Española ve con la mayor simpatía el proyecto y desea su realización total, ya que nos hermanaría con tantas repúblicas hispanoamericanas que también celebran ese día una fiesta análoga”¹.

Desde hace sesenta y seis años, celebramos, en este día, el bien común del idioma español, como debemos hoy llamarlo, o castellano, como por mucho tiempo hemos preferido denominarlo en la Argenti-

¹ CASTAGNINO, RAÚL H. “Homenaje al habla de Castilla: idioma de los argentinos”. En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. T. 63, n.º 247-248 (1998), pp. 53-58.

na, por las razones que analizó lúcidamente Amado Alonso en su libro: *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*².

Cuando era muchacho, en provincia, estudiamos el esperanto pues sus propagandistas nos decían que, dominando esta lengua artificial de uso universal, podríamos viajar por la planetaria vastedad terrestre comunicándonos con todos los hombres como si fuéramos “ciudadanos del mundo”, según la sabia expresión estoica. Lamentablemente, el resto de los mortales no se enteró de la notable conveniencia y bondades del invento lingüístico del doctor polaco Ludwik Zamenhof y no aplicó a él la luz de “las lámparas estudiosas”, como dice la hipálage de Milton. Más nos hubiera valido dedicar todas esas jornadas al estudio del español. Hoy es la cuarta lengua en el mundo y la segunda en los Estados Unidos de América. Los hispanohablantes podemos pasear por más de veinte países sin dificultad de diálogo, cosa que no puede hacer un europeo, un asiático o un africano. No es, por cierto, pequeña ventaja comparativa la que podemos ostentar. De allí la necesidad de reforzarla, vigorizarla y mantener la unidad del español en medio de la natural variedad.

Las Academias trabajan con ese objetivo. Muchos siguen viendo en las Academias instrumentos de dictadura idiomática y conciben el purismo negativamente, como hijo de una estrechez inflexible, de posturas retrógradas y estáticamente conservadoras. La definición que de “purista” hoy nos allega el *DRAE* en su última versión (22.^a, 2001) es sensatamente positiva: “Persona que al hablar o escribir, evita conscientemente los extranjerismos y neologismos que juzga innecesarios o defiende esta actitud”. Es una actitud claramente crítica y abierta, consciente y reflexiva sobre el uso de la lengua. Nada de credos de fe ni de exorcismos satanizantes. Simplemente, *lungo studio e'l grande amore* por su objeto. Recordamos, a propósito, la afirmación lúcida del Marqués de Santillana: “Al siniestro lo hace diestro / el amor por el oficio”. Y de eso se trata, de estudioso amor, de firme conciencia de la lengua en que nos manifestamos.

² ALONSO, AMADO. *Castellano, español, idioma nacional: historia espiritual de tres nombres*. Buenos Aires: Losada, 1943. (Biblioteca Contemporánea; 101).

Las Academias ejercen su autoridad en cuestiones idiomáticas, autoridad proveniente de un sostenido y fundado estudio de la materia lingüística. Analizan cada problema, dificultad o aspecto que exija atención especializada y opinan en consecuencia. Es lo propio que ocurre, sanamente, en otros campos del saber y en las áreas del conocimiento científico. A nadie se le ocurre, sin ser entendido en el terreno, opinar sobre la física cuántica o acerca de las reacciones del sulfato de cobre ante tal reactivo. Pero todo el mundo, por el hecho de que habla una lengua desde pequeño —con apenas ochocientas palabras, que sólo le alcanzan para pedir un café y otros trajines de la cotidianeidad—, se cree avalado e idóneo para opinar en materia del español. No se le ocurre, claro, pese a que realiza espontáneamente todas sus tareas digestivas, dictaminar sobre las realidades fisicoquímicas de esa digestión ni diagnosticar sobre las alteraciones biológicas de su aparato digestivo. Va a un especialista. Así se comporta la mayoría: menos en lo que hace al idioma.

La palabra “autoridad” tiene mala prensa, por deformación del concepto y por asimilación intencionada a “autoritarismo”. En rigor, y de acuerdo con el verbo en que se genera, *augere*, alude a “hacer crecer”, “promover” algo o a alguien. Precisamente, lo contrario del autoritarismo, que aplasta, reduce, estrecha y ciega el desarrollo de lo potencial. El autoritarismo es castrador, la autoridad es vitalizadora y motivadora. Las Academias buscan liberar al hablante de sus limitaciones y pobreza, incitándolo a que aumente su caudal léxico, sus fraseos sintácticos, y crezca en el dominio de ese instrumento del cual depende su libertad expresiva. El populismo lingüístico conduce a que no se generen personas, sino masas ignaras que son, como decía Ortega y Gasset, “el grado cero de la creatividad”. El populismo en lo idiomático mantiene a los hablantes en las gradas bajas de la escala, jamás lo promueve o lo incita a ascender hacia su personalidad expresiva. Le da más de lo mismo, como al pueblo romano: “pan y circo”, “espontaneísmo” y facilismo en la expresión. Así ejerce, veladamente, una forma de autoritarismo: fijar al pueblo en un nivel bajo.

Hay un lugar común que sigue reiterándose sin modificación alguna respecto del papel de la Real Academia Española en materia idiomática: la prepotencia normativa y el imperio del punto de vista peninsular. Por lo visto, ni los diarios leen los que siguen con esta

cantinelas descalificadoras. Hoy, y desde hace lustros, la RAE trabaja “con el concurso eficaz de las Academias hermanas, en pro de la unidad del español”; y todas constituyen la Asociación de Academias de la Lengua Española, institución que ha dado los más firmes y valiosos pasos en pro de esta fraternidad académica. Los correspondientes no son “sucursales” de la RAE, como las llamaba despectivamente Juan Antonio Argerich en su polémica con Rafael Obligado, hacia 1889³. Las Academias de la lengua española son “asociadas” a la RAE y a sus miembros, “correspondientes”, porque “responden juntamente a ella y con ella” a propósito de todas las cuestiones que hacen al uso idiomático.

La Asociación ha ido articulando un conjunto notable de labores comunes entre las corporaciones académicas de todo el mundo hispanohablante y concretando en productos sus proyectos porque, se sabe, “obras son amores y no buenas razones”. Ya se publicó la *Ortografía* (1999), en cuyo Prólogo se aclara:

Los detallados informes de las distintas Academias han permitido lograr una *Ortografía* verdaderamente panhispánica [...] y se refuerza la atención a las variantes de uso americanas (p. XIII).

Luego, el *Diccionario de la lengua española* (2001), en el que laboraron con sus aportes todas las Academias. Lexicón en cuyo seno, el ingreso de americanismos en esta vigésimo segunda edición marca un hito en la historia de la lexicografía académica.

Ahora las Academias trabajan en otra obra fundamental: el *Diccionario panhispánico de dudas* que, Dios y trabajo de todos mediante, se editará en el 2004. Para el año cervantino 2005, es decir, el del cuarto centenario de la primera parte de *El Quijote* (1605), está previsto que aparezca la *Gramática panhispánica de la lengua española* y, en tanto, se trabaja intensamente en el *Diccionario de americanismos*.

También es reflejo de esta concepción panhispánica el hecho de que las reuniones en torno a este conjunto de obras mencionadas sobre materia del idioma español se realizan en distintos puntos del mundo

³ BARCIA, PEDRO LUIS, comp. y pról., “Rafael Obligado, prosista”. En OBLIGADO, RAFAEL. *Prosas*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1976, pp. XIX-L.

hispanohablante. Las comisiones interacadémicas son itinerantes. Madrid no quiere ser la sede exclusiva y asiento del trabajo común.

Se habrá advertido la recurrencia del adjetivo “panhispánico” aplicado a estas obras de elaboración conjunta. Este vocablo se incorporó —significativamente, como una toma neta de conciencia—, por vez primera, a la última versión del *DRAE*: “Perteneiente o relativo a todos los pueblos que hablan la lengua española”. Es calificativo que viene a pelo para este haz de tareas coordinadas por comisiones interacadémicas. Tal vez el tiempo imponga la voz “panhispanismo”, hartó justificada por la práctica, concepciones, actitudes y trabajos concordes de todas las Academias.

Pedro Luis Barcia

RECEPCIÓN DE LA ACADÉMICA DE NÚMERO EMILIA PUCEIRO DE ZULETA

PALABRAS DE APERTURA*

Señor Embajador de España, don Manuel Alabat
Señores Presidentes de Academias Nacionales
Señores Académicos de otras academias hermanas
Autoridades nacionales civiles y militares
Señor Consejero Cultural de la Embajada de España
Señora Vicepresidenta de la Fundación José Ortega y Gasset Argentina
Autoridades, señoras, señores, amigos todos:

Por esa capacidad trasmutadora del espíritu humano, hoy hacemos de este jueves un domingo, porque vivimos esta jornada con ánimo festivo, al celebrar el acrecimiento de la Academia con la incorporación, a su seno, de doña Emilia Puceiro de Zuleta. Es un hecho fasto y grato, en medio de tanta decepción y abatimiento generalizado que nos rodea en nuestro país. Es deber del ánimo constructivo afirmar con calibrado optimismo cada paso positivo que demos y confirmarlo.

En estos momentos difíciles, hallamos en lo simple las pautas permanentes. Una es el dicho placer de que “Si todo el mundo barriera la vereda de su casa, el mundo estaría limpio”. La segunda pauta la da el estribillo de la canción infantil: “Cada cual atienda su juego”, aun aunque sepamos que no es cierto entre nosotros, que no será cierto tal vez, que “el que no atienda su juego, una prenda ten-

* La crónica de este acto, realizado el 27 de junio de 2002, puede leerse en “Noticias” del presente volumen.

drá". Pero la ética responsable nos lo manda. Junto a estos dos apuntamientos, alleguemos el dicho atribuido a Pitágoras, proferido hace siglos para los argentinos de hoy: "Haz lo que haces". Nosotros solemos decir que hacemos, hacemos lo que no decimos, no hacemos lo que decimos, y así parecidamente, como evitando la astringente, escueta y categórica sentencia griega.

El esfuerzo de la Academia es estar en lo propio, barrer su vereda, atender su juego y hacer lo que hace. Podremos incumplir, involuntariamente, o no alcanzar las metas con plenitud, pero nos enderezamos aspirativamente hacia ellas. Recordamos la frase estimulante, paradójica del Apóstol: "Abraham creyó y esperó contra toda esperanza" (*Romanos* 5, 18). Frente a la incertidumbre, afirmemos nuestros proyectos. El proyecto da vida a la vida y le da dirección y acepción. Frente a tanta insensatez reinante, plenifiquemos de sentido cada gesto y acto nuestro. Ante el desánimo y el sopor acidiosos, el *accidioso fummo* del que habla Dante, a propósito de un pecado algo olvidado en los tratados de moral, pero que hoy nos amenaza a las puertas del espíritu: la acidia o acedia, el desánimo agrio que nos va llevando a la pérdida del entusiasmo en lo que hacemos, al desabrimiento frente a nuestra tarea cotidiana. Al acidioso desapego que entibia nuestra acción, opongamos todo el entusiasmo de que seamos capaces para superar esta amargura que, oleosamente, contamina todos los planos de la realidad nacional. Los argentinos no somos, para decirlo con vocablo del geógrafo y cronista español del Descubrimiento, un *insulario*. La Academia no puede vivir insularmente. No sólo atiende a los neologismos lingüísticos que la crisis genera —y algunos académicos ya nos hemos ocupado de ellos— desde lo técnico, sino que apuesta a valores humanos perdurables que sostienen la comunidad argentina. La angustia debe convertirse en madre de salidas y no en madrastra de encerronas.

"La esperanza —dice Moltman— tiene estructura pascual". Y repararemos en toda la fuerza y tradición judeocristiana de esta palabra hebrea. Atendamos a ella para superar este duro *paso* —que eso es *pascua*— nacional. Es una clave de previsión, de anticipación, y una apuesta a lo porvenir. Como ésta es una academia de letras, busquemos en ellas orientación. A la frase unamuniana: "Para novedades, los clásicos", nuestro maestro Battistessa completaba: "los clásicos... y los primitivos". Atendamos a la lección de vida que, desde los prime-

ros pasajes nos da, para aquí y ahora, el primer gran monumento literario en nuestra lengua española: el *Cantar de Mio Cid*. Sabemos la situación del desterrado, despojado de todos sus bienes, apartado de su familia, lanzado a tierra de moros. El héroe llora:

De los sos oios tan fuertementre plorando
tornaua la cabeza y estaua los catando [...]

Y en la segunda tirada oímos –hoy leemos– la contrastada situación de quien, cristiano, en medio del dolor, se esperanza ingenuamente con el vaticinio pagano de la ornitomancia –pues en la desgracia uno se aferra al clavo ardiente–, al ver el vuelo auspicioso de la corneja de la derecha a la izquierda en su camino. Y, a poco, la inversión del augurio lo desazona con su toque de ironía trágica:

Alli pienssan de aguiiar, alli sueltan las riendas
a exida de Bivar ouieron la corneja diestra
e entrando a Burgos ouieron la siniestra. (vv.10-12)

Y es entonces cuando advertimos la índole heroica del personaje que, lloroso y abatido, desahuciado, se rescata de sí mismo y:

Meció Myo Cid los hombros y engrameó la tiesta:
“Albricia, Alvar Fáñez, ca echados somos de tierra.
Mas a grand onrra tornaremos a Castiella”. (vv.10-14b)

Ésta es la reacción del héroe, y del hombre heroico en lo cotidiano, incluso. No queda cautivo de su propio llanto ni se demora en la lástima de sí mismo. Los héroes lloran, sí, pero superan sus lágrimas con decisiones hacia lo adveniente. Los dos movimientos gestuales del Cid, indicados casi teatralmente, son notables: “Meció los hombros”, esto es, se sacudió de encima la angustia agobiante y los malos anuncios. “Y engrameó la tiesta”: levantó la cabeza por sobre las circunstancias y miró hacia adelante. Aquí está la reacción. Mira más allá de su momento, ve un espacio de acción e, irónicamente, aun usando un arabismo propio del momento de contactos de cultura, supera ahora con su escueto discurso su voluntad de proyecto en forma de promesa: volverá victorioso:

Albricias, Alvar Fáñez, pues echados somos de la tierra.
Pero con gran honra volveremos a Castilla.

Y el héroe cabalga. Como en el sabido poema de Manuel Machado: “Polvo, sudor y hierro el Cid cabalga”. Sigue adelante en su camino. Esta escena es una propuesta para hombres e instituciones. Así la tomamos.

Es hábito de la Casa hacer un recuento de lo actuado durante el año, al cabo de él. Como los tiempos están muy acelerados, estimo, aun como motivador de nuestras labores, hacer esta revisión cada seis meses, coincidiendo, en ambos casos, con incorporaciones de académicos. Quisiera, pues, apuntar en nuestro haber académico, como en una suerte de balance, los esfuerzos en que estamos encaminados. No está mal un arqueo para saber qué capital tenemos que, naturalmente, no cotiza en la Bolsa de los otros valores.

Convocados por la Real Academia Española, para la tarea común en la mejora del *Diccionario* mayor, trabajó en comisión, en Madrid, el académico José Luis Moure, por tres meses a comienzos de este año. Con las nuevas tecnologías incorporadas productivamente a la Real Academia, el *DRAE* admite en su página web propuestas de enmiendas o de inclusiones. Han llegado hasta la fecha más de 3000. Esto permite ir considerándolas e incluyéndolas en pantalla antes de que se imprima la nueva edición en papel. Ayer acaba de llegar una remesa de estas novedades para nuestra consideración. Unos escalones más abajo –muchos– que la Real en recursos informáticos, la nuestra mantuvo diálogo semanal durante su estada en España con nuestro delegado, paso a paso, en su trabajo. Por vez primera se asiste, desde la Academia Argentina, al delegado académico en Madrid acerca de las cuestiones que se están planteando en el seno de la comisión del *Diccionario*. Así desde nuestra Comisión específica, se trabajó denodadamente durante el verano.

En marzo, la Academia estuvo presente en el homenaje que la Universidad de Alicante hizo a don Alonso Zamora Vicente, secretario perpetuo de la Academia Española y correspondiente de la nuestra, al promoverlo como Doctor Honoris Causa. Lo estuvo de tres maneras: con una excelente ponencia de doña Emilia de Zuleta sobre los relatos del académico; con una conferencia nuestra: “Brevísima histo-

ria de la Academia Argentina de Letras” sobre la motivación de la *Historia de la Real Academia*, de don Alonso, y a invitación a hacerlo de la Asociación de Academias de la Lengua Española; y con un humilde folleto que editamos artesanalmente, recordando los cuatro fructuosos años en los que don Alonso Zamora Vicente se aquerenció entre nosotros.

En mayo, convocados nuevamente, esta vez como delegados de la región rioplatense (Uruguay, Paraguay y la Argentina), con la abierta disposición y el ánimo participativo y consensuado que caracteriza la gestión del Director de la Real Academia y del Secretario de la Asociación, trabajamos en el *Diccionario panhispánico de dudas*. (Yo fui, por las dudas). Este *Diccionario* será un utilísimo instrumento, capital para la consulta de escritores, comunicadores, profesores, maestros, público general, e incluso, académicos. Saldrá en 2004, según el cronograma de labor que se viene cumpliendo aplicada y seriamente en cada encuentro, tendrá dos versiones: una mayor, con amplia fundamentación lingüística y gramatical de las cuestiones de las que se ocupa, y otra, abreviada, para la compulsa más urgida e inmediata. Fue muy grato el ambiente en que se trabajó, laborando concorde y aunadamente, junto a los delegados de las distintas regiones de habla hispana.

Hemos dado varios pasos de integración con otras Academias hermanas para tareas asociadas. Así, con la Academia Nacional de la Historia, volvimos a compartir el estrado —como el año pasado lo hicimos en homenaje a Echeverría—. Con la Academia Nacional de Bellas Artes participamos, por iniciativa de la activa y vivacísima Presidenta, en un ciclo sobre el Barroco en las letras y en las artes plásticas.

Fuimos cordialmente invitados a exponer en el seno de una sesión, el miércoles 19 de este mes, en la Academia Nacional de Periodismo, donde conversamos con los colegas sobre la necesidad de aunar esfuerzos en pro de la atención y preocupación por el uso de la lengua en los medios de comunicación. El acto fue sumamente positivo. Y ahora procuramos articularnos las Academias Nacionales de Periodismo, de Educación y la nuestra en esta patriada por mejorar el nivel de expresión de diarios, radio y televisión, a partir de una declaración de la Academia Nacional de Educación, que retoma una anti-gua bandera académica.

El 4 de julio, en el ámbito del Archivo General de la Nación, dialogaremos con el presidente de la Academia Porteña del Lunfardo, don José Gobello, sobre lunfardismos y argentinismos. Esperamos que la sangre no llegue al río...

Todas éstas son, como manifestó el presidente de la Academia de Periodismo, don José Claudio Escribano, *labores de complementación*, cada día más necesarias pues, en los tiempos actuales, debemos retomar el lema medieval: "Todo lo podemos entre todos". Es, además, una forma de quebrar los aislamientos académicos y trabajar en pro de la comunidad argentina, con voluntad de solidaridad y servicio.

Nuestra Academia va buscando nuevos espacios de presencia. Para el mes de noviembre, aproximadamente, tendremos nuestra página propia en el portal de la mayor biblioteca virtual en lengua española: la "Miguel de Cervantes", con sede en Alicante. Ya se ha digitalizado un vasto conjunto de colecciones: poesía gauchesca; literatura nativista; viajeros; toda la *Colección de documentos relativos a la historia del Río de la Plata*, de don Pedro de Ángelis; una sección de clásicos argentinos; y ahora, se trabaja en los aportes hemerográficos; más adelante, incorporaremos la sección de manuscritos preservados en nuestra Biblioteca.

De igual manera, queremos anunciar que, gracias a la generosa y decidida acción del doctor don Pablo Piñero, director del programa argentino de UNIVERSIA, nuestra Academia tendrá en ese prestigioso sitio virtual una portada propia, donde podremos incorporar —ya lo estamos haciendo— un enorme caudal de información junto a la digitalización de nuestro repositorio bibliográfico y nuestro caudal lexicográfico. Ya antes, nos había hecho lugar para nuestra agenda de actos, textos de entrevistas y conferencias. Ahora, la hospitalidad es mayor. Agradecemos al doctor Piñero este importantísimo apoyo.

Toda la labor que llevamos a cabo la podemos hacer gracias al trabajo y colaboración eficiente y sostenida del personal de nuestros distintos Departamentos: de Investigaciones Filológicas y Lingüísticas, la Biblioteca, el Despacho y la Administración. Y a otros colaboradores, como la profesora Verónica Zumárraga y la doctora Alicia Zorrilla. Ellos son los fogoneros de nuestra locomotora, o "locomotiva", como decía don Rafael Obligado el siglo pasado.

A partir de julio, tendremos el subsidio de la Asociación de Academias de la Lengua Española para dos plazas de investigadores en lexicografía y gramática, en el marco de colaboración y mutua asistencia en los trabajos que, en estos dos campos, están proyectados. Es una muestra más de la voluntad de coordinación y suma con sentido panhispánico en el trabajo académico. Lo celebramos.

En el campo de las publicaciones, nuestro *Boletín*, correspondiente al segundo semestre de 2000, está a punto de aparecer. A lo largo del año, quisiéramos ponernos al día, si espónsores –ya está incluida la palabra en el *DRAE*, falta que la encarnen los donantes generosos– nos respaldan. Emecé-Planeta editará –acabamos de entregar el original– nuestro *Diccionario de argentinismos*, con algo más de seis mil voces, fruto de una ardua labor del Departamento de Investigaciones Filológicas y Lingüísticas, y la Comisión del Habla de los Argentinos. Tenemos muchas esperanzas puestas en esta obra y en sus posibilidades de mejoramiento y enriquecimiento.

Debido a que nuestra faltriquera académica tiene poca “guita”, es decir poca correa de cierre de la bolsa, porque ella no es abultada, aquellos académicos que quieran publicar una obra suya deberán solventarla de su propio bolsillo. Tal como está ocurriendo con un libro de la autoría del académico Horacio Castillo sobre la relación epistolar entre Ricardo Rojas y Rubén Darío. Otras obras, como la *Colección de poesías patrióticas* de 1827 esperan, como el arpa becqueriana en la sombra, la mano dadivosa que pueda editarla.

Nuestra situación presupuestaria es complicada. Es odioso hablar de esto, se sabe. Pero, decía Napoleón: “La tropa llega hasta donde alcanza la vitualla”. Hemos padecido una disminución del treinta por ciento en el subsidio que recibimos del Ministerio de Educación. Los empleados de la Academia han hecho un sacrificio al aceptar la propuesta de reducir sus salarios en forma graduada según el monto de éstos. Queremos agradecerlo muy expresamente. Estamos llevando adelante una economía de guerra en todos los frentes. La Academia ya no puede asumir los gastos de festejo del sobrio bufet con que homenajeaba a sus nuevos miembros. Es ahora el incorporado quien debe cubrir ese gasto. Por esta razón, pedimos disculpas a los presentes, al no poder invitarlos institucionalmente a la recepción.

Agradecemos de particular manera a algunas empresas que nos han hecho estimables donaciones, como es el caso de Disco, que nos ha aportado en papelería y en el campo de los insumos cotidianos, y a la Papelera Massuh, su donación de resmas para nuestras tareas. Todo esto, claro, nos lleva tiempo y esfuerzos de gestión.

El 19 de julio, con el auspicio de la Fundación José Ortega y Gasset Argentina y en su sede —nosotros no tenemos salón propio—, se desarrollará el cursillo sobre “Motivación semántica de la gramática”, dictado por el doctor Francisco Marcos Marín, profesor de Lingüística de la Universidad Autónoma de Madrid y activo colaborador de nuestra Casa. En relación con la Fundación José Ortega y Gasset Argentina, hemos propuesto la realización de un ciclo intitulado “Españoles en la Argentina”, que se ocupará de intelectuales peninsulares que nos visitaron o que se radicaron entre nosotros. Esta tarea es justamente pontonera entre España y la Argentina. Saludamos con gratitud a la doctora Marta Campomar y a la directora ejecutiva Inés Viñuales.

Agradecemos, ahora públicamente, el gesto generoso y hospitalario del señor Embajador de España, que rindió un homenaje a la labor de nuestra Academia en un almuerzo gratísimo que sólo los peninsulares de su rango son capaces de imaginar y concretar en niveles de diálogo, viandas y vinos. Igualmente, agradecemos el mensaje, generoso y estimulante, que nos fue leído en el seno del almuerzo, del señor director de la Real Academia Española don Víctor García de la Concha, que sigue dando señales sostenidas de apoyo y apostando a la tradición de nuestra Casa en el trabajo por la lengua común.

Todo lo antedicho tiende a señalar que, en medio de estados depresivos generalizados, la Academia sigue empecinándose en avanzar e, incluso, en crecer.

Hoy se suma a los proyectos de la Academia, el aporte laborioso e inteligente de una colaboradora de trascendentes méritos: doña Emilia de Zuleta. Doña Emilia, prestigiosa hispanista, era miembro correspondiente de nuestra Casa desde el 9 de abril de 1981, con sede en Mendoza, donde transcurrió su fecunda vida de investigadora y crítica y desde donde trascendió al país y a España con su activísima labor. Desde su Cuyo natal, colaboraba a la distancia o en sus espaciadas visitas a la capital con la Corporación. A poco de radicarse en Buenos Aires, la Academia vio la oportunidad de incluirla, con provecho para

la institución, entre sus miembros de número, y así la eligió el 13 de septiembre del año pasado. Ocupa el sillón que lleva el nombre de Calixto Oyuela, nuestro primer presidente.

No bien integrada al pleno, la académica proyectó en nuestro espacio esa actividad disciplinada y rigurosa que la caracterizó toda su vida, y que aprovechamos para encomiar desde aquí. Felicitaciones en nombre de todos, doña Emilia.

Mi función ahora es de mero ostiario, orden menor algo olvidada, pero de servicio, que cumplía con la tarea de abrir la puerta para franquear el paso a los que se acercaban a la Casa.

Saludamos, a la vez, gustosos, la presencia de la académica doña Alicia Jurado, que ha hecho un esfuerzo, en medio de una larga convalecencia, para acompañarnos hoy en la incorporación de doña Emilia de Zuleta. Se lo agradecemos y le cedemos la palabra para la recepción de nuestra nueva cofrade.

Pedro Luis Barcia

PRESENTACIÓN DE EMILIA PUCEIRO DE ZULETA

Cuando le dediqué a Emilia mi último libro, escribí en la dedicatoria que nuestra amistad era tan vieja que ya no sabía cuándo había empezado. Sé que la conocí en Mendoza; ella enseñaba en la Universidad de Cuyo, donde actualmente es profesora emérita con dedicación exclusiva, y que esa amistad se fue consolidando a lo largo de mis viajes a Mendoza, donde nunca dejé de verlos a ella y a Enrique, su marido, y de sus visitas a Buenos Aires porque, al ser miembro correspondiente, iba de vez en cuando a las sesiones de la Academia.

Es por esta razón, sobre todo, que me da tanta satisfacción decirle hoy las palabras de bienvenida, al ingresar como académica de número, ya que ahora vive en Buenos Aires y puede asistir a todas las reuniones.

Cuando la nombraron Correspondiente por Mendoza, también tuve el gusto de decir unas palabras, que no puedo repetir aquí, pero en las que confesaba no ser la más experta en el tema de su especialidad, la literatura española, a la que toda su vida se dedicó en su carrera de paciente y, a la vez, brillante ensayista.

No puedo fatigar a los oyentes con los detalles de su profuso currículum; baste recordar que éste ocupa veintisiete hojas de papel oficio para comprender cuántos fueron sus estudios realizados, sus cargos académicos, sus trabajos de investigación, las conferencias y cursos que dictó, los encuentros y congresos nacionales e internacionales a los que asistió, los artículos y ensayos que publicó en revistas y periódicos, los cargos que desempeñó, los premios que obtuvo, los viajes de estudio que realizó y, por último, sus libros, en los que casi no hay escritor español de mérito de quien no se haya ocupado, poeta, narrador, ensayista o crítico.

Cuando en 1981 fue nombrada Correspondiente de nuestra Academia, y tuve el placer de presentarla, hice hincapié en el interés y amenidad con que fueron escritos sus libros, a pesar de abordar a menudo temas complejos o áridos. Si me está permitido citarme a mí misma, dije en esa ocasión:

Su crítica de críticos, vale decir, una especie de crítica elevada a la segunda potencia, que podría ser agobiante en manos menos hábiles que las suyas, resulta en cambio muy atrayente por dos motivos: la penetración con que está concebida y el inobjetable lenguaje que la expresa.

Porque Emilia no es sólo una erudita en el tema de su elección, sino que tiene una prosa clara y sobria, en la que transmite sus opiniones con la precisión que deriva de la inteligencia y la elegancia que solamente es propia del artista del lenguaje.

Todo esto se advierte en su análisis del amplio catálogo de escritores españoles que aparece en su obra, tanto Unamuno como Ortega y Gasset, Pérez Galdós como Azorín, Pedro Salinas como Federico García Lorca.

Nada hay en Emilia que se pueda juzgar profesoral o tedioso, sino que contagia al lector su entusiasmo, resultado, según sus propias palabras: "de una larga devoción de lectora".

Enamorada de la belleza de la poesía, aunque aborde temas aparentemente aburridos, se nota en ella el amor a las palabras. En uno de sus últimos libros, titulado *Relaciones literarias entre España y la Argentina* que, por minucioso y exhaustivo, puede considerarse un invalorable libro de consulta más que dedicado al lector común, tuvo la excelente idea de hacer su investigación en las revistas literarias aparecidas en la Argentina y en España, ya que es en éstas donde se halla la mayor variedad en colaboradores y en géneros, y demuestra su infatigable capacidad de investigadora al referirse a cada revista, a cada colaborador español y crítico argentino que escribe sobre españoles, sin dejar de citar el título de cada artículo, en una obra de doscientas cincuenta páginas o poco más.

Un libro posterior, *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, retoma un tema que aparece con frecuencia en el de las relaciones literarias entre nosotros y la madre patria: las profundas diferencias ideológicas entre los exiliados y la acritud en que se reflejaban en sus ensayos, a veces, agresivos en demasía.

La obra abarca la inmigración española desde la Independencia, pero se especializa en los emigrados de 1936, cuyo melancólico destino fue el efecto psicológico de los cambios, comenzando por el monótono viaje por mar, efecto visible en los fragmentos de poesías que se citan y, también, la decepción del regreso, algunos después de cuarenta años de ausencia, cuando hallan tan cambiada la España de su juventud que les resulta imposible recobrar el ambiente añorado. Son así doblemente desterrados, primero, en otros países y, después, en el propio, en el que ya se sienten casi ajenos.

Sin embargo, hay una cosa que no podemos olvidar quienes nos ocupamos de las palabras: el hecho de que aquellos que se fueron a Hispanoamérica encontraron su idioma, con algunas variantes tal vez, pero siempre el que les permitía relacionarse con la gente y escribir en las publicaciones locales, particularmente en la Argentina, donde había editoriales importantes dirigidas por sus compatriotas, y fueron acogidos en los grandes diarios y en las numerosas revistas literarias.

Terminaré, pues, con unas palabras de Casimiro Prieto, citadas por Emilia en su libro anterior con notable acierto: “España está donde se habla el castellano y donde se habla el castellano está mi patria”.

Querida Emilia, permíteme darte la bienvenida con la alegría de saberme acompañada por ti en esta Academia y felicitarte con el calor de esa antigua amistad que nos une desde hace tanto.

Alicia Jurado

ALFONSO REYES Y LA FUNCIÓN DE LA CRÍTICA

En primer lugar, agradezco a esta Corporación que me haya designado miembro de número después de varios años, durante los cuales, fui miembro correspondiente.

En segundo lugar, agradezco a mi colega y querida amiga, Alicia Jurado, que sea portavoz de esta recepción reiterando su afectuoso gesto de 1981, cuando me acogió como académica correspondiente, la tercera mujer, después de Victoria Ocampo y ella misma, en ingresar en este Cuerpo. Sus palabras de hoy han sido de una generosidad conmovedora que ha ensanchado la magnitud de mis méritos hasta un límite que me avergüenza. Una deuda más que se suma a otras durante más de cuarenta años de amistad y de intercambio intelectual.

En estas palabras preliminares vaya, también, un recuerdo para el primer presidente de esta Academia, don Calixto Oyuela, nombre que individualiza este sillón. De él subrayo su encendida pasión de hispanista, expresada en páginas en prosa y verso, cuya máxima altura alcanzó en las horas aciagas de la guerra de 1898 entre España y los Estados Unidos, en Cuba. Sus *Elementos de teoría literaria*, de 1885 y las subsiguientes versiones, con el título de *Teoría literaria*, de 1887 y 1902, fueron libros de consulta cuya influencia en la educación literaria de muchos argentinos habrá que evaluar algún día, no tanto por la estricta definición de sus preceptos, sino por la singularidad de su firme clasicismo en plena revolución modernista.

Debo recordar, también, en estas palabras iniciales, a quien me precedió en este sillón, el doctor Castagnino, quien en su discurso de ingreso, el 24 de octubre de 1974, habló sobre el tema "De las poéticas a la metapoética", con la erudición y las lecturas que ya caracterizaban sus obras anteriores y siguieron presentes en las posteriores, en total varias decenas de libros que se inscriben en el repertorio de nuestros

estudios literarios, más allá de las modas, pasajeras por naturaleza. Por su conocimiento de la literatura argentina en su desarrollo y en sus géneros y por sus prendas personales, Castagnino fue una presencia que siempre recordaremos en la presidencia de esta Corporación.

Y ahora entro de lleno en mi tema de esta tarde, “Alfonso Reyes y la función de la crítica”, que implica un homenaje a un gran americano y a un gran humanista, que fue miembro correspondiente de nuestra Academia desde el 23 de agosto de 1932, antes de serlo de la Real Academia Española, desde 1943.

Su vida y, por ende, su trayectoria intelectual comienza en su patria, México, y acaba en México, en una tensión entre dos polos: el primero, Europa (especialmente España y Francia), y el segundo, la Argentina. Su obra, de admirable variedad, manifiesta no sólo su inmenso saber, sino sobre todo, su humanismo integral y su concepción social de la cultura, en suma, un humanismo americano y universal basado en la libertad, “no sólo la libertad política” (esto es obvio), “sino también la libertad del espíritu y del intelecto, en el más amplio y cabal sentido”. Y sobre este principio confirma la necesaria independencia ante todo intento de subordinar la investigación a cualquier otro orden de intereses¹.

Este humanismo configura su tema vital que es, simultáneamente, un programa para América:

Cada uno debe buscar a América dentro de su corazón, con una sinceridad severa, en vez de tumbarse paradisiacamente a esperar que el fruto caiga solo del árbol. América no será mejor mientras los americanos no sean mejores. [...] El farrago, el farrago es lo que nos mata. Al mundo no debemos presentar canteras y sillares, sino a ser posible edificios ya contruidos [...]

dirá en un artículo titulado “Valor de la literatura hispanoamericana”, publicado en *La Prensa*, en octubre de 1941².

¹ REYES, ALFONSO. “Palabras sobre el humanismo [1949]”. En *Obras completas*. México: F.C.E. 1979, T. XX, p. 404.

² REYES, A. “Valor de la literatura hispanoamericana”. En *Obras completas*. Última Tule..., T. XI, pp. 128-129.

A la vez, este americanismo concibe a América dentro de Occidente; en suma, un sentido a la vez ibérico e internacional, y autóctono. La acción de los intelectuales, por ende, queda comprometida por su conocimiento de la realidad propia y por aquel sentido de la unidad de América y de sus posibilidades de futuro.

Este programa vital e intelectual se desarrolla en cuatro etapas. La primera, en México entre 1906 y 1913. Había nacido en Monterrey, en 1889, y allí hizo sus primeros estudios y recibió su primera influencia capital, la de Marcelino Menéndez Pelayo. Esta devoción por el gran humanista persistirá, como lo demuestra cuando en los años de su alta madurez, al definir su concepto de la ciencia de la literatura, lo cite:

La crítica literaria nada tiene de ciencia exacta, y siempre tendrá mucho de impresión personal³.

Sin embargo, después de aquel entusiasmo juvenil, vendrá el afán de independencia y de diferenciación. Hacia 1914, su gran amigo, Pedro Henríquez Ureña, lo tranquiliza en este aspecto:

Tu estilo no es hoy marcelinesco. Tú eres de las pocas personas que escriben el castellano con soltura inglesa o francesa; eres de los pocos que saben hacer ensayo y fantasía⁴.

Su relación con Menéndez Pelayo se reconfirma, como dijimos, en la madurez y está específicamente testimoniada en su artículo "Nueva discusión de Menéndez Pelayo", que procede de una discusión con Guillermo de Torre quien, en 1943, había publicado su libro *Menéndez Pelayo y las dos Españas*. Escribirá:

Yo estoy empeñado en traer cada vez a mi zona (*grosso modo*, el campo liberal), al viejo maestro que tanto admiro y tanto influyó en mi adolescencia⁵.

³ REYES, A. "Tres puntos de exegética literaria". En *Obras completas...*, T. XIV, p. 248.

⁴ HENRÍQUEZ UREÑA, P. y ALFONSO REYES. *Epistolario íntimo*. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981, T. I, p. 252.

⁵ REYES, A. "Nueva discusión de Menéndez Pelayo". En *Cuadernos Americanos*. N.º 5 (1957), p. 18.

Pero volvamos a América y a 1906, cuando Reyes se integra en el grupo de "Savia moderna", del cual formaban parte Alfonso y Antonio Caso; José Vasconcelos y, sobre todo, Pedro Henríquez Ureña. Tres años más tarde, en 1909, sobre esta base, se fundará el Ateneo de la Juventud. Lo que los distingue, según Reyes, es la trabazón entre vida universitaria y libre de las letras, y preocupación social y educativa. Con ellos establece su programa juvenil de formación intelectual: la lectura de los griegos, el redescubrimiento de España y el descubrimiento de Inglaterra.

Qué presentaban los griegos está definido en la carta de Pedro Henríquez Ureña a Reyes, del 25 de marzo de 1914⁶. Grecia, sobre todo, comparada con los orientales:

[...] es el pueblo que trae al mundo la inquietud, el progreso, que inventa la discusión y la crítica, la historia y la utopía, porque quiere saberlo todo para alcanzar la perfección.

En otro texto de diciembre del mismo año, Henríquez Ureña manifiesta su disconformidad con México: "Hay en aquel país un elemento que no entenderé jamás. Será lo asiático".

Qué representa el grupo, lo define también Henríquez Ureña en carta a Reyes del 25 de mayo de 1914:

Yo he difundido por aquí la idea de que ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual ni tampoco social: es obra de un pequeño grupo que vive en alta tensión intelectual⁷.

En suma, el grupo es *lo nuestro, los nuestros*:

Lo nuestro propio, que es la actividad intelectual en el plano de una agilidad amena, pero siempre en tensión, es el secreto de la felicidad [...]

le había escrito en otra carta del mismo año⁸.

⁶ HENRÍQUEZ UREÑA, P. y ALFONSO REYES. *Epistolario...*, T. I, p. 215.

⁷ HENRÍQUEZ UREÑA, P. y ALFONSO REYES. *Epistolario...*, T. I, p. 253.

⁸ HENRÍQUEZ UREÑA, P. y ALFONSO REYES. *Epistolario...*, T. I, p. 229.

Por lo que vemos, la amistad de Pedro Henríquez Ureña fue, para Reyes, fundamental. Así lo recuerda el segundo años más tarde:

No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó⁹.

Esta amistad ha quedado reflejada en sus cartas. Allí quedan los consejos de Henríquez Ureña a Reyes: las correcciones minuciosas de sus trabajos; le aconseja que aprenda inglés, pero que vaya a Europa; le indica lecturas y le reprocha la frivolidad de sus cartas. Y, sobre todo, en esas misivas, se evidencia la avidez intelectual de ambos que abarca todas las literaturas, la historia, el pensamiento, el arte, el teatro, el cine, la música, las artes plásticas, la poesía, la política.

Por entonces, Reyes no quiere *encallar* –obsérvese la imagen– en la crítica ni el ensayo pero, a instancias de su amigo, publica su primer libro, *Cuestiones estéticas*, editado por Ollendorf en 1911, es decir, cuando apenas tenía veintidós años. Allí encara con un método nuevo los estudios sobre Góngora y Mallarmé, que consiste en el análisis psicológico y estético de los móviles del poeta. Parte de una base teórica original: primero, considera que la sustancia de la poesía es la palabra; segundo, que la poesía no es sólo comunicación, sino también expresión del mundo del poeta; tercero, que el gran tema es, en efecto, la lucha del poeta por la expresión.

La segunda etapa de la vida y de la obra de Reyes se desarrolla en París y Madrid entre 1913 y 1924. Llega a París en agosto de 1913, y su actividad abarca dos dimensiones diferentes. La primera es la vida literaria y su relación con escritores y críticos, como Rainer María Rilke, Miguel de Unamuno, Francis de Miomandre, Jean Cassou, Mathilde Pomés y Guillermo de Torre.

La segunda dimensión corresponde a su apertura hacia la erudición, bajo el magisterio de Foulché Delbosc. Con método riguroso, colabora en la edición crítica de las obras de Góngora, que publicará Foulché en 1921. Allí se originan sus propios estudios gongorinos por los cuales puede ser considerado un precursor de la revaloración del gran poeta. *Cuestiones gongorinas*, su libro de 1927, fue elaborado entre 1915 y

⁹ REYES, A. "Pasado inmediato". En *Obras completas...*, T. XII, p. 205.

1923, y su versión de la "Fábula de Polifemo y Galatea" fue publicada en la revista *Índice*, fundada por Juan Ramón Jiménez en 1923.

Además, a este ciclo, corresponde su encuentro con Leopoldo Lugones y su predescubrimiento de la Argentina:

Todo mexicano suficientemente desinteresado sacará provecho de hablar con un argentino: es una perspectiva opuesta.

le escribe a Henríquez Ureña en noviembre de 1913¹⁰.

En octubre de 1914, ya está en España y comienza su actividad en el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal. Uno de los originales "Carteles" de Ernesto Giménez Caballero, publicado años más tarde, en *La Gaceta Literaria* de Madrid, en su número 14, del 15 de julio de 1927, ha representado gráficamente aquel sistema. En el centro, como un gran planeta, don Ramón Menéndez Pidal; en su órbita, la *Revista de Filología Española*; y más allá, los astros menores, ubicados según su importancia: Claudio Sánchez Albornoz, Alfonso Reyes y Federico de Onís, en una zona superior, de privilegio; y girando en otros niveles, Antonio Solalinde, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Dámaso Alonso, Amado Alonso, José Fernández Montesinos.

Reyes había ganado aquel lugar bajo la inmediata conducción de Antonio Solalinde y Federico de Onís. Trabajaba de manera intensa: desde las diez de la mañana hasta la una, ayuda a escribir un libro; a la tarde iba a la Biblioteca Nacional y, luego, al Ateneo de Madrid. En el Centro, es encargado de los estudios sobre teatro. En carta a Henríquez Ureña, del 16 de diciembre de 1914, le dice:

He empezado a trabajar a la alemana y con papeletas.

De este modo de trabajo, se burlaba Unamuno en un artículo que tuvo inmediata réplica de Ortega¹¹.

¹⁰ HENRÍQUEZ UREÑA, P. y A. REYES, *Epistolario...*, T. I, p. 173.

¹¹ ORTEGA Y GASSET, J. "Unamuno y Europa, fábula" (*El Imparcial*. Madrid, 27 de septiembre de 1909). En *Obras completas*. Madrid, 1983, T. I, pp. 128-132.

Con referencia a aquellos compañeros del Centro de Estudios Históricos, dirá Reyes:

Esta gente es *nuestro grupo*. No estábamos solos en Perú, Cuba, México, existíamos también¹².

Los escritores que he nombrado y otros, como Enrique de Mesa, Andrés González Blanco, Ramón Pérez de Ayala, constituyen ese *nuevo grupo*. Su órgano propio es la revista *España*, fundada por Ortega y Gasset. Pero mientras en Reyes se acendra su hispanismo y su americanismo, crece en él y en Henríquez Ureña su rechazo hacia algunos aspectos de lo español. El dominicano le recomienda, por ejemplo, la lectura de *A lo lejos*, de José María Salaverría, y las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega y Gasset, porque los considera "casi libres de gachupinismo, o sea, de manteca espiritual"¹³. En carta del 31 de agosto de 1915, agrega:

Creo en el *espesor* del intelecto español y en que nosotros (los pocos que *somos* en América, es decir, las doscientas gentes que en cada país nuestro han leído más de trescientos libros) estamos siglos adelante de ellos¹⁴.

Por entonces, Gómez de la Serna le escribía a Guillermo de Torre que ellos, junto con Ortega, eran verdaderamente universales frente al provincianismo de la vida española.

Es éste un ciclo de gran producción de Reyes, la cual será recogida en libros, como *Grata compañía*, compuesto de sus ensayos y artículos de crítica literaria y cinematográfica, escritos entre 1921 y 1926. O sus series de *Capítulos de literatura española* y *Visperas de España*.

La tercera etapa, entre 1925 y 1938, corresponde a sus estancias en Francia y en Hispanoamérica. Es menor su producción y publica más poesía, prólogos, traducciones y recopilaciones de artículos. Desarrolla, asimismo, su filosofía moral y de la cultura, y se despliega plenamente su idea de Hispanoamérica.

¹² HENRÍQUEZ UREÑA, P. y A. REYES. *Epistolario...*, T. II, p. 115.

¹³ HENRÍQUEZ UREÑA, P. y A. REYES. *Epistolario...*, T. II, p. 113.

¹⁴ HENRÍQUEZ UREÑA, P. y A. REYES. *Epistolario...*, T. II, p. 182.

Llega a la Argentina, como Embajador de México, en julio de 1927 y permanece aquí hasta abril de 1930, cuando es nombrado Embajador en Brasil. Entre 1936 y 1937, es nuevamente Embajador en la Argentina y, luego, en 1938, en Brasil.

Desde el comienzo, manifiesta abiertamente su fascinación frente a la Argentina. En su *Epistolario* con Henríquez Ureña, hay referencias a Lugones y sobre la universalidad y el cosmopolitismo que constituyen la complementariedad americana.

En su ensayo "Palabras sobre la nación argentina"¹⁵, de 1929, recogido en *Norte y Sur*, en el volumen noveno de sus *Obras completas*, afirma que México y la Argentina son:

[...] los dos países polos, los dos extremos representativos de los dos fundamentales modos de ser que encontramos en Hispanoamérica.

Pero su crítica, análoga a la que en su momento había hecho Ortega, se detiene en varios aspectos censurables de la vida argentina: el gran crédito a la apariencia, el engolamiento y la convención, el estilo que califica "de lo más frondoso y perifrástico que todavía se escribe en América". Sin embargo, su juicio, sereno y equilibrado, reconoce los esfuerzos de la *generación vigente*, la cual "no es europeizante", sino que "ha debido trabajar con los instrumentos de la cultura europea", pero "sin esa generación de europeizadores de América, nunca se hubiera obtenido la cosecha de los actuales americanizadores de América o que aspiran a serlo...".

Hay otros excesos, como los que proceden de la simplificación seudonacionalista, a propósito de la cual, ironiza:

Felicitémonos de que no se haya inventado hoy un comprimido Bayer que nos permita ingerir de un trago, toda la conciencia nacional¹⁶.

¹⁵ REYES, A. *Norte y Sur*. En *Obras completas...*, T. IX, pp. 28-36. Ver, además, el imprescindible estudio de Enrique Zuleta Álvarez, "Alfonso Reyes y la Argentina". Coordinado por Eduardo Robledo Rincón. En *Alfonso Reyes en Argentina*. Buenos Aires: Eudeba - Embajada de México, 1998, pp. 422-450.

¹⁶ REYES, A. *Norte y Sur*. En *Obras completas...*, p. 41.

Amigo de Victoria Ocampo, hacia 1930, participa del proyecto de la fundación de *Sur*. Ya estaba él en Brasil cuando ella le anuncia la inminente aparición de la revista y le pide su colaboración: "Cuento con usted, mi Flor azteca. No me falle, cuento muchísimo"¹⁷, le escribe. En efecto, no le falla porque Reyes forma parte del llamado Consejo Extranjero, que figura en la solapa del primer número de la revista, junto a Ernest Ansermet, Drieu La Rochelle, Leo Ferrero, Waldo Frank, Pedro Henríquez Ureña y Jules Supervielle.

Pero por esos años, Reyes se había embarcado en un proyecto propio, el de su revista *Monterrey*, que se publicó entre junio de 1930 y julio de 1937, lo que él llamaba su Correo literario, cuyos catorce números fueron escritos, en gran parte, por él mismo. Según Manuel Olguín, en esos textos, está su filosofía social en acción¹⁸. Tenía dos secciones: "Guardias de la pluma", sobre las relaciones entre intelectuales de ambas orillas, y "Ojos de Europa" para escritores europeos que definían nuestra realidad.

La cuarta etapa de su vida y de su obra, desde 1938 hasta su muerte en 1959, corresponde a un período aún más fecundo. En el orden de la acción, funda y organiza la Casa de España, en 1938, destinada a acoger a los intelectuales españoles exiliados de la guerra civil y, luego, participó en la creación de El Colegio de México, fundado en 1945, con la intervención de la UNAM, del Banco de México y del Fondo de Cultura Económica. Asimismo, sigue desarrollando sus ideas sobre cultura, tradición, cosmopolitismo, función social de los intelectuales y posición de América en la cultura.

Y, sobre todo, desarrolla su propia teoría literaria, que comprende sus libros *La experiencia literaria*, publicado por Losada en 1942; *El deslinde*, de 1944; y *Tres puntos de exegética literaria*, de 1945; precedidos por *Apuntes sobre la ciencia de la literatura*, escrito hacia 1940 y 1941. Los *Apuntes sobre la ciencia de la literatura* permanecieron inéditos hasta su publicación en el volumen XIV de sus *Obras*

¹⁷ OCAMPO, V. "Carta a Alfonso Reyes", 9 de octubre de 1930. En DELEIS, MÓNICA y otros. *Cartas que hicieron la historia*. Buenos Aires: Aguilar, 2001, p. 426.

¹⁸ OLGUÍN, M. "La filosofía social de Alfonso Reyes". En *Páginas sobre Alfonso Reyes. 1946-1957*. Monterrey: Universidad de Nuevo León, 1957, T. II, pp. 301-319.

completas. Comprende una serie encadenada de distinciones que anticipan la muy prolija exégesis que desarrollará en *El deslinde*. La crítica opera sobre los textos. Dice:

De suerte que, como decía Sainte-Beuve, la lectura es el A.B.C. de la crítica. Los métodos mismos de la crítica pueden definirse como métodos del buen leer, y a ellos se refiere el presente ensayo.

Y agrega que la crítica metódica tiene que tomar siempre en cuenta los testimonios de la crítica impresionista¹⁹.

Con respecto a la Ciencia de la Literatura, incluye una primera definición integradora:

[la ciencia de la literatura es] aquella parte de la crítica que, contando siempre con las reacciones emocionales, poéticas y estéticas, admite el someterse a métodos específicos –históricos, psicológicos y estilísticos–, y con ayuda de ellos se encamina a un fin exegético inmediato, mientras de paso enriquece el disfrute de la obra considerada, puesto que aviva todas las zonas posibles de sensibilidad y prepara el juicio superior, la última valoración humana que, por su alcance, escapa ya a los dominios metódicos²⁰.

La Literatura es el objeto; la Historia de la literatura, el panorama; y la Teoría de la literatura, el examen fenomenográfico. En esos *Apuntes*, incluye una reseña de la historia de la crítica, hace una descripción de la literatura comparada y pone énfasis en la importancia de la bibliografía, instrumento fundamental y, a la vez, destaca el valor del estudio de la literatura en sí misma.

Prefiere la denominación de Estilología, en lugar de estilística, y establece una confluencia entre la estilología y la obra de los formalistas rusos, en lo que concierne a la noción de la poesía pura y la función estilística del lenguaje. Caracteriza uno por uno a aquellos críticos, brevemente, treinta años antes de la difusión del formalismo ruso en el mundo hispánico. Ya por entonces, se le hace evidente el pobre resultado de los métodos:

¹⁹ REYES, A. *Apuntes sobre la ciencia de la literatura*. En *Obras completas...*, T. IX, pp. 334-335.

²⁰ REYES, A. *Apuntes...*, pp. 335-336.

Cuántas, oh cuántas veces, los métodos por pereza de pensar usurpan la categoría de los fines, y entonces, como los reclutas del cuento, nos quedamos marcando el paso y sin andar²¹.

De 1941 es su libro *La crítica en la Edad Ateniense*, publicado por El Colegio de México, fruto depurado de su interés por el mundo clásico. Ya en 1923, había publicado su poema dramático "Ifigenia cruel" y, en sus *Obras completas*, los temas griegos ocupan cinco volúmenes, del xvi al xx, y el xix contiene su traducción de *La Iliada*.

En *La crítica en la Edad Ateniense*, figura una nueva definición de la crítica: de los hechos, se ocupa la Historia de la literatura; de su definición por esquema y espectro, la Teoría de la literatura; y de sus reglas, la Preceptiva. Los dos polos del eje crítico son el impresionismo y el juicio. Es impresionismo la crítica artística provocada por la creación; y es juicio la corona del criterio, alta dirección del espíritu que integra la obra dentro de la compleja unidad de la cultura. En el centro del eje crítico, está la exegética, llamada Ciencia de la Literatura.

El libro contiene un estudio detallado de la crítica griega y de sus aportes. A Aristófanes, se le debe el primer juicio literario sobre obras determinadas; y a Aristóteles, la fundación de la teoría literaria, que es el estudio de la fenomenografía literaria o estudio fenomenográfico de los rasgos generales.

El volumen xiii de las *Obras completas* contiene, además, *La antigua retórica*, cuyo punto de partida es la relación entre el poeta o escritor con su público: "[...] aquél lanza al estímulo, éste lo recibe"²². Allí está, "in nuce", el Mediterráneo que descubrió la Teoría de la recepción.

En *Tres puntos de exegética literaria*, publicado en 1945, pero que pertenece a una etapa anterior, define los métodos: el histórico, el psicológico y el estilístico, todos ellos integrados en la Ciencia de la Literatura. Ella exige rigor científico, no recursos metafóricos, sino probidad, precisión, sumisión al hecho, escrúpulo de comprobación. El aprendizaje de esta ciencia, sostiene Reyes, debe pasar por todos

²¹ Reyes, A. *Apuntes...*, p. 383.

²² REYES, A. *La antigua retórica*. En *Obras completas...*, T. XIII, p. 349.

los servicios: bibliografía, compulsas de fechas, etc. Éste es el método de Lanson y que él mismo había practicado con Foulché Delbosc y con Menéndez Pidal.

En 1942 había aparecido en la colección Contemporánea de Losada su libro *La experiencia literaria*, recogido en el tomo xiv de sus *Obras completas*. Reúne artículos publicados previamente entre 1930 y 1941, corregidos y, a veces, refundidos. Reyes siguió el proceso de su publicación con notoria ansiedad. Le reclama a Henríquez Ureña que el volumen salga pronto, cuanto antes, en carta del 4 de septiembre de 1942; y el dominicano le responde, el 4 de noviembre del mismo año, que saldrá pronto, corregido por él mismo y por Amado Alonso.

A pesar de su origen en ensayos aislados, *La experiencia literaria* constituye un tratado introductorio completo, de exposición orgánica y fluida. Trata de lo folclórico, lo tradicional y de sus características y modalidades. Su definición de la literatura ya está hecha por deslindes: la filosofía se ocupa del ser; la historia y la ciencia, del suceder real; la literatura, del suceder imaginario integrado en elementos de la realidad. En síntesis:

El contenido de la literatura es, pues, la pura experiencia, no la experiencia de determinado orden de conocimientos²³.

El estudio de la literatura es la fenomenografía del ente fluido.

A diferencia de lo que preconizaron algunas escuelas formalistas, Reyes insiste constantemente en la importancia de la intención: "Nunca se insistirá bastante en la intención"²⁴.

Otro de los aspectos fundamentales de la experiencia literaria lo constituye la lectura, y Reyes se ocupa de ella distinguiendo tanto las categorías de la lectura como su proceso en sí mismo. Pedro Salinas, en su "Defensa de la lectura", incluido en su libro *El defensor*, de 1948, formula una descripción casi exactamente igual de aquel proceso. Excluida la hipótesis de un plagio o reminiscencia inconsciente,

²³ REYES, A. *La experiencia literaria*. En *Obras completas*..., T. XIV, p. 83.

²⁴ REYES, A. *La experiencia*..., p. 83.

esas páginas en las que se aproximan tan estrechamente ambos ensayistas deben ser leídas como una ejemplar coincidencia de dos grandes lectores.

Se ocupa, también, de las antologías y del concepto de la historia literaria que subyace en ellas; de la importancia de las bibliografías, hasta el punto de que sugiere la posibilidad de escribir la historia de la literatura a manera de metabibliografía. Y, finalmente, dedica varias páginas a la traducción y a sus propias traducciones de Sterne, Chesterton, Goldsmith, Stevenson, vistas como ejercicios de crítica y de poética. Doctrina impecable que debería tenerse en cuenta al traducir y al juzgar traducciones.

Uno de los capítulos de este libro, titulado “Sobre la crítica de los textos”, fue publicado en *La Prensa*, el 17 de diciembre de 1939, e incluye una detalladísima descripción de los métodos de crítica textual²⁵.

La coronación de todos estos trabajos previos se halla en *El deslinde*, publicado por El Colegio de México en 1944 y recogido en el tomo xv de sus *Obras completas*. Según su editor, el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, es el libro orgánico que cierra todo un ciclo del pensar literario de Alfonso Reyes y, añadido, la máxima contribución que el mundo hispánico había hecho a la teoría literaria. De ello tuvo conciencia su autor quien, en su Prólogo, se detiene en sus sugerencias acerca de la búsqueda americana de su propia expresión original. Dice allí:

Nuestra América, heredera hoy de un compromiso abrumador de cultura y llamada a continuarlo, no podrá arriesgar su palabra, si no se decide a eliminar, en cierta medida, al intermediario²⁶.

A continuación, afirma que, para los americanos —una vez rebasados los linderos de la ignorancia—, es menos dañoso descubrir otra vez el Mediterráneo por cuenta propia que mantenernos en la postura de meros lectores y repetidores de Europa.

²⁵ REYES, A. “Sobre la crítica de los textos”. En *Obras completas...*, T. XIV, pp. 172-182.

²⁶ REYES, A. *El deslinde: prolegómenos a una teoría literaria* [1944]. En *Obras completas...*, T. XV, p. 18.

Ésta es la primera intención de esta obra –y me arriesgaré a afirmar, de *toda* la obra de Reyes–, y deberá tenerse en cuenta en toda lectura genuina. Es decir que, más allá de su materia, la atención deberá estar atenta a la función intelectual y social que la produce.

La segunda intención se revela claramente en su subtítulo y en sus primeras definiciones que corroboran ese subtítulo: *Prolegómenos a una teoría literaria*.

No entra en la intimidad de la cosa literaria, sino que intenta fijar sus coordenadas, su situación en el campo de los ejercicios del espíritu; su contorno, no su estructura²⁷.

En esas primeras páginas, ratifica su definición de las relaciones entre creador y lector que, como dije, se anticipa en muchos años a las formulaciones de la Teoría de la recepción:

La vida de la literatura se reduce a un diálogo: el creador propone y el público (auditor, lector, etcétera) responde con sus reacciones tácitas o expresas²⁸.

A continuación, viene el cuerpo de la obra, donde fiel a su propósito de deslinde, primeramente distingue entre lo literario y lo no literario. Y, luego, sigue discriminando su objeto en etapas sucesivas, la primera es la de la función ancilar. A continuación, ya en la segunda parte, examina la primera tríada teórica: historia, ciencia de lo real y literatura. En la tercera etapa, ofrece la cuantificación de los datos, es decir, que demuestra la superabundancia de los datos literarios sobre los históricos y los científicos. En la cuarta etapa del deslinde, presenta la cualificación de los datos, lo cual supone la decantación de lo histórico y de lo científico, y la definición del carácter aparte de lo literario. La quinta etapa concierne a la ficción literaria; y la sexta, al deslinde poético. En la tercera parte del libro, se formula la séptima etapa del deslinde, la cual implica el análisis de la segunda tríada teórica: la matemática, la teología y la literatura.

²⁷ REYES, A. *El deslinde...*, p. 30.

²⁸ REYES, A. *El deslinde...*, p. 25.

Pero nuestro interés debe detenerse en la definición sumaria de la literatura, contenida ya en la segunda parte de *El deslinde*:

La literatura es actividad teórica del hombre; procede de la facultad de hablar, se vincula en el sistema orgánico de signos verbales que es el lenguaje; se manifiesta en lenguas e idiomas determinados; es allí parlamento de configuración semántico-poética inseparable; tiene intención semántica de ficción; no admite cuantificación de los datos reales que puede acarrear, ya por concepto de mínimo de realidad indispensable, o de realidad tratada en dirección ficticia; se refiere a la experiencia pura, hasta cuando incorpora ancilarmente nociones de saber específico; pone en valoración máxima igualmente las tres notas lingüísticas, intelectual, acústica y afectiva; busca, a través del estilo, un ajuste psicológico de precisión comunicativo-expresiva (hasta sugerir lo impreciso) y un ajuste estético de especie lingüística, los cuales resultan en univocidad de contenido intuitivo e individuado (en contacto simpático de naturaleza supraintelectual) y, al cabo, en deleite de integración anímica, que algunos consideran como intermediaria hacia la compenetración mística²⁹.

En esta definición, lo literario no es un objeto ni un hecho, sino una manifestación de lo que Reyes llamaba el *ente fluido*, el cual es asediado en sus apariencias mismas, según un método fenomenológico, hasta desnudar su experiencia pura.

Por la definición que acabo de transcribir, se advierte que *El deslinde* no es un libro de lectura fácil, y así lo han considerado sus críticos. Es, eso sí, un libro único que causó enorme impresión en su momento y que fue muy discutido. Luis Emilio Soto lo recomendó en *Sur* y lo definió “como un tratado de estética *more geométrico*”³⁰.

Según el mexicano José Luis Martínez, Jaeger dijo de él: “Cuánto me hubiera gustado asistir al asombro que habría producido en Aristóteles la lectura de *El deslinde*”. El mismo Martínez dice que “no es todavía el trabajo sistemático general descriptivo del fenómeno literario”, pero sí una:

²⁹ REYES, A. *El deslinde...*, p. 281.

³⁰ SOTO, LUIS EMILIO. “Alfonso Reyes, El Deslinde”. En *Sur*. N.º 124 (1945), pp. 75-81.

proposición monumental de las bases de aquel trabajo, la revelación de sus problemas internos, y de la complicada estructura existente bajo el obvio designio de literatura³¹.

El propio Reyes en su "Carta a mi doble", en su libro *Al yunque*, se refiere a que, en *El deslinde*, hay mucho aparato para ir conduciendo al lector; en cambio, en *Al yunque*, este libro se prolonga sin aquel arreglo sistemático, y concluye: "Así acabó, pues, aquella tan ambiciosa teoría literaria"³². Son páginas de autocrítica, pero de reconfirmación de la licitud del intento.

Entre sus últimos escritos, figura su discurso sobre el lenguaje, pronunciado al asumir como Director de la Academia Mexicana de la Lengua, en 1957. Con el título *Los nuevos caminos de la lingüística*, llega hasta la Teoría de la información.

Así culmina una obra inmensa, y poco leída y frecuentada actualmente en los medios académicos. Después de un medio siglo muy dado a especulaciones sobre el objeto literario que han dejado, en algunos casos, nuevos y valiosos modos de mirar; y en otros, reflexiones tautológicas y jergas pseudocientíficas, volver a Reyes no sólo es un deber intelectual de americanos, sino también una indagación en rumbos audaces que merecen ser revisados y prolongados.

Ha dicho Gregorio Salvador:

Cualquier cosa de las que se escriben por ahí acerca de la literatura que nos pueda parecer novedosa está, ineluctablemente, en alguna página de Reyes que nos pudo pasar inadvertida, en algún pasaje de ese asombroso tesoro de saberes y claridades que constituyen los tres voluminosos tomos XIII, XIV y XV, de sus *Obras completas*, consagrados a estos asuntos³³.

Y lo demuestra con unos pocos ejemplos:

³¹ MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS. "La obra de Alfonso Reyes". En *Páginas sobre Alfonso Reyes*. Monterrey, N. L.: Universidad de Nuevo León, 1957, vol. 2, p. 596.

³² REYES, A. "Carta a mi doble". En *Obras completas. Al yunque...*, T. XXI, pp. 247-250.

³³ SALVADOR, G. "Alfonso Reyes y la crítica literaria" [1989]. En *Un mundo con libros*. Madrid: Espasa-Calpe, 1996, pp. 165-166.

Al final de *El deslinde*, había escrito Reyes:

Imposible terminar este libro con un inventario de conclusiones. Ello equivaldría a levantar murallas donde sólo quise adivinar rumbos³⁴.

Nada más claro para definir no sólo este libro, sino toda la inmensa y compleja producción de Reyes como *obra abierta* a nuevas y atentas lecturas. Mi homenaje de esta tarde sólo ha pretendido ser una incitación a ese estudio.

Emilia P. de Zuleta

³⁴ REYES, A. *El deslinde...*, p. 417.

COMUNICACIONES

PALABRAS DE HOMENAJE EN OCASIÓN DEL FALLECIMIENTO DE DON ADOLFO FERNÁNDEZ DE OBIETA*

Hace tres semanas escasas, Adolfo de Obieta abandonó su delicada envoltura terrenal. Para la cultura de nuestro país, y especialmente para la Academia Argentina de Letras, a la que se incorporó como miembro de número a partir del 23 de septiembre de 1993, su pérdida ha significado un fuerte golpe. Similar, por cierto, al ocasionado por la desaparición física, hace poco, de los académicos Enrique Anderson Imbert, Martín A. Noel y Ofelia Kovacci, ex presidenta de la Corporación.

Adolfo de Obieta se recibió de abogado y de doctor en Jurisprudencia. El ejercicio de la profesión le fue ajeno en lo sustancial, y francamente no lo imaginamos trajinando por las secretarías y pasillos de Tribunales. Pero durante su extensa y fecunda vida, sí abogó por la causa de la cultura superior, que en él se confundía con una denodada búsqueda de espiritualidad. Este rasgo trasuntaba a través de su presencia frágil, en su aspecto de hidalgo español de centurias pasadas. Nunca lo rozó la vulgaridad, era refractario al lugar común y a una acción que no significara una entrega total del espíritu. Por presencia podía ennoblecer aquello con lo que estuviera en contacto, aun accidentalmente.

* Homenaje al académico de número don Adolfo de Obieta, recientemente fallecido, sesión ordinaria 1146.ª, del 21 de marzo de 2002. La crónica puede leerse en "Noticias" del presente volumen.

Es cierto que la búsqueda de las verdades esenciales le fue, de algún modo, facilitada, en cuanto que su padre se llamó Macedonio Fernández. Y, en este breve recordatorio, deseo señalar una característica relevante de su conducta filial. Me refiero a su devota admiración por la persona y obra del ilustre progenitor. Y es al hijo a quien le debemos el fundamental esfuerzo de haber hecho editar la obra entera de Macedonio.

Quienes tuvimos el privilegio de tratarlo, supimos de su discreción extrema. Intentaba pasar casi inadvertido, como para hacerse disculpar su innegable talento de ensayista y poeta. Estaba hecho de buen sentido, tacto, comprensión y generosidad. Si algo no le parecía bien, prefería callar, porque entendía perfectamente el valor de la palabra, que solía aplicar en sus escritos con agudeza, ironía sutil, sensibilidad exquisita y una sabiduría extremada. Sus ensayos tenían siempre la doble virtud de deleitar y enseñar, lo que le confiere un sentido ejemplar a su escritura.

Adolfo de Obieta gozó merecidamente del reconocimiento de sus pares. Fue un tenaz indagador del futuro y, más allá de ese futuro, lo obsesionaba el saber propio de lo que está ubicado en las zonas del misterio, al que se refieren las tradiciones más venerables y respetables. Me refiero a aquello último que confiere una dignidad despojada de las circunstancias y trampas de la materia. Buscó permanentemente la luz, ésa que pudiera coincidir con la que emergía de su espíritu bañado de pureza.

Permítaseme un recuerdo personal. En mi último año de estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, Ricardo Rojas, director en ese entonces del Instituto de Literatura Argentina, nos había encargado a un grupo de estudiantes el fichaje de leyendas y mitos folclóricos del noroeste argentino. En una ocasión, estando yo allí, cayó en mis manos, no recuerdo ahora cómo, un extenso poema acerca de la rosa, dotado de armoniosas cadencias e imágenes hermosas. Estaba impregnado de lirismo y no llevaba firma. Tanto me impresionó que lo copié y guardé durante décadas.

En una ocasión, se allegó hasta mi casa, creo que por cuestiones concernientes al PEN Club. La conversación derivó hacia asuntos más gratos y, no sé por qué, le mostré el poema que tanto me había conmovido casi medio siglo antes. Lo leyó, se sonrió y dijo: "Es mío, lo

escribí yo". Para mí, eso fue prueba de algo que supera la coincidencia. Era una confirmación. Porque el poema era tan perfecto como la espiritualidad que lo acompañó en vida y, estamos seguros, seguirá con él ahora y siempre.

En septiembre de este año, Adolfo de Obieta hubiera cumplido noventa años de edad.

Rodolfo Modern

LAS ANOTACIONES DE ECHEVERRÍA A LOS ARGENTINISMOS INCLUSOS EN SUS POEMAS

El primer poeta argentino que apuntó, a pie de página, las acepciones de argentinismos incluidos en sus poemas fue don Manuel de Lavardén; lo hizo en su texto inaugural y programático “Al Paraná”, aparecido en el número inicial del *Telégrafo Mercantil*¹. Allí el poema va acompañado de dieciocho notas de diversa índole: económicas, eruditas, geográficas. Una de ellas es lingüística. Me refiero a la séptima, correspondiente a la letra “d”² –pues las notas iban referidas con letras y no con números–, colocada en el verso 25:

La Vanda del Silvestre *Camalote*

Y dice: “El Camalote es un Yerbazo, que se cría en los Remansos del Paraná”. Debe repararse en un primer detalle que no es intrascendente y que no han tenido en cuenta la mayoría de las ediciones posteriores: la palabra anotada va en bastardilla, en el periódico. Con ello, el autor se vale de un recurso tipográfico para destacar un vocablo, ingerido en el seno de su poema, que no corresponde a la lengua española general, sino al uso local o regional. Lavardén es consciente

* Comunicación leída en sesión ordinaria 1147.^a del 27 de marzo de 2002.

¹ LAVARDÉN, MANUEL DE. “Al Paraná”. En *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata*. Buenos Aires: n.º 1, 1801, pp. 4-7. El poema se llama “Al Paraná” y no “Oda al Paraná”, ni “Al majestuoso río...”, etc., como aparece titulado en las ediciones posteriores.

² Puede verse LAGUARDA TRÍAS, ROLANDO A. “Historia de la palabra *camalote*”. En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. T. 21, n.º 81 (1956), pp. 445 y ss.

de ello. Más aún, lo subraya para que los lectores tomen conciencia de esta inclusión, pues es a ellos a quien está destinada la cursiva que atrae sobre sí la atención lectiva.

Es indudable que cualquier lector argentino sabía qué cosa era el “camalote”, con lo que debe interpretarse que Lavardén está apelando en el rasgo gráfico a un lector no argentino de su poema. Tiene en cuenta un lectorado más allá del Plata.

La segunda observación que cabe es que Lavardén maneja la forma de relieve de la cursiva porque tiene muy en claro que el vocablo injerto no corresponde a la lengua poética neoclásica que, de por sí, forma todo un subsistema expresivo. El discurso poético del neoclasicismo está salpicado de grecismos y de latinismos, y apelaciones a deidades grecolatinas (“argentinas”, “profugaron”, “amaranto”, “cornucopia”, Mavorte, Ceres, se leen en “Al Paraná”). La aparición de un indigenismo, como “camalote”, debía resultar alarmante, por lo menos, por lo insólito de su registro.

Cabe señalar que Lavardén incluye en su poema un americanismo como “caimanes” (v. 4: “tirado de caimanes recamados”), que no destaca en bastardilla ni allana en nota, quizá por considerarlo de uso ya frecuente en toda Hispanoamérica y en España. Además, en la nota 15 del verso 71, incluye otro vocablo regional que no subraya, pero sí explicita: “tarané”³.

³ “Acaba de probarse en Curbas el tortuoso Tarané, madera muy dura, tenaz del clavo, muy ligera y que no arde”. *La lira argentina* recogió el poema “Al Paraná”, sin las notas y con alguna leve modificación. V. *La lira argentina o colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de su independencia*. Edición crítica, estudio y notas: por Pedro Luis Barcia. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1982, poema cxii, pp. 479-485. En el Vocabulario que preparé como apéndice a mi edición, en el artículo “tataná”: “Tal vez haya sido otra designación para el ‘tataré’ o ‘tararé’, del cual dice Daniel Granada: ‘Árbol grande del género de las mimosas, de excelente madera amarilla que se utiliza en obras de ebanistería y en la construcción de barcas y de cuya corteza se extrae una materia tintórea. Quemada la madera, se consume sin hacer llama ni brasa’ ” (GRANADA, DANIEL. *Vocabulario rioplatense razonado*. II. Prólogo de Lauro Ayestarán. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1957, p. 26. (Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos; 25). “*Pithecellobium scalare*. Griseb. (P. *tortum* auct.) *Tatané*, *tataré*. Árbol a veces alto y corpulento, corteza gris rugosa, corchosa, hojas bipinadas

La interesante actitud de Lavardén quedó aislada. El resto de los autores neoclásicos no habrá de incluir o de apuntar acepciones regionales de los vocablos de sus poemas. Tampoco lo harán dos poetas incluidos en *La lira argentina*, que abundan en argentinismos, como son fray Francisco de Paula Castañeda y Bartolomé Hidalgo.

Debemos esperar hasta Hilario Ascasubi que, hacia 1833, comienza a anotar los usos regionales en sus poemas, tarea que continuará hasta la revisión de sus obras completas, publicadas en París, en 1872. De este autor y de sus apuntaciones léxicas, se ocupó el académico Eleuterio Tiscornia⁴.

Claro está que la franca inclusión de indigenismos, regionalismos y argentinismos en la obra de un poeta romántico americano se justifica ampliamente, a la luz de los mismos principios de la poética del movimiento, respecto de los rasgos pintorescos, peculiares, costumbristas, que identifican un lugar, un paisaje, una situación en su singularidad.

Echeverría anotó sobriamente sus obras. Las obras en prosa, como la *Ojeada retrospectiva* o las *Cartas a Pedro de Ángelis*, incluyen apuntamientos de precisión histórica, documental o erudita. Las dos o tres notas léxicas que contienen se ocupan de vocablos de uso político, adoptados por el autor para su prosa discursiva en este terreno, por ejemplo: "comunidad" o "proletariado" ("Revolución de febrero en Francia").

En cuanto a *El Matadero*, un texto que, lingüísticamente, es de alto interés, no podemos avanzar firmes en el terreno. En primer lugar, porque no anotó un solo término del texto, pese a reconocerse varios contenidos en él, como "ñandubay", "resbalosa", chiripá, "chusma", "caranchos" y tantos más. El único argentinismo realzado en bastardilla es *aguateros*. Pero es un texto sobre el que poco se puede concluir con seguridad en este terreno porque no lo editó Echeverría, sino Juan María Gutiérrez, veinte años después de la muerte del autor.

[...] Argentina subtropical, Paraguay. Raro en cultivo (Tucumán y Catamarca), pero digno de propagación para sombra y con fines forestales por su valiosa madera dura, de larga duración a la intemperie". PARODI, LORENZO R. *Enciclopedia argentina de agricultura y jardinería*. Buenos Aires: ACME, 1972, pp. 467, 469 y 482.

⁴ TISCORNIA, ELEUTERIO. "Vocabulario de Ascasubi". En *Azul*. Año II, n.º 11, (1931), pp. 171-200.

Como se sabe, el criterio lingüístico de Echeverría es muy prudente y distanciado del de algunos de sus discípulos. Claramente dice en una de las pocas declaraciones sobre la cuestión del idioma:

La América que nada debe a la España en punto a verdadera ilustración debe apresurarse a aplicar la hermosa lengua que le dio en herencia al cultivo de todo linaje de conocimientos, a trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adulterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos.

Es el lenguaje como las tintas con que da colorido y relieve el pintor a las figuras. Las ideas hieren, los objetos se clavan en la fantasía si el poeta por medio de la propiedad de las voces no los dibuja solamente sino los pinta con viveza o energía, de modo que aparezcan como materiales, visibles y palpables al sentido, aun cuando sean incorpóreos. ("Estilo, lenguaje, ritmo, método expositivo". En *Obras completas*. T. V, pp. 115-121).

Cuando se hallaba en París, Echeverría leyó aplicadamente los clásicos de la literatura española, y aun extrató de sus obras expresiones, dichos, frases. Han perdurado estos apuntes. Esto revela una atención preocupada por el manejo de la lengua. De alguna manera, estaba adiestrando el instrumento expresivo que habrá de manejar abundantemente a su retorno al Plata, a la hora de encabezar la renovación romántica en nuestra lengua.

Y es recordable aquí la coda con que concluye la anotación a la expresión "todo fulo", que aparece en *El ángel caído* (v. Vocabulario en este trabajo):

Aunque no reconocemos al pueblo como legislador del idioma, creemos, sin embargo, que en primer lugar, el uso general y continuo y, en segundo, el de los escritores de monta son la autoridad única de legitimación y sanción en esta materia.

Lo que Echeverría hace, al anotar los argentinismos incluidos en sus poemas, es asociar las dos vertientes para dar más "legitimación y sanción" a los vocablos usados.

Las voces locales, regionales, nacionales acuden con su propiedad, precisamente, a dar color, relieve y vivacidad a la expresión. Así se explica la inclusión de oportunos, insustituibles argentinismos en sus poemas. Por ello, el aspecto más interesante para nuestra atención

radica en los poemas extensos, pues en los breves no incluye anotación alguna.

Las obras en que Echeverría anotó argentinismos son las siguientes:

1. "La Cautiva". En *Rimas*. Buenos Aires: Imprenta Argentina, 1937: *Cautiva*. (O.C., I, pp. 35-138).
2. *La guitarra o Primera página de un libro*. Montevideo. 1842: *Guitarra*. (O.C., I, pp. 139-228).
3. *Insurrección del Sud*. En *El Comercio del Plata*. Montevideo: Año IV, n.º 1013 del 25 de mayo al n.º 1032 (1849): *Insurrección*. *Avellaneda*. Montevideo: Imprenta Francesa, 1849: *Avellaneda*. (O.C., I, pp. 227-444).
4. *El ángel caído*. En O.C., T. II.

Para sistematizar este aporte disperso de Echeverría a un vocabulario de argentinismos —usado este término en un sentido amplio—, ordenaré alfabéticamente los vocablos anotados en las obras mencionadas. Cada artículo contendrá pues: 1) el lema; 2) la acepción en palabras de Echeverría; 3) el o los versos en que figura el vocablo anotado, con indicación de la obra donde aparece, según la edición de: *Obras completas*. Buenos Aires: Carlos Casavalle editor, 1870-1874; 4) la indicación "Muñiz, 4" señala que el vocablo está registrado en el *Vocabulario*, de Francisco Javier Muñiz, coetáneo de las anotaciones echeverrianas; y el arábigo indica el número de asiento en dicho léxico⁵. No incluiré los topónimos, salvo "Riachuelo", por ser voz general, con acepción propia en la región del Plata. Para citar correcta y precisamente, he debido numerar los versos de la totalidad de los poemas de referencia que, como se sabe, no están numerados en ninguna edición. Se indica: *Avellaneda*, I, ii, 117-121. El romano grande corresponde a la parte del poema; el romano pequeño, a las secciones o cantos en que divide la parte el poeta; y los arábigos, a los versos.

⁵ Manejo para este caso la edición de VIGNATI, MILCIADES ALEJO. "El *Vocabulario rioplatense*, de Francisco Javier Muñiz". En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. T. 5, n.º 19 (1937), pp. 393-453.

Vocabulario de argentinismos anotados

Altillo. Desván formado de tablas que suele haber en el pasadizo de entrada de las casas. "En el altillo / que me esconda es más sencillo". (*Ángel*, IV, vv. 1133-1134, *O.C.*, I, p. 548).

Amito. Expresión de cariño y respeto con que denominan los criados a los hijos de sus amos y, en general, a toda persona joven que no es de su clase. "—Mi amito, ¿qué no se acuesta?". (*Guitarra*, II, iv, v. 43, *O.C.*, I, p. 192).

Amores de ojito. Amores plâtonicos. "Anda en amores de ojito". (*Ángel*, II, v. 832, *O.C.*, I, p. 548).

Apero. Llámase así en el Río de la Plata a la montura o recado del caballo. "Los más sobre los aperos / o la gramilla sentados". (*Insurrección*, V, vv. 63-64, *O.C.*, I, p. 247).

Bolas. Arma arrojadiza que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra. "Pero al golpe de un bolazo / cayó Brián". (*Cautiva*, canto II, vv. 178-179, *O.C.*, I, p. 52).

Carcamán. Apodo vulgar que se aplica a los genoveses y, en general, a los italianos. "¡Che!, el carcamán está allí". (*Ángel*, II, v. 803, *O.C.*, I, p. 548). Adviértase el uso del "che".

Ceibal y retamo. Flores muy vistosas producidas por arbustos del mismo nombre que se crían a las orillas del mencionado río. "Y ese magnífico ramo / de ceibal y de retamo / pintado en el Paraná". (*Ángel*, VI, vv. 309-310, *O.C.*, I, p. 549).

Chacra. Casa de campo destinada a siembras, distante de la ciudad. Hay generalmente en ellas una quinta o plantío de árboles frutales y un jardín. "A vivir mucho tiempo concentrado / a una chacra se fue determinado". (*Ángel*, V, vv. 600-601, *O.C.*, I, p. 549).

Estanciero. El propietario de una hacienda de pastoreo. "Y poetas serán los carniceros, / los gauchos y estancieros, literatos / y el lauro usurparán a los doctores". (*Ángel*, V, vv. 102-103, *O.C.*, I, p. 549).

Fachinal. Llámense así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza. "Y en fachinales o cuevas / los nocturnos animales, / con triste aullido se quejan". (*Cautiva*, canto II, vv. 16-18, *OC*, I, p. 46).

Gaucha. El campesino que trabaja en una hacienda de pastoreo a jornal. “Y poetas serán los carniceros, / los gauchos y estancieros, literatos, / y el lauro usurparán a los doctores”. (*Ángel*, V, vv. 102-103, *O.C.*, I, p. 549); Muñiz, 6, 60 y 97.

Gringos. Apodo vulgar con que se designa en el Río de la Plata a los extranjeros que no son de origen español. “Y Ema en perpetuos saludos, / siempre rodeada de gringos”. (*Ángel*, II, vv. 781-782, *O.C.*, I, p. 548).

Huinca. Voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza. “Guerra, guerra y exterminio / al tiránico dominio / del huinca”. (*Cautiva*, canto II, vv. 143-145, *O.C.*, I, p. 51).

Linternas. Insectos de luz intermitente y alígeros que abundan en las noches serenas de verano. Son las luciérnagas de España. “Y las linternas brillantes / en la oscuridad vagando”. (*Guitarra*, II, iv, vv. 83-84, *O.C.*, I, p. 194).

Luz. Nombre que dan en el Plata a las exhalaciones fosfóricas o fuegos fatuos. La gente vulgar y preocupada se imagina que son ánimas en pena de personas asesinadas o muertas sin confesión. “—Amito, ¿ha visto la luz? / —¿Qué luz? —La que anda vagando / allí en el potrero viejo”. (*Guitarra*, II, iv, vv. 51-53, *O.C.*, I, p. 192).

Maloca. Lo mismo que incursión o correría. “Feliz la maloca ha sido; / rica y de estima la presa / que arrebató a los cristianos”. (*Cautiva*, canto II, vv. 29-30, *O.C.*, I, p. 46).

Mate. Especie de té producto del Paraguay y del Brasil, muy usado en el Río de la Plata. De ahí, **matear** y **matero**. “Paseábanse a lo largo en charla viva, / tomando su buen mate y dando al diente / sustancia de bizcochos nutritiva”. (*Ángel*, IV, vv. 1734-1735, *O.C.*, I, p. 548).

Matear. Lo mismo que tomar mate. “O de pie fuman, matean / formando círculos varios”. (*Insurrección*, V, vv. 65-66, *O.C.*, I, p. 274).

Ñacurutú. Especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño. “Los gemidos infantiles del ñacurutú / se mezclan”. (*Cautiva*, canto II, vv. 267-268, *O.C.*, I, p. 56).

Ombú. Árbol corpulento de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras, como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío. “Fórmale grata techumbre / la copa

extensa y tupida / de un ombú, donde se anida / la altiva águila real". (*Cautiva*, canto X, vv. 57-60, *O.C.*, I, p. 134).

Pacará. Es el árbol más robusto y corpulento de Tucumán. Hay allí muchos cuya copa daría sombra a más de cien jinetes. "Al pacará que al viajador asombra / cien jinetes cobija con su sombra". (*Avellaneda*, I, i, vv. 22-23, *O.C.*, I, p. 431).

Pajonal. Paraje anegado, donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos y algunos a la distancia aparecen en la planicie como bosques; son los *oasis* de la pampa. "A corto trecho se hallaron / de un inmenso pajonal". (*Cautiva*, canto V, vv. 5-6, *O.C.*, I, p. 77).

Palenque. Pequeña estacada de gruesos maderos trabados horizontalmente, en la cual se ata la sogá o la brida del caballo. Los hay generalmente a la entrada de las casas de campo. "Ató al palenque la brida / del animal trasijado". (*Guitarra*, II, ii, vv. 133-134, *O.C.*, I, p. 182); Muñiz, 86.

Pampa. La llanura desierta. "Cuando joven en la Pampa / pació la grama y el trébol". (*Guitarra*, Parte I, iv, vv. 3-4, *O.C.*, I, p. 148).

Pampa. Las llanuras desiertas de Buenos Aires. **Pampero.** El viento de la pampa. "Engendro de la Pampa y de los Andes / el Pampero soplaba con estruendo". (*Ángel*, IV, vv. 1465-1466, *O.C.*, I, p. 548).

Paquete. Lo mismo que vestido a la moda o con elegancia. Se aplica también a los pisaverdes. "Al tiempo que don Juan como un cohete, / salía de su casa muy paquete". (*Ángel*, IV, vv. 238-239, *O.C.*, I, p. 548).

Pingo. Lo mismo que caballo. "Para la danza tan rudos, / que retozan como pingos". (*Ángel*, II, vv. 784-785, *O.C.*, I, p. 548).

Poleo. Arbusto de cinco pies cuya fragancia se parece a la del tomillo. "Sus aires son aromas / que parecen fluir entre azul velo / del seno de redomas / de poleo, cedrón y yerbabuena". (*Avellaneda*, I, i, vv. 117-121, *O.C.*, I, p. 431).

Poncho. Manta de lana cuadrilonga con una abertura en el centro para meter la cabeza. "Y con poncho oscuro que encontró enrollado". (*Ángel*, IV, v. 1202, *O.C.*, I, p. 548).

Porteña. Llamán así los provincianos a la mujer nacida en Buenos Aires, por estar situada esta ciudad a orillas del único puerto hábil de la República Argentina. "Y allí se encontró reunido / como en un

jardín ameno, / de la belleza porteña / lo más gracioso y perfecto". (*Guitarra*, I, iv, 21-24, *O.C.*, I, p. 149).

Porteño. El natural de Buenos Aires. "Este porteño es un diablo". (*Ángel*, II, v. 847, *O.C.*, I, p. 548).

Postes. Maderos clavados verticalmente en el veril de las veredas de las calles de Buenos Aires. "Al tiempo que éste en un poste / de la vereda se traba". (*Guitarra* III, ii, vv. 73-74, *O.C.*, I, p. 211).

Potrero. Extensión de campo zanjeada para encierro y pastoreo de caballos: cuando se destina a siembras o se abandona, se llama "potrero viejo". Son lugares donde naturalmente abundan luces o fuegos fatuos. "La que anda vagando / allí en el potrero viejo / en las noches de verano" (*Guitarra*, II, iv, vv. 52-54, *O.C.*, I, p. 193); Muñiz, 90.

Quinta. Mansión de recreo no lejos de la ciudad, donde generalmente se cultivan árboles frutales y hortalizas. "Llegó a una quinta cansado" (*Guitarra*, I, iv, v. 14, *O.C.*, I, p. 193).

Quintero. Peón. Jornalero que trabaja en la labranza de la quinta. "El marido era hombre malo / y allí dio de puñaladas, / un día que andaba arando, / por celos de la mujer, / al peón quintero del amo". (*Guitarra*, II, iv, vv. 61-64, *O.C.*, I, p. 193).

Ranchos. Cabañas pajizas de nuestros campos. "Ya los ranchos do vivieron / presa de las llamas fueron". (*Cautiva*, canto I, vv. 156-157, *O.C.*, I, p. 42); Muñiz, 65.

Resbalosa. La Resbalosa es la sonata del degüello, como lo indica la palabra misma; ella imita el movimiento del cuchillo sobre la garganta de la víctima y se canta y se baila al mismo tiempo. (*Avellaneda*, III, iii, vv. 36-40, *O.C.*, I, p. 443).

Riachuelo. En español, es nombre genérico de todo pequeño río; en Buenos Aires, apelativo de la única corriente que por las cercanías de esta ciudad desagúa en el Plata. También le llaman "río de Barracas". "De la calle por do manso / el Riachuelo se desliza". (*Guitarra*, II, ii, vv. 180-181, *O.C.*, I, p. 184).

Tía. el cuento de la. Lo mismo que negra vieja. "Y en el cuento de la tía / siguió Ramiro cismando". (*Guitarra*, II, iv, vv. 78-79, *O.C.*, I, p. 194).

Tipa. El tipa es un árbol bajo y de tupida copa cuyo grueso tronco tiene la figura de una pipa. "El cedro y el lapacho, / el tarco, el lanza y el obeso Tipa". (*Avellaneda*, II, ii, vv. 690-691, *O.C.*, I, p. *O.C.*, I, p. 438).

Todo fulo. Locución nacional. Lo mismo que azorado y desencajado el rostro. Aunque no reconocemos al pueblo como legislador del idioma, creemos, sin embargo que, en primer lugar, el uso general y continuo, y en segundo, el de los escritores de monta son la autoridad única de legitimación y sanción en esta materia. “Volvió en sí, todo fulo y azorado”. (*Ángel*, II, v. 1265, *O.C.*, I, p. 548).

Toldería. El conjunto de chozas o el aduar del salvaje. “O su toldería / sobre la grama frondosa / asienta”. (*Cautiva*, canto I, v. 26, *O.C.*, I, p. 36).

Valichu. Nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Faulkner “Valichu”, comúnmente se dice “Gualichu”. “Nadie acometerle osó. / Valichu estaba en su brazo”. (*Cautiva*, canto II, vv. 176-177, *O.C.*, I, p. 52).

Yajá. El P. Guevara hablando de esta Ave, en su historia del Paraguay, dice: “Al *Yahá* justamente lo podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento, con un collarín de plumas blancas que lo rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado y fuerte con que pelea. En su canto repite estas voces: ‘*Yahá, Yahá*’, que significa en guaraní, ‘vamos, vamos’, de donde se le impuso el nombre. El misterio y justificación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir ‘*Yahá, Yahá*’, como si dijeran: ‘Vamos, vamos que hay enemigos y no estamos seguros de sus asechanzas’. Los que saben esta propiedad del ‘yahá’, los que oyen su canto luego se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos”. En la provincia se llama “chajá” o “yajá” indistintamente. “El Yajá de cuando en cuando / turbaba el mudo reposo / con su fatídica voz”. (*Cautiva*, canto I, v. 68, *O.C.*, I, p. 39).

Son cuarenta y dos los vocablos anotados por Echeverría en sus poemas. De ellos, sólo repite “pampa” en dos ocasiones.

Hay afirmaciones de algunos críticos acerca del léxico de Echeverría que demuestran no haber cursado las primeras ediciones de sus obras o, más aún, haber manejado ediciones deturpadas, que inhabilitan toda observación precisa en el campo lingüístico. Por ejem-

plo, lo denuncia Antonio Lorente Medina en su edición de las *Rimas*⁶, respecto de observaciones fallidas de Noé Jitrik. Por el contrario, la mera lectura digital, como se dice, de las obras de Echeverría certifica el cuidado que puso en el uso de bastardillas y de notas para muchos argentinismos en su obra. Afirmar otra cosa es desconocer, precisamente, la voluntad de subrayar en el seno de la lengua general aquellos vocablos que, con manifiesta intencionalidad, incluyó en su discurso poético. Su lucidez pasa por aquí y no por una indiscriminada incorporación del uso. Repárese en la afirmación que asienta –y que he transcripto– a propósito de la expresión “todo fulo” en *El ángel caído*.

Ensayo la inducción de algunas conclusiones a partir de lo observado y registrado:

1. La actitud de anotar las acepciones de argentinismos léxicos y expresivos incluidos en sus poemas revela en Echeverría una clara conciencia en el manejo de los niveles de lengua.
2. El hecho de destacar dichas voces y expresiones en bastardilla muestra que el manejo consciente de esa forma de relieve apunta a dos intenciones:
 - 2.1. Por un lado, destacar que está incluyendo voces de uso regional o nacional, propias para mentar realidades típicas, únicas del mundo cultural argentino. Así cumple con un postulado básico de la concepción romántica del arte, atenta a las realidades nacionales, a usos y costumbres de cada sitio, a modos costumbristas.

⁶ “Discrepo, por tanto, de la opinión de Jitrik, que dice: ‘Se observa que emplea palabras locales: yajá, rancho, asado, beberaje, pajonal, indio, quemazón [...] toldería; lo hace con absoluta naturalidad, sin entrecomillarlas o subrayarlas’. No sé qué edición habrá manejado Jitrik para afirmar esto; lo que sí es cierto [es] que, en la primera, sí vienen subrayadas en cursivas y con notas aclaratorias, como podremos ver en nuestra edición”. En ECHEVERRÍA, ESTEBAN. *Rimas*. Edición preparada por Antonio Lorente Medina. Madrid: Editora Nacional, 1984, p. 64, n. 74.

Se refiere Lorente Medina a un trabajo de NOÉ JITRIK: “Aproximación a Echeverría y a su tiempo”. En *El Matadero et La Cautiva de Esteban Echeverría (suivis de trois essais de Noé Jitrik)*. Paris: Annales Littéraire de l’Université de Bessancon, 1969.

- 2.2. Por otro lado, apunta a un lector no argentino, bien sea hispanoamericano o español, al destacar vocablos infrecuentes para ellos, que allana en notas convenientes. De esta manera, Echeverría está considerando una expansión del lectorado de la producción literaria del país.
3. Las anotaciones del escritor asocian las dos vertientes de legitimación de usos de la lengua, "el uso general y continuo, y en segundo, el de los escritores de monta", como apuntó en la expresión "todo fulo".
 4. En el total de algo más de cuarenta notas, llevan la delantera los indigenismos con dieciséis presencias: quechuismos, araucanismos y guaranismos.
 5. Hay un reducido número de voces que presentan diferente acepción en el Plata respecto de los usos españoles, por ejemplo: "quinta", "porteño", "tía", "altillo", "resbalosa".
 6. Allana pocas expresiones: "amor de ojito", "todo fulo" y "el cuento de la tía".
 7. Cabe decir que Echeverría no anotó la totalidad de los vocablos de uso rioplatense o argentino que incluyó en sus poemas; por ejemplo: "quebracho", "lapacho", "tarco" (*Avellaneda*, II, ii, vv. 690-691) o "chinita" (*Avellaneda*, V, v. 291). Ni tampoco puso en nota la acepción de algunos que destacó en bastardilla, como *parejero* (*Avellaneda*, III, iii, v. 111).
 8. De los cuarenta y tres vocablos, sólo cuatro están registrados en el *Vocabulario*, de Muñiz, coetáneo: "gaucho", "palenque", "potrero" y "rancho". El resto no figura en dicho léxico.

Mucho queda por estudiar en el nivel lingüístico en este autor. O, por mejor decir, acerca de los usos de diferentes niveles de lengua en el seno de su obra. Quede para otra ocasión.

Pedro Luis Barcia

RECUERDO DE CAMILO JOSÉ CELA*

Apagados los últimos destellos del Siglo de Oro, desaparecidos ya sus admirables poetas y prosistas, la literatura española inicia un dilatado bostezo que concluirá a fines del siglo XIX con el fecundo impulso dado a las letras y al pensamiento español por las grandes figuras de la Generación del 98. En realidad, debemos señalar dos importantes excepciones durante ese siglo: Bécquer, al promediar la centuria, y Pérez Galdós en sus últimas décadas. Si nos limitamos a los prosistas, es necesario destacar, a partir del 98, la irrupción de un grupo de escritores –Azorín, Gabriel Miró, Valle Inclán, Unamuno, Baroja, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y otros–, que cubren gloriosamente casi toda la primera mitad del siglo que acabamos de dejar atrás. En los siguientes cincuenta años, no aparecen creadores ni artífices de la prosa comparables a los mencionados. La única excepción es Camilo José Cela, que hereda y renueva la pasión por el lenguaje de su paisano Valle Inclán y hunde las raíces de su escritura aún más lejos, en la tierra fértil de los clásicos, especialmente en Quevedo, en la novela picaresca y en la tradición de coplas, refranes y dichos populares.

No es que falten en esa segunda mitad del siglo excelentes prosistas, tampoco poetas que tomen la posta de la notable constelación del 27 –García Lorca, Alberti, Cernuda, Salinas, Aleixandre, Guillén, Miguel Hernández–, pero prácticamente ningún narrador ofrece la elaboración estética que, en su momento, caracterizó las obras de Gabriel Miró, Valle Inclán o Azorín. Los que amamos nuestra lengua volvemos a experimentar en la prosa barroca y sensual de Cela el regodeo del idioma, los olores y los sabores de la vida popular española. La muerte física del escritor, ocurrida el 17 de enero último,

* Comunicación leída en sesión ordinaria 1148.^a del 11 de abril de 2002.

representó una pérdida, qué duda cabe; pero su obra, tan abundante y variada, está viva y lo seguirá estando en España, con toda seguridad. En nuestro país, a juzgar por el tradicional desdén de los escritores argentinos hacia la literatura española, no es posible asegurarlo.

Francisco Umbral, uno de los mejores prosistas vivos de la España contemporánea, y a la vez, desinhibido y filósofo crítico de sus colegas, escribió en su libro *Las palabras de la tribu*:

El primer secreto de Cela es el oído, el sentido de la música, de la palabra, de la frase, del diálogo, cosa que siempre se les ha dado bien a los gallegos, tan latinizados, pero que en él llega a una maestría desconcertante... Novelista impar y siempre distinto, es escritor total de las Españas, donde la sabiduría histórica, topográfica y vital supera el 98, servido todo por una prosa viva, personal y alegre.

Camilo José Cela, miembro de la Real Academia Española desde 1957 y Premio Nobel de Literatura en 1989, era ya un clásico en vida, una de las referencias literarias insoslayables del siglo convulsionado que le tocó vivir. Mucho se ha hablado de sus incorrectas actitudes políticas, de sus transgresiones de adolescente malcriado, de sus extravagancias y exabruptos. Yo estaba en España en 1989, poco después de que se le otorgara el premio de la Academia sueca, y leí en una revista ilustrada un reportaje con el título "Un día en la vida de nuestro Premio Nobel". El escritor aparecía en una secuencia fotográfica cuando se levantaba de la cama, en calzoncillos, y con una toalla envuelta en su abultada cintura al salir de la ducha. Pero todo esto es anécdota, frivolidad y escándalo, algo que Cela buscaba o a lo que se prestaba complacido. No al hombre sino al escritor, que es seguramente el Cela más íntimo, hay que buscarlo en sus libros, en *La familia de Pascual Duarte* y en *La colmena*, novelas donde palpita la España profunda, la de sus sufridos hombres y mujeres del campo y la ciudad, la de unas vidas sombrías, a veces violentas, dentro de una corriente literaria que se dio en llamar "tremendismo" y tiene cierto parentesco con los rasgos existencialistas de su contemporáneo Albert Camus.

Cela publicó una serie de novelas que fueron cimentando, a lo largo de los años, la legitimidad de su prestigio. *Pabellón de reposo*, *Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes*, *La catira*, *San Camilo 1936*, *Oficio de tinieblas*, *Mazurca para dos muertos*, *La*

cruz de San Andrés y Madera de boj, entre otras; así como originalísimas crónicas surgidas de su vocación de vagabundo con morral al hombro: *Viaje a la Alcarria*; *Primer viaje andaluz*; *Judíos, moros y cristianos y Del Miño al Bidasoa*; libros provocativos, como *Diccionario secreto y Enciclopedia del erotismo*; novelas cortas, fábulas, poemas y una extensa colección de brillantes artículos periodísticos.

En todos los textos de Cela, aun en los de destino más efímero, resalta siempre el regusto arcaico o novedoso de expresiones vivaces y coloridas, los destellos de un ingenio que se nutría de lo popular y era, a la vez, testimonio de una sólida cultura. Y todo ello, español hasta los tuétanos.

El autor de *La familia de Pascual Duarte* visitó, por primera vez, la Argentina en 1952, de paso para un congreso literario en Santiago de Chile. Guardo un recorte periodístico en el que se lo ve junto al novelista italiano Curzio Malaparte y al entonces agregado de prensa de la embajada de España, José Ignacio Ramos, durante una recepción en el salón de fiestas del diario *La Prensa*.

Yo lo conocí cuando vino, años más tarde, invitado por la Feria del Libro para participar en la celebración del milenio de la lengua castellana escrita. Estuve en una conferencia de prensa general y, después, en un reportaje a solas. Por la naturaleza de mis preguntas, Cela dedujo que yo era, además de periodista, el aprendiz de escritor que todavía sigo siendo. Muy generosamente, me invitó a enviarle alguno de mis trabajos para que, en caso de ser aprobado, apareciera en la revista *Papeles de Son Armadans*, que él dirigía en Palma de Mallorca. Así fue como le mandé una serie de "Poemas españoles" que Cela publicó en el número 174 de la revista y me envió, luego, dos docenas de separatas con los poemas.

Pero volvamos al reportaje, en el que demostró poseer un cabal conocimiento de las letras de tango pues los había cantado, de joven, en una radio madrileña. Recuerdo que su humor contrastaba con su rostro permanentemente adusto, casi diría ceñudo, y con su voz recia, una voz que parecía acentuar dicha reciedumbre al salpicar sus frases con expresivos "tacos", como se les dice a las palabrotas en España. En cuanto a su humor de gesto serio, despojado del típico garbo y jacarandoso salero de los andaluces, se debía indudablemente a su condición de gallego, es decir, celta; no un humor mediterráneo, sino

atlántico, como el de los ingleses. No olvidemos que Cela tenía antepasados de ese origen por vía materna.

“Vosotros sois más pudibundos que los españoles”, dijo.

Nosotros somos peor hablados. Yo no veo la razón de que palabras que están en el diccionario y designan determinadas partes anatómicas suenen mal a algunos oídos. El fonema o grupo de fonemas que componen una palabra no tienen la culpa de lo que designan.

Cuando acoté que algunas de esas palabras estaban también en el vocabulario de Quevedo, replicó:

Están en el espíritu de la lengua y las encontramos ya, antes de Quevedo, en el Arcipreste de Talavera. El castellano de Quevedo es más rico y audaz que el de Cervantes pues éste, por ser descendiente de judíos conversos, manejaba un lenguaje más cauteloso. Los judíos eran pudorosos en su expresión porque tenían miedo de que los quemaran —el gran deporte nacional de entonces—, pero el castellano viejo, del que Quevedo es paradigma, pronunciaba palabras detonantes.

Agregó que no consideraba válidos los prejuicios puristas y contó que, en la Edad Media, los aristócratas eran los asturianos; y los castellanos, sus servidores.

Entonces, los asturianos, que pronunciaban “Castiella” y “morciella”, decían: ¿qué puede esperar de esta gente castellana que dice “Castilla” y “morcilla”?

El diálogo se desarrolló en los años del “destape”, tras la muerte de Franco; y Cela, a mi pedido, manifestó su opinión:

Cuando después de haber visto a las mujeres con cofia durante cuarenta años, el español descubre que tienen dos senos [él utilizó otro vocablo], uno al lado del otro y, por lo general del mismo tamaño, es lógico que se produzca el “destape” y que éste cunda como un sarampión. Pero no hay que darle demasiada importancia, porque eso pasará.

Le pedí que adelantara algún detalle de su próximo libro y contestó:

No puedo informar sobre mi próximo libro pues tengo media docena de obras empezadas. Escribo todos los días, a lo que salga; si sale con barbas San Antón, y si no, la Purísima Concepción.

Le pregunté después cuál de sus libros era el que más le gustaba, y respondió rápidamente: “No sé, nunca los he leído”.

Finalmente, al comentarle el trabajo de un hispanista norteamericano, que encontraba un clima similar entre su prosa y el verso de Miguel Hernández, la ternura suavizó su ademán adusto.

Fuimos muy amigos —dijo—. Lo conocí en casa de María Zambrano, en Madrid. Él era seis años mayor que yo, pero congeniamos al reconocer enseguida, mutuamente, la afinidad de nuestras sensibilidades. Los domingos nos íbamos a bañar al Jarama. Tomábamos un tren muy viejo que, al llegar a la sierra, para cruzar un puente, debía ser tirado por mulas. Disfrutamos mucho juntos. Tuvimos afanes comunes, y es posible, por lo tanto, que haya alguna similitud en el clima de nuestras obras.

Comenté:

—Usted logró que los restos del poeta no fueran a parar a la fosa común ¿no es cierto?

—Bueno, con algunos amigos... ¿Pero para qué vamos a hablar de eso ahora?

Se hizo un momento de silencio y el diálogo, que había comenzado entre risueño y mordaz, terminó poniendo en el ánimo del entrevistado y del entrevistador un dejo de melancolía.

Así, con ese gesto de humanidad que afloró entonces a su rostro, ya sin expresiones desenfadadas, sin máscaras excéntricas ni provocadoras, es como prefiero recordar a Camilo José Cela, espíritu transgresor, escritor magistral y polémico que, en aquel instante, me reveló una faceta escondida de su personalidad.

Antonio Requeni

MANUEL PEYROU*
(1902-1974)

El 23 de mayo de 1902, hace cien años, nació en San Nicolás de los Arroyos, provincia de Buenos Aires, el cuentista y novelista Manuel Peyrou, a quien la Academia Argentina de Letras designó miembro de número el 5 de abril de 1972. Presentado por Ricardo Sáenz-Hayes, Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez y Carlos Mastronardi, ocupó el sillón Joaquín V. González, vacante por el fallecimiento de Arturo Marasso, pero no llegó a pronunciar su discurso de incorporación. Murió dos años después, en 1974.

Manuel Peyrou se graduó en la Facultad de Derecho, de Buenos Aires, pero nunca ejerció la abogacía. Durante su juventud trabajó en los ferrocarriles —entonces, ingleses— mientras, fervoroso lector de la narrativa en lengua inglesa, maduraba su vocación literaria. En 1935, con su cuento “La noche incompleta”, inició su colaboración en *La Prensa*, diario cuya redacción pasó a integrar poco después, primero como redactor y, luego, como editorialista e integrante del suplemento literario, función que cumplía al alcanzarlo la muerte.

Su primer libro, *La espada dormida*, cuentos policiales publicados en 1944, y la novela *El estruendo de las rosas*, también de índole policial, publicada en 1948, habían llamado la atención de Jorge Luis Borges, con quien Peyrou mantuvo posteriormente una amistad nunca interrumpida. Fue Borges quien lo vinculó con *Sur* y le encargó la sección de crítica cinematográfica en *Los Anales de Buenos Aires*, revista que el autor de *El Aleph* dirigía y desde la que dio a conocer

* Homenaje a Manuel Peyrou en el centenario de su nacimiento, sesión ordinaria 1152.ª del 30 de mayo de 2002.

los primeros trabajos de escritores que, con el transcurrir del tiempo, llegaron a ser nombres significativos de nuestra historia literaria; uno de ellos: Julio Cortázar.

Mientras ejercía el periodismo, Peyrou siguió desarrollando una labor literaria merecedora de importantes reconocimientos. Su primer libro, *La espada dormida*, obtuvo un premio municipal; en 1953, publicó *La noche repetida*, cuentos; en 1957, *Las leyes del juego*, novela a la que se adjudicó el Tercer Premio Nacional; en 1959, *El árbol de Judas*, cuentos distinguidos con el premio Ricardo Rojas; en 1963, *Acto y ceniza*, novela; en 1966, *Se vuelven contra nosotros*, novela, Segundo Premio Municipal; en 1967, *Marea de fervor*, cuentos; y en 1969, *El hijo rechazado*, novela, Segundo Premio Nacional de Literatura. Peyrou obtuvo también la Medalla de Oro del Consejo del Escritor correspondiente al decenio 1951-1960 y el Primer Premio en el Certamen Nacional de Cuentos que realizó, en 1956, la Dirección General de Cultura por su cuento "La desconocida".

El relato de detectives, especie literaria que cultivó durante su primera etapa de escritor, fue el género en el que llegó a producir sus mejores páginas. Sin desmedro de su estilo personal, esos libros iniciales lo acercaban espiritualmente a Chesterton y a O'Henry, para quienes la complejidad y la destreza del razonamiento deductivo se amalgamaban con el ejercicio del ingenio y la ironía. Los cuentos policiales de Peyrou figuran en varias antologías argentinas y extranjeras. Entre las últimas, pueden citarse: *Los más bellos cuentos del mundo*, editada en Madrid por el *Reader Digest*, y la *Antología de escritores argentinos*, publicada en 1970, en Grecia, por Jorge Humuziadis. Asimismo, su novela *El estruendo de las rosas* fue traducida al inglés, editada por *Herder and Herder*, de los Estados Unidos, que también incluyó su cuento "Julieta y el mago" en una antología de cuentos hispanoamericanos.

Después de haber incursionado en el relato policial, con el éxito del que hemos dado cuenta, Manuel Peyrou enfrentó la difícil empresa de la narración psicológica y testimonial. Preocupado por la realidad política del país y por la decadencia de las costumbres, registró en sus novelas, sin ninguna complacencia, las formas negativas del devenir político argentino. *Las leyes del juego*, *Acto y ceniza* y *El hijo rechazado* son buenos ejemplos de dicha intención. Como con reminiscencias de Balzac, lo social y económico se destacan en las peripecias de

sus criaturas. Al juzgar *Las leyes del juego*, Juan Carlos Ghiano estableció otras comparaciones:

Como Eugenio Cambaceres y Julián Martel —escribió Ghiano—, Peyrou ha escrito un relato donde se eluden los análisis de las conciencias en todo aquello que no refleja el estado social.

Es que Peyrou, después de haber practicado el juego de lo policial y lo fantástico, que lo aproximaba al orbe literario de Borges, se interesó por los conflictos de las psicologías sociales para abordar a través de ellos la novela de testimonio y denuncia.

Existe otro rasgo de su personalidad literaria —y también humana— que no es posible soslayar: su amor por Buenos Aires. Este admirador de la literatura inglesa gustaba describir en su obra cosas y hechos de nuestra ciudad, sobre todo la zona del centro, de la que era un permanente y encariñado caminador. Peyrou pertenecía a un tipo de argentino que va, lamentablemente, desapareciendo: internacional por formación y mentalidad, y acendradamente porteño por temperamento.

Quien ahora les habla lo conoció a comienzos de 1958, al ingresar en la redacción de *La Prensa*. Manuel Peyrou —Manolo, como lo llamaban sus compañeros— era entonces un cincuentón alto, corpulento sin ser gordo, de rostro ancho, mentón saliente y pelo negro, apenas entrecano, peinado a la gomina. Lo recuerdo vestido, siempre, con traje marrón en invierno y blanco en verano. Pocas veces lo vi sonreír, su gesto era habitualmente adusto. Se lo respetaba por su responsabilidad profesional, la firmeza de sus principios democráticos y su competencia como hombre de consulta en los muchos y, a veces, delicados problemas que presenta cotidianamente la tarea periodística. Trabajaba entonces en el suplemento literario, junto a su director, José Santos Gollán, y solía escribir en el cuerpo del diario una columna de temas misceláneos, con un enfoque crítico de la realidad, donde desfilaban los asuntos más diversos, entre observaciones sagaces y toques irónicos. No firmaba con su nombre, sino con un seudónimo: Septimio.

Pero para mí, el mayor motivo de respeto hacia ese colega mayor era su amistad con Borges. No pocas noches, Borges concurría al comedor del diario y yo, desde una mesa vecina, los observaba mientras los dos comían y charlaban animadamente. Cuánto hubiera dado por poder oír aquellas conversaciones, ya que, estaba seguro, hablarían de libros y escritores. Más de una vez, me pregunté cómo podían

ser tan amigos, ya que ambos eran, al menos desde el punto de vista literario, muy distintos. Los dos profesaban la pasión por la literatura, pero mientras Borges creía que las palabras servían menos para expresar la realidad que para crear nuevas realidades, las palabras eran para Peyrou sólo una herramienta, un objeto de uso que él utilizaba para describir la realidad y reflexionar sobre ella. En su estudio sobre Lugones, Borges había sostenido que “la realidad no es verbal”, que las cosas y las palabras pertenecen a ámbitos diferentes; no concebía, por otra parte, una literatura utilitaria. Como para Mallarmé, escribir era dar un sentido nuevo a las palabras de la tribu. El escritor era, para él, un alquimista, un revelador de mundos mágicos. Para Peyrou, en cambio, el lenguaje era un medio, un instrumento con el que era posible ya no transformar la materia de la realidad, sino captarla y documentarla. Peyrou, un realista, se proponía reproducir lo que veía, como si la literatura tuviese la función de un espejo; mientras Borges se internaba por el laberinto de la imaginación y los sueños y, al igual que la Alicia, de Lewis Carroll, pasaba al otro lado del espejo. Peyrou dijo en cierta ocasión que, para referirse en un relato a la Plaza Libertad —era un ejemplo—, se necesitaba antes recorrerla, observarla, sentarse en sus bancos, contemplar detenidamente sus árboles, la gente que la frecuentaba. No se permitía inventar, escribir sobre lo que no conocía. Por supuesto, estoy refiriéndome a los libros que publicó después de haber abandonado su etapa de novelista policial.

Siempre fue Peyrou un hombre reservado. Poco sabíamos de su vida fuera de su actividad literaria y periodística. En alguna ocasión, lo vimos en el diario con dos hermosas mujeres; después supimos que eran sus hermanas: Graciela Peyrou, escritora como él, y Julia Peyrou, pintora. Varias veces lo encontré en una confitería de Viamonte y Maipú, a la que concurría porque lo dejaban entrar con su perro. Otro local, al que iba por las noches después de salir del diario para beber su acostumbrado vaso de *whisky*, estaba muy cerca de la casa de Borges, pero Borges no participaba de ese hábito nocturno. Lo encontré, sí, con Borges, Mastronardi y Enrique Fernández Latour en algún otro café, también céntrico, ya que Peyrou, aparentemente, no incursionaba más allá de diez o quince cuadras alrededor de su departamento de la calle Esmeralda.

Pocos años antes de morir, sus compañeros nos enteramos, casi por casualidad, de que se había casado recientemente, pero no conoci-

mos a su esposa. Lo recuerdo en ese último período de su vida. El régimen político, cuyos abusos autoritarios él había documentado en la saga que componen sus últimas novelas, se había vuelto a instalar en el país. Peyrou vivía agobiado por el retorno de esa situación que él creía abolida, confinada para siempre en las páginas de sus libros y que, de nuevo, pugnaba por transformarse de ficción en realidad. Los amigos contemplamos, entristecidos, su propia tristeza, que se enseñoreaba de su físico, día a día disminuido, y pesaba en su corazón como una carga inexorable.

Su muerte, ocurrida el 1.º de enero de 1974, no nos produjo excesiva sorpresa pues hacía tiempo que, impotentes, veíamos a Peyrou morir poco a poco de esa melancolía, de esa depresión nacida del choque entre sus convicciones cívicas, de arraigada tradición liberal, y la realidad de acontecimientos que se volvían, hostiles, contra su mundo de valores intelectuales y éticos. Ese día, el director de *La Prensa*, Alberto Gainza Paz, me llamó para encargarme la redacción de la correspondiente nota necrológica. Después de haberla escrito y enviado a su despacho, como me lo había indicado, volvió a llamarme para pedirme que hablara el día siguiente, en el cementerio, en nombre de la dirección y del personal del diario.

El 2 de enero, por la mañana, en el peristilo del cementerio de la Chacarita, despedí los restos de Peyrou, por *La Prensa*, y luego hizo lo propio Jorge Luis Borges, en representación de sus amigos y de la Academia Argentina de Letras. Desde entonces, cada vez que me encontraba con Borges o lo llamaba por teléfono para solicitarle un reportaje, siempre me decía: “Ah, sí, Requeni, el amigo de Peyrou”. Pese a que le había enviado mis libros y que guardo una tarjeta suya en la que elogió un poema mío, yo siempre fui para Borges, desde aquel día, nada más que el amigo de Peyrou. Hoy reflexiono: sí, nada más, pero también, nada menos. Porque no deja de ser un privilegio y un orgullo haber sido “el amigo de Peyrou”.

Antonio Requeni

ELECTRA: ENTRE ATENAS Y LA ATENAS DEL PLATA^{*}

A Carlos Alberto Ronchi March.

I. Electra en el mundo

Entre Atridas y Lágidas se despacha una buena porción de la tragedia griega clásica. El mito trágico evoca personajes y asuntos, les otorga una dimensión supratemporal, estructura, con valor permanente, una sociedad a la que dona sentido, reparte ejemplos que traspasan los límites normales de lo humanamente soportable, y mezcla concepciones y pasiones cuyo origen atribuye a la voluntad de los dioses, al destino o al corazón humano mediante la gradación de los impulsos y emociones de los hombres y mujeres que pueblan sus construcciones.

El teatro griego clásico está, en sus orígenes, como se sabe, vinculado con la religión oficial, se constituye como un ritual más del culto. Sin embargo, poco o nada tendrá que ver con el drama sacro medieval y sus finalidades dogmáticamente edificantes. Las leyendas puestas en escena, provenientes de tradiciones diversas, son moldeadas por la imaginación de cada poeta, de ahí sus límites y contradicciones. Pero lo primitivamente religioso no está desvinculado de las creencias políticas, de los pilares que sostienen las instituciones del Estado. El carácter que asumirá a lo largo de ese casi milagroso siglo V es, al mismo tiempo, particular y universal. Las versiones podrán ser (y son, efectivamente) distintas, pero las historias contadas remiten a una temática encadenada de muertes violentas y venganzas, de reacciones divinas no siempre racionalmente inteligibles, de pasiones feroces, injusticias manifiestas o ambiguas y gestos de ciega abnegación que afectan, en medida diferente, a héroes y simples mortales,

^{*} Comunicación leída en la sesión ordinaria 1153.^a del 13 de junio de 2002.

donde también inciden sueños proféticos y oráculos. Entre estas fuerzas en pugna el hombre debe decidirse y afirmar, con el margen de libertad que le es concedido, ante el edificio animado que la mitología levantó, su propia elección, en cuanto que la voluntad divina se ejerce sólo por intermedio de las acciones humanas.

Todo nombre propio es como una condensación simbólica de sus significados, una condensación expansiva, si se me permite el oxímoron. Todo nombre es también una historia hacia adelante y hacia atrás de sí mismo. Conlleva, además, una determinada geografía. Y si sus resonancias llegan a ser poderosas, el nombre adquiere un carácter prácticamente universal. Tomemos, para el caso, el de quien ocupará el resto de este trabajo, el nombre de Electra.

Electra es la “brillante”, o el “ámbar amarillo” por el color dorado de sus cabellos. Hija de Agamenón y Clitemnestra, sus hermanos son Ifigenia, Crisótemis y Orestes. Y sus tíos, Helena y los Dióscuros. Aparece con el rol principal en *Las Coéforas*, la segunda de las tragedias que componen la *Orestíada*, de Esquilo, como también en las de Sófocles y Eurípides, que llevan su nombre. Séneca la incorpora a la galería de sus piezas trágicas; y está presente en obras dramáticas de Hans Sachs, el maestro cantor y zapatero de Nünberg (1554). Entre los autores de teatro más destacados de los siglos siguientes que se ocuparon de ella, cabe la mención de Voltaire (1750), Alfieri (1776), y las versiones de Leconte de Lisle (1837) y A. Dumas (1865). En el siglo XX retoman el personaje dramaturgos de primera línea. Así Hugo von Hofmannsthal (1904) —a quien el músico Richard Strauss presta la sombría magnificencia de su versión operística—, la ópera de Ernst Krenek (1929), Eugene O'Neill en su trilogía *Mourning becomes Elektra* (1931), Jean Giraudoux (1937) y Jean Paul Sartre, quien tituló *Les mouches* (1943) a su adaptación. Gerhard Hauptmann, a su vez, vuelve a las raíces clásicas con su *Atriden-Trilogie*, cuya tercera parte es *Elektra* (1947). Son variaciones en torno al mismo tema que reflejan, además de las personalidades de sus autores, las preocupaciones y los problemas de la época en que vivieron.

La Odisea narra cómo Egisto, primo de Agamenón, sedujo a su cuñada Clitemnestra durante la ausencia de su marido. Al regreso del rey, lo mata a traición con la complicidad absoluta de su amante. Siete años más tarde Orestes, criado en la corte del rey Estrofo en la Fócide,

regresa a Argos con Pílates, su primo e hijo de Estrofo, para destronar al usurpador y vengar a su padre. Ningún crimen tenía para los griegos la gravedad del parricidio, que aparece en las cosmogonías Urano-Cronos-Zeus. En un régimen fundado en el patriarcado, el matricidio era quizás apenas menos grave, pero suponía un temor misterioso que agravaba el hecho. Ése es uno de los centros culminantes para los tres trágicos griegos, quienes tratan el matricidio con una mezcla de horror y predilección. La imagen de un hijo matando deliberadamente a la madre, los griegos la admiten únicamente en el caso en que la muerte es ordenada por el padre o por el dios que asume su causa. Y sin motivaciones religiosas a la vista, Hamlet es, con múltiples y complicadas derivaciones, una especie de fusión, aunque en el fondo condenada al fracaso, también por múltiples motivos, de Orestes y Electra.

El Orestes de Esquilo vuelve sustentado por los dichos del oráculo de Delfos. En Esquilo, a la concepción arcaica marcada desde el primer verso por la invocación al Hermes subterráneo, se superpone un problema moral, la cuestión de la legitimidad del acto de Orestes. En Homero era Orestes el vengador de su padre, y éste era un título de gloria. En la *Orestíada* es el desdichado asesino de su madre. Y como para agravar el conflicto, Clitemnestra opone, al morir, el derecho del “vientre” al puramente masculino de la raza. Los poetas quisieron que Orestes, después de su crimen, fuera atormentado por las Erinias, diosas casi tan poderosas como Apolo. Y es nuevamente Esquilo quien encuentra la solución más “humana” al instituir en la tercera parte de *Las Euménides*, el Areópago que, bajo la protección de Palas Atenea, estará facultado para impartir la justicia de los hombres, lo que implica un nuevo y beneficioso enfoque del problema. Pero los rayos de la venganza, por decirlo así, son esencialmente emitidos por Electra.

Los poetas trágicos han situado a Electra al lado de su hermano Orestes. En Esquilo ella es un aliado del brazo fraterno que ansía restablecer la justicia; en Sófocles ella lo excita salvajemente para el cumplimiento de un acto que, más que de devoción paternal, asume el rostro de la venganza; en Eurípides ella lo fuerza a actuar en tanto que Orestes, habiendo descargado toda su agresividad al matar a Egisto, pierde su fe en Apolo para ver en el matricidio algo distinto de la ejecución de un crimen abominable.

El personaje de Electra es, quizás, una de las invenciones más geniales de la tragedia griega clásica. Orestes puede fluctuar según el cambiante curso de sus emociones, pero el odio de la hija por la madre es reforzado por la existencia agobiante de los celos. Criatura secundaria, dejada a un lado por los parientes más próximos, en especial la madre, Electra se convierte en una fanática que agrava su suerte a fin de atraer la cólera de los cielos sobre los asesinos de Agamenón. Ese padre, que ha sacrificado a su hermana y a la que ella ha conocido apenas, se le convierte en una especie de ídolo. La auténtica asesina de Clitemnestra es ella, mucho más que Orestes, un mero brazo ejecutor de la feroz voluntad de su hermana.

En el final de *Las Coéforas*, las mujeres que llevan las libaciones para derramarlas, por orden de los reyes, sobre el túmulo de Agamenón, gesto hipócrita si los hay, dicen:

No hay mortal que pueda asegurarse una felicidad perpetua. Hoy éste, mañana aquél, todos han de encontrarse con el dolor.

El decorado único, las puertas del palacio, se mantiene en la *Electra*, de Sófocles. Tampoco han cambiado los datos de la acción, pero sí el espíritu, como si éste percibiera las cosas (y los personajes) desde otro ángulo. Pero los planes de Orestes, acompañado del solidario Pilades que se mantendrá mudo a lo largo de toda la pieza, son alterados por la hermana. Electra es la personalidad más fuerte. La venganza será conducida y manejada por ella. Así se enfrenta a Clitemnestra, devoradas ambas por la pasión del odio. Entre ellas no cabe la conciliación. Pero la reina vive, además, en el terror que el regreso de Orestes significa. También el remordimiento está ausente de su ánimo. Y no puede disimular su alegría cuando la enteran de la presunta muerte de su hijo. En Sófocles, si el sacrificio de Ifigenia a manos de su cónyuge es el origen de su odio contra éste, al que detestaba, y es también uno de los motivos para la comisión del adulterio con Egisto, ese odio mortal entre madre e hija es el centro de la tragedia sofoclea, mucho más que la "fatalidad" del destino de los Atridas. Al lado de ambas, el resto de los personajes se destaca con perfiles más débiles. La desdicha de Electra conmueve a Orestes. En cuanto a Electra, es más dura que Antígona, mientras que Crisótemis es más blanda que Ismena.

En la tragedia del autor de *Edipo rey*, no hay verdaderamente un problema moral, tampoco social. Y la búsqueda de la justicia, mucho más proclamada que ejercida, es un pretexto para la presentación de un acto de venganza. Una concepción ideal, como en *Antígona*, brilla aquí por su ausencia. En lo que atañe a los dioses, no asumen como en Esquilo, un papel principal. Apolo da a Orestes su consejo para la ejecución de su propósito. Y, al revés de lo que ocurre en el autor de *Los persas*, la pieza concluye en Sófocles sin ningún problema o interrogación respecto al futuro. El coro difunde un ánimo, al final, de paz y tranquilidad; las Erinias están fuera del horizonte visible. Orestes, que mata en primer término a su madre, no duda ni un instante. Son las voces de los muertos, que reclaman venganza, parecería, más que los dioses y sus oráculos y los sueños, quienes manejan el curso de las acciones.

Eurípides, a su vez, ofrece otra versión. Casa a Electra, por designio de los reyes, con un campesino de Micenas, un marido ficticio, pero generoso, que no se atreverá a tocar a su legítima mujer. Y, lejos de la pompa de la realeza, Eurípides concibe un decorado campesino. Orestes mata a Egisto prácticamente a traición y viola el principio sagrado de la hospitalidad debida al huésped. En cuanto a Clitemnestra, es asesinada más por la incitación de Electra que por la propia voluntad de su hijo, sometido antes a la vacilación y la duda, hasta el punto de que se desmiente así lo que él mismo ha dicho: "Son los dioses quienes me han conducido a la victoria".

La conclusión, típicamente euripidiana, arriba desde lo alto de los cielos a través de los Dióscuros, hermanos divinos de Helena. Son ellos los que ordenan los esponsales de Electra con Pílates. Y la misma Electra tiene conciencia de que el doble crimen cometido no fue producto del dictado de los dioses, sino de la cólera nutrida por los seres humanos. Y, para oponerse a la versión de Esquilo, el corifeo concluye aquí:

Así lo quiso la sentencia del destino y el oráculo imprudente pronunciado por Febo.

II. Electra en la Argentina

Además de los abordajes realizados en Europa y los Estados Unidos que ya se mencionaron, el mito llegó también a las orillas del Plata. Un tema como el de la tragedia de los Atridas, una de cuyas culminaciones era el personaje de Electra, con esa ronda interminable de odios, muertes, celos y venganzas, chorreando sangre y atrocidades, no podía sino atraer la atención –y el trabajo– de dramaturgos argentinos de prestigiosa trayectoria. La tarea fue emprendida por Omar del Carlo con *Electra al amanecer* (1948), Sergio de Cecco con *El reñidero* (1963) y Julio Imbert con *Electra* (1964). En estas tres piezas se conservan, en lo fundamental, los lineamientos trazados por los trágicos griegos, pero se alteran las épocas y varía el enfoque que hace a las relaciones y tensiones entre la reina Clitemnestra y Egisto, por una parte, frente a Orestes y a Electra, por otra. Con todo, la presencia de la hija de Agamenón, aun con el nombre cambiado en un caso, resulta la fuerza conductora y dominante. Se respeta la unidad de tiempo, y no siempre la de lugar. La música, cuando la hay, se adapta a otros tiempos, y el coro se encarna, cuando así ocurre, en uno o dos personajes. Pero, a pesar de coincidencias, o mejor, similitudes, lenguaje y enfoques, lo mismo que el perfil de los personajes, muestran diseños diferentes. Y por supuesto, todas las piezas, ahondando en detalles psicológicos, se mantienen dentro del marco de un clima trágico y asumen un carácter de universalidad querida y lograda.

La primera en el tiempo fue *Electra al amanecer*. Omar del Carlo, un escritor con antecedentes valiosos, la publicó en 1948. Sin embargo, su obra más conocida es *Proserpina y el extranjero*, que sirvió de libro a la ópera del mismo nombre, de Juan José Castro. En el reparto de personajes de *Electra al amanecer*, las Furias Tisífone, Alecto y Megera asumen un papel coral y son varias las escenas donde aparecen tras Orestes o Electra coloreando la acción. El autor introduce también a un Desconocido que es, más que presumiblemente, y quizás en una alusión al padre de Hamlet, el fantasma de Agamenón, a quien Electra reconoce y en quien se apoya. La acción tiene lugar, según las acotaciones escénicas, “en Grecia” y “en un paisaje idealmente antiguo”, mientras “los personajes están ataviados con trajes de nuestra época”. La obra se desarrolla a lo largo de nueve escenas que transcu-

rren desde la irrupción del alba hasta el alba del día siguiente, con lo que la unidad de tiempo resulta estrictamente respetada. En cuanto a los lugares, son distintas partes del palacio real o los jardines lindantes. Y, aunque el vestuario corresponde a nuestra época, los hábitos y la atmósfera coinciden mejor con una edad media imaginaria. Falta la invocación o la presencia de los dioses, pero en una ocasión se cita a un Dios sin características específicas.

Orestes, tras un exilio de quince años, vuelve al hogar acompañado del Preceptor, que lo quiere bien. Pero, a diferencia del homónimo de los griegos clásicos, no hay en su ánimo, posiblemente por el largo tiempo de la separación, ningún deseo de venganza. El odio o el rencor no son pasiones que anidan en su corazón. Así, cuando Electra lo acosa con sus reclamos de venganza, puede decir: "Húndanse los Atridas con sus antiguos rencores". No sin razón la hermana lo juzga como "débil" y "pusilánime" ya en la primera escena. Él prefiere, porque así su idiosincrasia lo exige, la conciliación, el perdón, el olvido. En la escena quinta Orestes, que no ve salida a su situación, ante los apremios de Electra y las maniobras de su madre, quien procura despertar en su ánimo los sentimientos más tiernos y promete que le cederá paulatinamente sus poderes (pues ella ejerce el poder absoluto, y Egisto es calificado de siervo), prefiere huir. De esta manera exclama:

Cuando llegue la noche abandonaré esta casa. No quiero ser el pretexto en torno al cual estalla el odio celosamente acumulado por los míos. No perdonan ni quieren olvidar.

El odio que prevalece en Electra motoriza, sin embargo, la acción, y contrarresta con sus argumentos las tentativas de Orestes por escapar del cerco. Las vacilaciones del hermano la conducen al insulto y a mostrar su verdadera naturaleza. Y lo increpa de esta manera al final de la escena sexta: "¡Bardaje! Yo debí llevar el signo del macho en el cuerpo", lo que recuerda un dicho similar que Eurípides pone en su boca. Es que ha estado masticando su venganza durante tres lustros. Y la llegada del Desconocido acicatea su voluntad, como le ocurre a Hamlet en presencia del fantasma de su padre. La Nodrizza, otra fuerza moderadora, habla de "su corazón henchido de odio", lo que la emparenta con sus antecesoras clásicas. Hay una fiesta, y Electra, decidida a todo, se viste espléndidamente. Será, lo tiene decidido, *su*

fiesta. Y de nada valen los esfuerzos de Clitemnestra y sus promesas para reconquistar a Orestes, dispuesto a alejarse para evitar mancharse de sangre. La intensidad de su sentimiento, que da fuerza a sus palabras, envuelve finalmente a Orestes que se anima, en una escena fuera de la vista del espectador, a dar muerte a su madre y a Egisto. Enajenado, sin dominio de su propia conciencia, Orestes se presenta ante Electra, a quien confunde con una bestia feroz. El clímax llega en la última escena, cuando se revelan los frutos de este desborde de sangre. Vale la pena, en este sentido, transcribir los fragmentos finales de la tragedia. Electra (arrodillándose frente al hermano) proclama:

¡Libre! Libre para dormir la noche entera sin llagas en el corazón.

Lo que provoca la pregunta de Orestes:

¿Dormir?... ¿Quién podría dormir si le han cortado los párpados?

Ante la magnitud del doble asesinato, una de las Furias, Tisífone, exclama: “¡Matricidas!”, a lo que Electra responde: “Cierto. Pero tengo al fin la paz de mi padre muerto”.

Y, ante los invitados, se confiesa:

Yo guié su mano vacilante. Yo la hundí en las blandas entrañas ignominiosas.

Y agrega:

He aniquilado con un crimen más grande al crimen mismo.

El monólogo final de Electra muestra, al cabo, la inutilidad de esta orgía de sangre y su propio desamparo.

Ya no me resta sino la vejez. Orestes se marchitará a mi sombra mientras el cardo avanza sobre la casa.

En el último parlamento Electra ha tomado también posesión de Orestes, quien, abrumado por los remordimientos, muere en los brazos de la hermana y la deja sola y sin esperanzas:

¡Mírame! Sólo tengo polvo en la boca. (*Aterrada*). ¡Orestes! No me abandones.

Con esta nota, desgarradora y aleccionadora a la vez, concluye la tragedia de Omar del Carlo.

Apegada en gran medida a los modelos griegos, la prosa del autor fluye con seguridad y cuidado de los parlamentos con que se gradúa el discurso dramático. En el nivel lingüístico no faltan los recursos retóricos de las metáforas, nunca indescifrables. Y mientras la voluntad de Electra se manifiesta indoblegable, concentrada en una única finalidad de destrucción que no tiene demasiado asidero racional, pues conoció apenas a su padre, la presencia del Desconocido le refuerza el llamado de la sangre. Debe vengarse, y su castigo será el vacío posterior, en cuanto ya ha desaparecido aquello que constituía y animaba su vida. El personaje resulta así, además de obsesivo, monolítico. Y debe apelar a toda su astucia persuasiva para torcer la voluntad del infinitamente más débil y humano Orestes en su propósito de borrar un pasado infame. Al lograrlo, termina por arrancar de raíz cualquier sentimiento de piedad. Y acentúa la hostilidad hacia su madre que cuentan las historias anteriores. Y si Egisto es aquí poco más que un títere manejado por su adúltera cónyuge, Clitemnestra, oscilando entre el miedo y la inútil adulación, tampoco se aparta en lo fundamental del papel que los trágicos griegos le habían asignado, aunque todo se desenvuelve, según se dijo, en el plano puramente pasional de lo humano. En la pieza no falta un cierto clima de suspenso, que en el final se resuelve en la consabida orgía de sangre y de lamentos. Pero el nivel de dignidad con que la tragedia ha sido compuesta, que el lenguaje refleja, merece que no caiga en el olvido.

Con *El reñidero*, Sergio de Cecco, uno de los dramaturgos argentinos más dotados de las últimas décadas, no sólo obtuvo su consagración, sino también el mérito de haber construido una de las no demasiadas tragedias perdurables de nuestra escena. Sin mengua del verdadero espíritu trágico propio del género y sin apartarse de la unidad de

tiempo fijada en el siglo V a. C., el autor actualiza los sucesos y les confiere una sólida verosimilitud donde se fusiona, con mano segura, el ambiente local con el ademán universal percibido como telón de fondo. La obra se divide en dos actos, la acción se traslada a una casa ubicada en el entonces suburbio de Palermo Viejo, y se ancla en 1905. Barrio de taitas y de cuchilleros al servicio de un caudillo de la política, venero fértil para la imaginación de Borges o, en el teatro, para Eichelbaum, por ejemplo, los hechos se disparan a partir del velorio del caudillo menor don Pancho Morales, versión actualizada y criolla de Agamenón. Su mujer, Nélide, es Clitemnestra; Elena Morales, la hija, es el nombre que De Cecco da a Electra. Aparecen también Santiago Soriano, ladero de don Pancho, amante de Nélide y matador de su patrón, y algunos personajes menores pero no superfluos, como Lala, la nodriza, un trapero y el delegado del verdadero caudillo. Y por supuesto Orestes, nombre que el autor respeta, tal vez por ser el más complejo y atormentado en el tramado de la pieza. La sala donde se realiza el velorio está en un primer plano, un pasillo lleva al refidero de gallos, “un redondel de bancos en semicírculo y arena”, según reza la indicación escénica. Es que ese refidero para gallos de pelea no sólo vertebraba, como símbolo y metáfora a la vez, la atmósfera de esta tragedia, sino que sirve de símil al desenvolvimiento de la acción. En esta sociedad patriarcal, donde el padre de familia ejerce una autoridad despótica sobre el conjunto de los miembros, la ley suprema que rige con carácter religioso (pues la religión no tiene aquí cabida) es la del coraje, la afirmación de la hombría, sin la cual uno no es nada o casi nada, y que se manifiesta a través del culto de la sangre. Pancho Morales personifica esta creencia y obedece el código tácito del que es deudor y que lo justifica. Por lo demás, en su conducta sólo acepta las órdenes del político que está por encima de él, considera a la mujer un objeto más para satisfacer sus caprichos, y su relación con los hijos es distante y severa. Con Orestes, el hijo, bordea la crueldad. Lo único que le importa de él es “que se haga hombre”, es decir, que esté capacitado para matar en el momento oportuno a la menor indicación paterna. La sumisión que exige se patentiza en el trato que da a Nélide-Clitemnestra, su mujer, un instrumento más de sus deseos y, asimismo, de sus celos. Pues Nélide, en pos de una vida más plena, y para satisfacer un sentimiento natural, se ha liado con Soriano-Egisto, cuyo

papel excede el de la tragedia clásica. Es el ladero, el segundo de don Pancho, y lo traicionará de todas las maneras posibles, pero ama a Nélida como el marido nunca lo hizo.

De todos modos, al clima de opresión se agrega el ingrediente de la muerte, una muerte latente que aguarda su ocasión para manifestarse. El espectador se entera, de entrada, de muchas de estas circunstancias, durante el velorio de don Pancho, asesinado en la flor de la edad, a los cincuenta años. Todos conocen más o menos la situación, todos tienen sospechas de lo ocurrido, pero no hay pruebas, y hay miedo. Quien resume el asunto es un personaje, Vicente:

A veces veo el barrio y se me hace que es la pista de un enorme reñidero y que nosotros somos los gayos [sic], puestos a ganar. O morir.

No sólo se respira sangre sino, sobre todo, odio, un odio cuya usina central se instala en Elena-Electra. No en balde la palabra “odio” es la que aparece con mayor frecuencia en la obra. Vaya como muestra este diálogo: Nélida (*a Elena*): “Las dos hemos perdido lo mismo”. Elena: “Pero no sentimos lo mismo”. El personaje de Elena no sólo está colmado de un odio tremendo por la madre. Lo complican el amor, más allá de lo filial, por su padre y, en relación inversa, los ardientes celos que su madre le despierta. Porque, al fin de cuentas, es ella la que se acuesta con el padre y le roba así el contacto que Elena desearía tener. Esto se advierte claramente en la escena en que se abraza apasionadamente al padre, que parte para un viaje, porque no quiere sentirse “tan sola”. Elena:

Yo estoy sola, como los muertos, ella, en cambio, anda por la casa, canta, se arregla. Cuando la oigo reír, siento que me duele hasta la piel.

Este amor es tan exclusivo que, pese a su edad (anda por los treinta), rehúsa conocer a otros hombres, sencillamente no le interesan. De Cecco ha insertado detalles interesantes, imposibles en la tragedia griega clásica. Por los *racconti* que iluminan el pasado, lo explican y permiten la actuación directa de don Pancho Morales. Y cuando Soriano confiesa que mató a su patrón “en duelo limpio”, Nélida se queja de que está:

cansada de este aliento a sangre, a odio, de este ruido a cuchillos que [...] tengo enquistado.

En cuanto a Orestes, ha regresado hace poco, no del exilio como sus antecesores sino de la cárcel, donde permaneció dos años. Para probar que tampoco él es cobarde, ha matado a otro hombre, a un adversario de su padre. Y, siempre maltratado y desdénado por éste, se entera de que el padre, para salvar su propia libertad, lo ha entregado a las autoridades, un acto de falta de hombría que en don Pancho no parecía concebible, lo que adensa sus conflictos interiores. Porque Orestes, a diferencia de su hermana, que lo insta a la venganza, a que mate a Soriano “esa misma noche”, se niega. Está harto de ese encadenamiento de muertes sucesivas que no tiene fin, se siente sin fuerzas para hacer frente a las ansias sanguinarias de su hermana. Orestes está convencido de que “es al fudo cuerpear al destino”, o sea, que las cosas no pueden forzarse, que todo ocurrirá como debe ocurrir. Pero tanto insiste Elena que, al final del primer acto, le arranca al hermano la promesa de que matará al asesino de su padre, al nuevo dueño de casa. Y no serán pronunciadas en vano las palabras de Elena con las que se cierra el acto: “Tengo que llenarlo de odio”.

De Cecco maneja con habilidad dramática la constelación de relaciones entre los protagonistas de la pieza. E inicia entre la madre y el hijo un tira y afloja donde la seducción se cruza con el rechazo. Al final del diálogo, ella sabe que habrá un enfrentamiento muy próximo: “¿Te vas a medir con Soriano, verdad?”, pregunta Nélida, temblorosa, a Orestes; y éste responde, fatalista: “La taba ya está echada, madre”. En un arranque de desesperación y miedo, Nélida recuerda al hijo el despotismo paterno, su ser distante, “los ojos fríos”, los castigos que le infligía por cualquier motivo, y en el *racconto* que sigue se ve a don Pancho abofeteando por celos a su mujer y dándole una tremenda trompada a Orestes al haber acudido en su defensa. Orestes, enterado de que su propio padre, por temor, lo entregó a la policía, lo vitupera por su cobardía, y también a Elena por habérselo ocultado:

¡Mala hembra! ¡Pa ella Orestes era solamente un cuchillo que iba a hacerle su venganza!

En las escenas finales, Elena cree que Orestes ha dado cumplimiento a su promesa y sale a escena con un candelabro de velas encendidas. Llega ataviada con un vestido rojo, completamente distinto de los que llevaba hasta ese momento. Toda ella ha rejuvenecido. El diálogo que sigue es profundamente revelador. Elena se dirige a Orestes:

[...] Tus manos me lo están diciendo todo, todo. Cómo se cerraron en la daga, cómo volaron por el aire. ¡Todavía estás húmedo de sudor! ¡Dichosas manos! ¡Hubiera querido ser ellas EN ESE MOMENTO!... Porque ahora somos libres, Orestes.

Pero Orestes se pregunta: “¿Libres? ¡Para qué!”, aunque ella agregue que, desde ese momento, protegerá a su hermano contra todo. Luego ocurre la revelación final, Orestes no ha dado muerte a Soriano, no obstante su promesa no ha podido, no ha encontrado los motivos suficientes dentro de sí:

Yo los desprecio, mas la causa no me hace estrillar, el odio no me cabe [...] ¿A seguir matando?... ¿Por qué hay que pagar pa ser un Morales?

Pero luego, en un raptó final, y “como hipnotizado” según la indicación escénica:

Orestes mira a Elena, luego saca el revólver y dispara todas sus balas contra Soriano y Nélide. Elena va a ocupar el sitio que ocupaba Nélide y Orestes, de pie, a su lado, como Soriano, los dos de frente al público.

El telón baja.

De Cecco ha estructurado la tragedia de una manera en que no pueden encontrarse huecos, resquicios, decaimientos. Cada personaje responde por sus actos con sus palabras, sin grandilocuencia ni flojera, y las palabras se blanden como puñales que apuntan al corazón del protagonista. Los perfiles son netos, la monomanía y los complejos de Electra están puestos en evidencia con el mínimo de recursos; mientras las vacilaciones de Orestes, que ofrece un rostro humano y limpio, sólo pueden desembocar, cuando todos los frenos de la conciencia moral han fallado, en una locura que lo desborda. Entonces la tragedia cumple con los preceptos fijados por Aristóteles: despertar en

el espectador el terror y la compasión redentora. Es justo, desde ese punto de vista también, que *El reñidero* haya suscitado tanto éxito, y que pueda ser considerada en el plano superior que le corresponde. Una reflexión final, casi obvia: la fidelidad con que se reproduce, desde el medio social y cultural donde se origina, el lenguaje de la pieza. Lenguaje de un suburbio de Buenos Aires en los albores del siglo XX, entre compadrón y malevo, De Cecco ha sabido ensamblarlo en el curso de la acción y en cada uno de sus personajes de un modo impecable y sin artificio ni exageración alguna.

Las dos tragedias reseñadas no se apartan de los lineamientos fijados por los clásicos. Las pasiones enfrentadas son, además de destructivas, de efecto moral. Y la acción es estrictamente terrena, se desarrolla en épocas distintas, eso sí, pero sin una proyección de trascendencia. No hay futuro, tampoco cielo. Muy otro, y novedoso por demás, resulta el tratamiento, sucinto pero intenso y original, con que Julio Imbert, hombre de teatro reconocido y de capacidad cabal, encara su versión del personaje. Su *Electra* discurre a través de pocas páginas y se desarrolla, prácticamente sin decorado, en un plano intemporal, opuesto a las puntualizaciones que encontramos en las piezas de Del Carlo y De Cecco.

Para ubicarla dentro de sus propósitos y límites, parece oportuno reproducir los párrafos iniciales que preceden la obra. Dice allí Imbert:

Ejercicio de diálogo, sin relación con la mitología que utilizaron Sófocles, Eurípides, etc. Tampoco impugna el fanatismo religioso, como bien lo hizo Pérez Galdós en su *Electra*, de donde tomé asimismo el nombre de Evarista... Que se vea a Electra en una elevación, como si fuese única sobre la curvatura del globo en sombras. Que ella, de pie en esta inflexión, esté como pisando el vientre del mundo, de un mundo que no parezca otra cosa que un vientre grávido, a punto de alumbrar. Que del largo vestido y el pañuelo a la cabeza negros de Electra surjan apenas su cara y sus manos secas y amarillas. Evarista, más vieja que Electra, cuando está a su lado ocupa depresiones del terreno, siempre en un nivel inferior.

Este “ejercicio dialógico” contiene una pizca de acción y se inicia con un ruego de la protagonista que solicita, en vano, el regreso de su hijo querido, llamado Arno como el río, un símbolo más de los múltiples que surcan la obra. Evarista usa exclusivamente “expresiones y

términos del Génesis y del Levítico". Las oraciones y la Biblia implican un trasfondo religioso. Al desesperarse Electra por haber perdido a su hijo, Evarista, que reemplaza al coro, alude a su culpa con términos y símbolos tomados del Antiguo Testamento (sacerdotes, cordeiros, tórtolas, expiaciones, tabernáculos), referencia indirecta a las tragedias clásicas con sus sacrificios y homenajes. El coro (Evarista) asume también una función de consuelo:

Oye, Electra. El rey y el siervo y tu hijo y Henoch son uno solo. Volverá, porque no se ha ido, porque está en todos lo mismo que está en ti.

Esta Electra es doctrina viva de amor, de posesión maternal, se emparenta con lo cósmico universal, y no con el odio que separa y rechaza. Las alusiones a la maternidad son múltiples, mientras las Electras predecesoras son estériles y rechazan lo masculino, posiblemente porque en ellas anidan sentimientos de masculinidad. Evarista dice:

El mundo tiene un hijo solo, Electra, nunca tuvo más que un hijo solo [...] porque el dolor de mil es tanto como el dolor de una.

Esta Electra se opone asimismo a la muerte, a la sangre derramada, por lo que Evarista declara:

no mueren más en mil hombres que en uno solo. Mil hombres que mueren en cada uno de los mil.

En esta pieza, el enfrentamiento entre los seres humanos no tiene cabida. Todo debe tender a la paz y a la armonía. Y lección suprema, también en pugna con las Electras anteriores, Evarista prefiere:

¡El mundo es un eterno y permanente Génesis, Electra! Tú estás muerta y estás naciendo en otros, pero nunca acabarás de morir ni de nacer.

Arno es descrito como un ser hermoso, desnudo al sol, lo que permite, en este grito de amor, la intrusión de la Naturaleza, ausente en las Electras ya mencionadas. En su lenguaje extático, poético, la exaltación pertenece a la vida, no a los poderes y pasiones que se concretan en la muerte. Electra exclama:

¡Soy él! ¡Soy toda él! ¿No ves? Arno está en mí, me he despojado de mí misma, y en mi cuerpo tienes que ver su cuerpo, y en mi rostro tienes que ver su rostro, y en mi voz tienes que oír su voz. ¡Es Arno quien te mira! ¡Es Arno quien te habla!

Pero Electra, que es amor y unión, que es la que da la vida, una versión alterada de la Eva bíblica, no puede soportar la separación y se estrangula con su pañuelo y se ahoga al caer al río que, eterno, no cesa de fluir, como parte del flujo vital. Ha dicho Electra:

No puedo contra el río, Evarista. La corriente me arrastra lo mismo que a su espuma.

No ha podido soportar la vida sin el hijo, no ha sabido resistir y se inmola, lo que tampoco sucede en las Electras anteriores. Y es Evarista quien sella el diálogo y confirma su elección de vida:

Nada muere... (*Desnuda el pañolón del cuello de Electra y le cubre la cabeza; luego, sube la colina y en el lugar de Electra dice unas palabras y baja al otro lado*). Y Timma fue concubina de Eliphaz, hijo de Esaú, la cual parió a Omalec, y éstos son los hijos de Ada, mujer de...

La Electra de Julio Imbert, escasa en lo que se refiere a una teatralidad externa y sin artilugios psicológicos, constituye así un testimonio único, más bien a contramano, en la sucesión dramática de uno de los personajes más fuertes e inquietantes que la escena ha sido capaz de concebir.

Rodolfo Modern



Adelphi ac Chute

CONTRIBUCIÓN A LA BIBLIOGRAFÍA
DE DON ADOLFO DE OBIETA (1912-2002)*

Destino de llorarte: consagración de mi soledad. Buenos Aires: [s. n.], 1939. 86 p.

Genealogía solar. Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1968. 55 p.

¿Terroros del año 2000? Buenos Aires: Corregidor, 1976. 233 p. (Serie Mayor; 145).

Alberdi y la no violencia. Buenos Aires: Ediciones Nereo, 1984. 200 p.

El mundo de las profecías. Buenos Aires: Corregidor, 1987. 296 p.

Tiempo de profecías. Buenos Aires: Corregidor, 1988. 286 p.

Tiempo de profecías II: el Apocalipsis. Buenos Aires: Corregidor, 1992. 328 p.

Tiempo de profecías III: profecías siglo XX. Buenos Aires: Corregidor, 1998. 462 p.

Macedonio: memorias errantes. Buenos Aires: M. P. Editor, 1999. 366 p.

* Se excluyen del detalle bibliográfico las contribuciones siguientes: discursos, cursos, artículos publicados en revistas y periódicos, entrevistas y reseñas de libros. Adolfo de Obieta publicó numerosos trabajos en los diarios *La Nación*, *La Prensa*, *Clarín*, *La Gaceta de Tucumán*, y otros.

Misterioso cuaderno. Córdoba: Narvaja Editor, 1999. 180 p.

Victoria Ocampo. Buenos Aires: Corregidor, 2000. 222 p.

OBIETA, ADOLFO DE Y OTROS. *Hablan de Macedonio Fernández*, por Adolfo de Obieta, Gabriel del Mazo, Federico Guillermo Pedrido, Enrique Villegas, Arturo Jauretche, Lily Laferrère, Miguel Shapire, Leopoldo Marechal, Manuel Peyrou, Francisco Luis Bernárdez, Jorge Luis Borges y Germán Leopoldo García. Buenos Aires: Carlos Pérez, 1968. 127 p.

OCAMPO, VICTORIA; ADOLFO DE OBIETA Y RICARDO MOSQUERA EASTMAN. *Mahatma Gandhi*. Buenos Aires: Sur, 1970. 48 p.

OBIETA, ADOLFO DE Y RICARDO PIGLIA. *Conversaciones imposibles con Macedonio Fernández*. Buenos Aires: Corregidor, 2000. 103 p.

CRÓNICA

VISITA A LA ACADEMIA DE PERIODISMO*

El presidente de la Academia, Dr. Pedro Luis Barcia, invitado por el presidente de la Academia Nacional de Periodismo, Dr. José Claudio Escribano, asistió a la sesión de esta Corporación el día 19 de junio de 2002 y fue invitado a hacer uso de la palabra.

Señor Presidente

Colegas Académicos:

Agradezco al señor Presidente la invitación para visitar esta Academia y hablar en su seno. En tanto el Dr. Escribano conducía esta reunión, fui un alumno aprovechado y le he robado oficio, como dicen los artesanos, viendo el novato el bienhacer del perito en su campo.

Esta visita es histórica, al menos en la historia menor de la vida interacadémica: es la primera vez que un Presidente de la Academia Argentina de Letras visita oficialmente la Academia Nacional de Periodismo. De la conversación que hace unos días mantuvimos con el doctor Escribano, con la mutua intención de aproximar nuestras Corporaciones, sus hombres y sus labores, salió espontáneamente esta invitación generosa del colega de la de Periodismo. Con este gesto de articulación, comenzamos un camino de múltiples posibilidades de integración y de complementación entre nuestras Academias. El lema que he adoptado para mi gestión –será deslucida, pero tiene lema– es el dicho medieval: “Todo lo sabemos entre todos y todo lo podremos entre todos”. Y en eso estamos.

Este comienzo es, diría un periodista adocenado, “un granito de arena”, y un letrado alabeado lo convertiría en: “un corpúsculo de sílice”. Lo cierto es que de los granos se hacen los médanos. Y vamos sumando.

No me siento intruso en esta Casa, que es una prolongación de la nuestra. Por lo demás, nos unen fuertemente –además de los lazos de

* La crónica del acto puede leerse en “Noticias” del presente volumen.

fraterna amistad que tengo con algunos de los periodistas cofrades y el respeto intelectual por todos los presentes— la común preocupación por la lengua, el más perfecto medio de comunicación creado por el hombre, e instrumento común de nuestras faenas intelectuales.

Una parte considerable de mis publicaciones se ha apoyado siempre en investigaciones hemerográficas. Más que ratón de hemeroteca, soy rata mayúscula en esto de roer las páginas de los periódicos. En mis trabajos, he recorrido toda la prensa de la época de las luchas independentistas de nuestros orígenes para rescatar, situar y fechar cada una de las piezas poéticas que la epopeya de la libertad generó en tierras de las Provincias Unidas. Fruto de esa excursión, nunca paseo arqueológico, fueron mis ediciones de *La lira argentina* y de la *Colección de poesías patrióticas*, de 1824 y 1827, respectivamente.

Los dos tomos de los *Escritos de Rubén Darío*, y el tercero inédito, los organicé con el material levantado de la cantera inagotable de *La Nación*, de Buenos Aires. Los diarios y revistas del siglo XIX nutrieron otros trabajos míos, como *Fray Mocho desconocido*; o el rescate de páginas de Ventura Lynch, de Holmberg; los primeros relatos policiales de Luis Varela, y otros; y en el siglo XX, la edición de trabajos ignorados de Marechal, Mallea, Arlt, Güiraldes, Henríquez Ureña y tantos más. Todo recogido en una cosecha paciente y provechosa por el mar de tinta de la prensa periódica.

Durante diez años, practiqué el periodismo cultural en nuestro medio. En estos días, dirijo uno de los más antiguos doctorados en Comunicación de nuestro país, el primero evaluado y convalidado por la CONEAU.

Una de las primeras decisiones adoptadas por nuestra Academia este año fue la de la creación de una Comisión de Prensa para romper la insularidad en que vivíamos, y hemos comenzado a invitar a los Directores de los suplementos culturales de los diarios a conversar con el claustro académico. Ya hemos comenzado esta ronda con la presencia del profesor Hugo Becaccece, de *La Nación*, el pasado 14 de junio.

En una oportunidad en que se me invitó a hacer uso de la palabra en el pleno de la Real Academia Española, el pasado 23 de mayo, comenté la decisión nuestra y sugerí la importancia de crear similares comisiones de prensa en todas las academias, que es una propuesta

concreta que llevaré al Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua en Puerto Rico, en noviembre de este año.

A propósito, me comentó el Director de la RAE, don Víctor García de la Concha, con su peculiar estilo vivaz y ocurrente, que cuando él planteó algo semejante, respecto de una apertura a los medios –hoy la RAE vive la mejor relación con los medios en toda su historia institucional–, un académico pronunció esta definición categórica y paralizante: “La Academia es un convento, y de clausura”. Esta frase cifra una vieja actitud de encarcolamiento e insularidad académicos de la que pretendemos salir.

Quiero comentarles que en el II Congreso Internacional de la Lengua, reunido en Valladolid, se ha creado el llamado *Observatorio del Neologismo*, para que se detecte y estudie de inmediato cada presencia nueva en el léxico cotidiano. Esto permitirá evitar que se aquerencie en el uso de donde ya no podrá desterrárselo una vez que eche raíces. A la vez, en la RAE, funciona cotidianamente un sistema electrónico que trabaja por las noches y a la madrugada, por eso se llama “Búho”, que es un lector de diarios. Entre los diez diarios estables que el sistema revisa todos los días, figuran dos prestigiosos medios argentinos: *Clarín* y *La Nación*. Además, al corpus de análisis se le suman otros quince periódicos que se van alternando en la compulsa, y en este caso, van desfilando *La Capital*, *La Voz del Interior*, y otros, según las rondas. La malla del sistema filtra los vocablos conocidos, recogidos en el *DRAE*, y retiene los nuevos. Estas voces pasan al *Observatorio del Neologismo* para su estudio.

Nuestro *Diccionario del habla de los argentinos*, próximo a editarse, contiene abundante ejemplificación de voces en el uso de páginas periódicas de diarios de la capital y del interior del país, en un treinta por ciento aproximadamente en el total de fuentes citadas, que comprenden además, obras literarias, letras de canciones populares, manuales de oficios, de sitios de Internet.

Respecto del espacio de la comunicación virtual, quiero anotarlos acerca de que tendremos una página propia en el portal de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que inauguraremos el 12 de agosto, alusivamente. El contenido es considerablemente abundante. Allí estará, por ejemplo, la *Colección*, de Pedro de Ángelis, completa en su primera edición. La dirección electrónica será: www.cervantesvirtual.com/portal/AAL

De igual manera, en el ámbito argentino, UNIVERSIA abrirá nuestra página electrónica también este año. Ella, entre varia información, contendrá el fichado de los más de 86.000 libros de nuestro repositorio. La dirección será: www.aal.universia.com.ar

Hemos hablado con el Dr. Escribano sobre algunas actividades conjuntas que podemos llevar a cabo ambas Academias. Inicialmente, la atención coordinada de las dos a favor de la mejora del uso de la lengua en los medios; en lo que hace a las disposiciones legales vigentes y a las necesidades de otras normas que se estimen convenientes para la salud del idioma, como vía de libre expresión en una sociedad democrática; la aplicación de los libros de estilo, ya elaborados por algunos de nuestros mayores diarios, en fin, el uso correcto de la lengua en las comunicaciones públicas en general.

En el año 2004, nuestro país será sede del III Congreso Internacional de la Lengua Española; en la ocasión, la Academia de Letras propondrá una activa participación de otras academias hermanas en las ponencias y debates del caso, de especial manera, las Academias Nacionales de Periodismo y de Educación.

Somos optimistas en las posibilidades de resguardo de la riqueza y adecuación en los medios. Quisiera rescatar las páginas centrales de un excelente trabajo olvidado y difícil de hallar en nuestros días. Me refiero al libro de don Ernesto Quesada, titulado *La evolución del idioma nacional* (Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1922). Esta obra nació motivada por el libro que, en el mismo año, publicó Arturo Costa Álvarez: *Nuestra lengua* (Buenos Aires: Sociedad Editorial Argentina, 1922). El polígrafo Quesada traza una precisa historia de la evolución de la prensa argentina –materia que hartó conocía, como lo prueban sus valiosos aportes en la *Nueva Revista de Buenos Aires* sobre las publicaciones periódicas del siglo XIX–, en relación con el cuidado o desatención del periodismo respecto de la lengua española con sus inflexiones argentinas. Cuando en tiempos de la llamada Generación del Ochenta, se trenzan varios polemistas en artículos y sueltos, debatiendo sobre la lengua que hablamos y escribimos los argentinos, comienza una salutífera reacción desde la prensa misma, avulgarada por entonces en sus expresiones cotidianas escritas, para dar realce al instrumento de la comunicación de todos y bien social

común. Destaco un par de párrafos que precisan esta vuelta del periodismo por sus fueros y prestigio:

El hecho es que todos los entendidos, entre nosotros, se pusieron resueltamente del lado de la buena doctrina [...] Comenzó lenta e irresistible la reacción, y nuestro diarismo emprendió, tesonera y calladamente, una eficaz campaña de depuración en el lenguaje: hoy, al finalizar el primer cuarto de siglo de la centuria presente, puede decirse que lo que entonces era “problema” ha dejado de serlo ahora. (p. 9) La evolución de nuestro idioma nacional ha sido la obra de la prensa periódica, sobre todo del diarismo [...] Entre nosotros es el diarismo el vehículo todopoderoso de las ideas, pues todo el mundo lee regularmente los diarios [...] Cada diario ha cuidado de incorporar a su personal superior un técnico, generalmente español, que fuera hablista consumado, y quien revisa lo que publica el periódico, limpiándolo de abrojos y malezas en punto a lenguaje. Poco a poco el gusto del público se ha ido así formando, acostumbrándose los lectores a leer una prosa castiza e insensiblemente acostumbrándose a reflejarla en su propia conversación, de modo que se han ido desterrando no solo las vulgaridades que esmaltaban los diarios de otra época, sino los desfallecimientos de la sintaxis, los descuidos en el estilo, los inútiles extranjerismos en vocablos y giros. (p. 54)¹

De esa manera, el periodismo restauró un vigilado y correcto uso de nuestra lengua. Pocas décadas después, la radio haría lo propio, constituyéndose en escuela de la buena oralidad. Han pasado los años y, por momentos, pareciera que retornamos en algunos medios a la babélica situación de fines del siglo XIX. Ahora la situación está agravada por la presencia de ciertos programas, o mejor, de ciertos comunicadores televisivos. Pero el trabajo mancomunado de las Academias y la atención de los medios al problema pueden lograr un reencauce beneficioso para todos en la preservación del bien común de la lengua de todos.

Pedro Luis Barcia

¹ El *Boletín de la Academia Nacional de Periodismo* (a. 5, n.º 13, 2002, pp. 19-41) reprodujo las páginas esenciales del trabajo del doctor Quesada, a propósito de las referencias del Dr. Barcia en su comunicación.

NOTICIAS

Homenajes y honras

Entre los días 12 y 15 de marzo, se llevó a cabo en la Universidad de Alicante, España, el Congreso Internacional “La lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos en Homenaje a Alonso Zamora Vicente”.

El lunes 18 de marzo, en Argentores, se realizó un homenaje al académico Martín Alberto Noel y a su señora esposa al cumplirse un año de sus fallecimientos. Participó del homenaje el académico Tesorero, Federico Peltzer, quien tuvo a su cargo el recuerdo del académico desaparecido.

En la sesión 1146.^a, celebrada el 21 de marzo, se rindió homenaje al académico D. Adolfo de Obieta, fallecido el 25 de febrero de 2002.

El 10 de abril, la Asociación de Mujeres Hispanistas realizó un homenaje a la Dra. Ofelia Kovacci; habló el presidente, Dr. Pedro Luis Barcia.

Elección

En la sesión 1151.^a del 9 de mayo, fue elegido miembro Correspondiente el director de la Real Academia Española, D. Víctor García de la Concha.

Fallecimientos

El 29 de noviembre de 2001, falleció el miembro correspondiente don Daniel Devoto.

El 25 de febrero, falleció el académico de número don Adolfo de Obieta.

El 8 de mayo, falleció el miembro correspondiente Juan Miguel Lope Blanch.

Sesión Pública

La sesión 1154.^a fue la primera pública del año y en ella se recibió solemnemente a la señora académica doña Emilia Puceiro de Zuleta. El presi-

dente de la Academia, Dr. Pedro Luis Barcia, pronunció las palabras de apertura del acto y, a continuación, entregó a la señora Emilia Puceiro de Zuleta el diploma y la medalla que la acreditan como miembro de número de la Corporación. La señora académica Alicia Jurado pronunció el discurso de bienvenida. Como cierre del acto, la beneficiaria disertó sobre *Alfonso Reyes y la función de la crítica*.

Labor de la Academia

El académico José Luis Moure informó sobre sus labores en el seno de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, presentó un resumen de las actividades desarrolladas en su carácter de miembro comisionado por la Corporación para participar de las reuniones de la Comisión Permanente entre los días 4 de febrero y 24 de abril.

El 23 de abril, en la sala Bioy Casares, en la Feria del Libro, la Academia conmemoró el "Día del Idioma". Participaron D. Pedro Luis Barcia, D. Federico Peltzer, Da. Emilia P. de Zuleta y D. Isidoro Blaisten. El tema general fue *La Lengua española y el habla de los argentinos*. También estuvo presente la académica correspondiente Elena Rojas Mayer.

El día 13 de mayo, nuestra Corporación, celebró un acto conjunto con la Academia Nacional de la Historia y la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, en homenaje a Estanislao Zavallos. Del mismo participó el señor presidente Pedro Luis Barcia.

Los días 15, 16 y 17 de mayo, se realizó junto con la Academia Nacional de Bellas Artes el *Seminario de cultura contemporánea 2002. Entre la palabra y la imagen: la cuestión del Barroco*. Participaron los señores académicos Pedro Luis Barcia, Federico Peltzer y Emilia P. de Zuleta.

El presidente, académico Pedro Luis Barcia, viajó a España del lunes 20 al martes 25 de mayo a fin de asistir como representante de la Región (Uruguay, Paraguay y la Argentina) a la reunión convocada por la Comisión de trabajo para el *Diccionario Panhispánico de Dudas*.

El académico José María Castiñeira de Dios, como Encargado de Proyectos Especiales, sugirió poner en marcha un proyecto, gestionado por el presidente, que se concretó con la publicación, en el diario *La Nación*, de columnas breves escritas por los académicos sobre el tema *La lectura*.

Representación de la Academia

El académico José Luis Moure formó parte, como delegado de la Academia, de la Comisión de trabajo de la Asociación de Academias de la Lengua Española entre los meses de febrero y abril.

En el mes de marzo, se realizó el Congreso Internacional "Homenaje a Alonso Zamora Vicente", organizado por la Universidad de Alicante y del que participaron el señor presidente, académico Pedro Luis Barcia; la académica Emilia de Zuleta, que presentó una excelente ponencia sobre los cuentos de D. Alonso Zamora Vicente; y el académico José Luis Moure, que habló sobre la revista *Filología*. En la mesa final, que estaba integrada por los presidentes de Academias hispanoamericanas que fueron, más los delegados de la Academia Española, se habló sobre *Breve historia de las Academias*; y el titular presentó la brevísima historia de la Corporación en quince páginas, acompañadas de un disquete. También viajó a España con motivo de la reunión que convocó la Comisión de trabajo para el *Diccionario Panhispánico de Dudas*. Esta Comisión se organizó por regiones; la nuestra está encabezada por la Academia Argentina, comprende Uruguay y Paraguay.

La Academia Argentina de Letras y la Fundación Ortega y Gasset organizaron las Jornadas sobre Aspectos Lingüísticos Especiales, que dictó el académico correspondiente, Prof. Dr. Francisco Marcos Marín.

El Tesorero Federico Peltzer asistió, en representación del Presidente, a la reunión de la Comisión ad hoc encargada de realizar gestiones ante las autoridades competentes para fijar las pautas presupuestarias de la contribución estatal que reciben las Academias Nacionales, de la que participaron los doctores Miguel Ángel de Marco, Academia Nacional de la Historia; Rómulo Cabrini, Academia Nacional de Medicina; Luis Ricardo Silva, Academia Nacional de Educación; y Horacio A. García Belsunce, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires.

El presidente, Pedro Luis Barcia, y los académicos Federico Peltzer y Santiago Kovadloff participaron de las reuniones con las Academias de Educación y Periodismo, por el tema de la defensa de la lengua en los medios de comunicación.

El presidente de la Corporación, Dr. Pedro Luis Barcia, visitó y disertó en una sesión de la Academia Nacional de Periodismo, especialmente invitado por su titular Dr. José Claudio Escribano.

El académico Antonio Requeni aceptó integrar el Jurado del premio narrativa del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y el del concurso "Los libros mejor impresos y editados de la Argentina", años 2000 y 2001 de la Cámara Argentina de Publicaciones.

Se designó a la señora académica, Dra. Alicia Zorrilla para integrar la Comisión de Gramática que trabaja con la Real Academia Española, como Coordinadora de la Región Rioplatense.

Visitas

El 21 de marzo visitó la Academia la señora Maite Fernández Obieta, quien estuvo presente en el homenaje a su señor padre, el académico Adolfo de Obieta.

En la sesión 1153.^a del 13 de junio, estuvo presente el Director del Suplemento Literario del diario *La Nación*, Prof. Hugo Beccacece.

Comunicaciones

El 11 de abril se llevó a cabo la sesión 1148.^a, en la que el académico Antonio Requeni leyó una comunicación sobre *Recuerdo de Camilo José Cela*.

En la sesión 1152.^a del 30 de mayo, el académico Antonio Requeni leyó una comunicación en homenaje a *Manuel Peyrou (1902-1974)*.

El 13 de junio se llevó a cabo la sesión 1153.^a, en la que el académico Secretario general, Rodolfo Modern, leyó una comunicación sobre *Electra: entre Atenas y la Atenas del Plata*.

Donaciones

Biblioteca Abraham Rosenvasser, por adenda n.º 18, se toma nota de la donación realizada por sus hijos de las revistas que entraron en el período 01-I-2001 al 31-XII-2001.

La señora Lilia Méndez de Kovacci hizo entrega de la donación de los libros de la biblioteca personal de la Dra. Ofelia Kovacci, quien fue presidenta de la Corporación.

Por gestión del presidente, Pedro Luis Barcia, se recibió un conjunto de manuscritos inéditos de la autoría de quien fue miembro correspondiente de

la Academia, D. Juan Alfonso Carrizo; también se recibieron los siguientes textos: *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*, de Manuel Osorio y Bernard; *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, de Aurora Egido; y de la colección Clásicos Castalia, *La Serrana de la Vera*, de Luis Vélez de Guevara; *La Pródiga*, de Pedro Antonio de Alarcón; *Crónica del Rey don Rodrigo*, de Pedro de Corral, tomos I y II.

Del Secretario general, académico Rodolfo Modern, su obra *Teatro*, vol. 3; *El sueño de Tiresia*, de Edgar Brau; *Asombro y orden*, de Héctor Villanueva.

De la señora académica Emilia P. de Zuleta: *Índices de las Actas del 2.º, 3.º, 4.º y 5.º Congresos Argentinos de Hispanistas*, de la Asociación Argentina de Hispanistas; *Diccionario de Regionalismos de la provincia de San Luis*, de María Delia Gatica de Montiveros.

Del académico Antonio Requeni, los libros: *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, de Enrique M. Mayochi; *Cultura escrita y educación*, *Conversaciones con Emilia Ferreiro*; *Cultura escrita, literatura e historia*, *Conversaciones con Roger Chartier*; *Gaucha de Arenrunguá*, de Polonio Collazo –Antonio Díaz (hijo)–; *Payada: Gabino Jacinto Ezeiza y Pablo José Vázquez*; *Temas de crítica literaria*, de Andrés Bello; *Teoría del lenguaje y lingüística actual*, de Eugenio Coseriu; *Elementos de fonética general*, de Samuel Gili Gaya; *El lenguaje*, de Luis Hjelmslev; *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana*, de Arturo Torres-Río seco.

Del académico Horacio Castillo: cincuenta libros, quince obras de Ricardo Rojas y veinte folletos.

Obras Completas, de Aurelio Miró Quesada, donadas por su hija Milagros Miró Quesada de Rodríguez Larraín.

De Francisco Petrecca, el *Diccionario americano de dudas frecuentes de la lengua española*, por él dirigido.

De Rodolfo Godino, su libro *Ver a través*.

Del escultor Gyula Kosice, de sus libros: *Arte y Filosofía Porvenirista* (ensayos) y *Madigrafías*, y otros textos.

Del Prof. Jorge Oscar Pickenhayn, su obra *Los grandes músicos de Europa y América en el siglo XX*.

De la Prof. Graciela Giunta, que ha colaborado en el volumen, *Martin Fierro*, de José Hernández, edición crítica de Élide Lois y Ángel Núñez.

Memoria del XI Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en México.

NORMAS EDITORIALES PARA LA PRESENTACIÓN DE TRABAJOS DESTINADOS AL *BAAL*

1. Los artículos propuestos (originales e inéditos) se enviarán al Director del *Boletín* (Dr. Pedro Luis Barcia. T. Sánchez de Bustamante 2663. C1425DVA Buenos Aires. Capital) en una copia, en papel (tamaño A4) a dos espacios y en soporte informático (disquete: 3,5). Se incluirá, además, el nombre del autor (o autores), dirección postal y correo electrónico, situación académica y nombre de la institución científica a la cual pertenece(n).
2. No se aceptarán colaboraciones espontáneas, si no han sido solicitadas por el Director del *Boletín*. Los artículos serán sometidos a una evaluación (interna y externa) por el Consejo Asesor.
3. El Consejo Asesor se reservará los siguientes derechos:
 - pedir artículos a especialistas cuando lo considere oportuno,
 - rechazar colaboraciones por razones de índole académica,
 - establecer el orden en que se publicarán los trabajos aceptados,
 - rechazar (o enviar para su corrección) los trabajos que no se atengan a las normas editoriales del *Boletín*.
4. Los artículos enviados deben ser presentados en procesador de textos para PC, preferentemente, en programa Word para Windows.
5. Los autores de los trabajos deben reconocer su responsabilidad intelectual sobre los contenidos de las colaboraciones y la precisión de las fuentes bibliográficas consultadas. También, serán responsables del correcto estilo de sus trabajos.
6. Cláusula de garantía: Las opiniones de los autores no expresarán necesariamente el pensamiento de la Academia Argentina de Letras.
7. El (los) nombre(s) del (los) autor(es) se señalarán en versalita, optándose por el orden de entrada siguiente: Autor, Nombre (GÜIRALDES, RICARDO).
8. La lengua de publicación es el español, eventualmente, se aceptarán artículos en portugués.

9. El artículo propuesto no sobrepasará las veinte (20) páginas de extensión. En casos particulares, se podrán admitir contribuciones de extensión superior.
10. En caso de ilustraciones, gráficos e imágenes, tanto en papel como en soporte informático, es necesario comunicarse previamente con el Consejo Asesor del *Boletín*.
11. La letra *bastardilla* (cursiva o itálica) se empleará en los casos siguientes:
 - a) para los títulos de libros, revistas y periódicos;
 - b) para citar formas lingüísticas (p. e.: la palabra *mesa*; de la expresión *de vez en cuando*; del alemán *Aktionsart*; el sufijo *-ón*).
12. Las comillas dobles se emplearán para citar capítulos de libros, artículos de revistas, contribuciones presentadas en congresos y colaboraciones editadas en periódicos.
13. Los títulos de novelas, cuentos y poemas se escribirán entre comillas dobles españolas o latinas (angulares) cuando estén incluidos en un texto compuesto en cursiva (p. e.: en las citas bibliográficas de libros), y en el caso que se encuentren citados en artículos de revistas, capítulos de libros, ponencias de congresos y colaboraciones en periódicos (p. e.: BORELLO, RODOLFO A. "Situación, prehistoria y fuentes medievales: «El Aleph» de Borges". En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. T. 57, n.º 223-224 (1992), pp. 31-48).
14. Las comillas dobles también se utilizarán para las citas de textos que se incluyen en el renglón (p. e.: El autor señala constantemente el papel de "la mirada creadora" en ámbitos diversos). Las citas de mayor extensión deberán colocarse fuera del renglón con sangría y sin comillas. Si se trata de versos, se separarán por barras (/). Para comentar el texto citado, se emplearán, en todos los casos, corchetes ([]). La eliminación de una parte de un texto se indicará mediante puntos suspensivos encerrados entre corchetes ([...]).
15. Las notas bibliográficas al pie de página se escribirán al final del texto (sin utilizar la forma automática del procesador de texto). La remisión a la cita se indicará en el texto con número arábigo volado.
16. Para expresar agradecimientos u otras notas aclaratorias acerca del trabajo, se utilizará una nota encabezada por asterisco, la que precederá a las otras notas. Dicho asterisco figurará al final del título.
17. En el texto de las notas bibliográficas, se evitará el empleo de locuciones latinas para abreviar las referencias (tales como *op. cit.*, *ibid.*, etc.). Se recomienda, por su claridad, repetir la(s) primera(s) palabra(s) del título seguida(s) de puntos suspensivos (p. e.: ARCE, JOAQUÍN. *Tasso...*, p. 23).

18. La bibliografía consultada se redactará al final del trabajo, luego de las notas, según los criterios expresados a continuación.

EJEMPLOS DE LAS NOTAS BIBLIOGRÁFICAS Y LA BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Libros (un autor):

QUEVEDO, FRANCISCO DE. *Poemas escogidos*. Edición, introducción y notas de José Manuel Blecua. Madrid: Castalia, 1974. 382 p. (Clásicos Castalia; 60).

Con subtítulo:

ARCE, JOAQUÍN. *Tasso y la poesía española: repercusión literaria y confrontación lingüística*. Barcelona: Planeta, 1973. 347 p. (Ensayos/Planeta).

Nueva edición, colaboradores y volúmenes:

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. 2.^a ed. correg. y actual. Edición y notas por Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner; prólogo de Marcos A. Morínigo. Buenos Aires: Huemul, 1983. 2 v. (Clásicos Huemul; 71).

Dos autores:

PICHOIS, CLAUDE Y ANDRÉ M. ROUSSEAU. *La literatura comparada*. Versión española de Germán Colón Doménech. Madrid: Gredos, 1969. 241 p. (Biblioteca Romántica Hispánica. III. Manuales; 23).

MORLEY, S. GRISWOLD Y COURTNEY BRUERTON. *Cronología de las comedias de Lope de Vega: con un examen de las atribuciones dudosas, basado todo ello en un estudio de su versificación estrófica*. Versión española de María Rosa Cartes. Madrid: Gredos, 1968. 693 p. (Biblioteca Romántica Hispánica. I. Tratados y Monografías; 11).

Tres autores:

DELACROIX, SAMUEL; ALAIN FOUQUIER Y CARLOS A. JENDA

Más de tres autores:

OBIETA, ADOLFO DE Y OTROS. *Hablan de Macedonio Fernández*, por Adolfo de Obieta, Gabriel del Mazo, Federico Guillermo Pedrido, Enrique Villegas, Arturo Jauretche, Lily Laferrère, Miguel Shapire, Leopoldo Marechal, Manuel Peyrou, Francisco Luis Bernárdez, Jorge Luis Borges y Germán Leopoldo García. Buenos Aires: Carlos Pérez, 1968. 127 p.

Editor o compilador:

AIZENBURG, EDNA, ed.

DISKIN, MARTÍN Y FERNANDO LEGÁS, eds.

RODRÍGUEZ SERRANO, MARÍN, comp.

Autor institucional:

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS. *Academia Argentina de Letras: 1931-2001*. Buenos Aires: Academia, 2001. 63 p.

Sin autor identificado, anónimos y antologías:

Enciclopedia lingüística hispánica. I. Madrid: CSIC, 1959.

Capítulo de libro:

FILLMORE, CHARLES. "Scenes and frames semantics". En ZAMPOLLI, A., ed. *Linguistic structures processing*. Amsterdam: North-Holland, 1982, pp. 55-81.

Coseriu, Eugenio. "Para una semántica diacrónica estructural". En su *Principios de semántica estructural*. Madrid: Gredos, 1977, pp. 11-86.

Reseña:

HWANGPO, CECILIA P. Reseña de: *Análisis lingüístico del género chico andaluz y rioplatense (1870-1920)* / Miguel Calderón Campos. Granada: Universidad de Granada, 1998. 545 p. En *Hispanic Review*. Vol. 69, n.º 3 (2001), pp. 381-382.

Documentos en Internet:

Artículo de revista:

HAMMERSLEY, MARTYN Y ROGER GOMM. "Bias in social research" [en línea]. En *Sociological Research Online*. Vol. 2, n.º 1 (1997).
<http://www.socresonline.org.uk/socreonline/2/1/2.html> [Consulta: 29 abril 2002].

Periódico:

CUERDA, JOSÉ LUIS. "Para abrir los ojos" [en línea]. *El País Digital*. 9 mayo 1997, n.º 371. <http://www.elpais.es/p/19970509/cultura> [Consulta: 18 junio 1998].

Otros:

WALKER, JANICE R. *MLA-style citations of electronic sources* [en línea]. Endorsed by the Alliance for Computer and Writing. Ver 1.1. Tampa, Florida: University of South Florida, 1996.
<http://www.cas.usf.edu/english/walker/mla.html> [Consulta: 12 marzo 1999].

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Boletín, órgano oficial de la Academia Argentina de Letras, 67 tomos (1933-2002), 264 números.

Anejos del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*

ANEJO I: *Homenaje a Jorge Luis Borges*. (1999). **Agotado**.

SERIE CLÁSICOS ARGENTINOS

- I. Juan María Gutiérrez: *Los poetas de la revolución*. Prólogo de Juan P. Ramos. (1941). **Agotado**.
- II. Olegario V. Andrade: *Obras poéticas*. Texto y estudio de Eleuterio F. Tiscornia. (1943). **Agotado**.
- III-IV. Calixto Oyuela: *Estudios literarios*. Prólogo de Álvaro Melián Lafinur. (2 tomos, 1943). **Agotados**.
- V-VI. José Mármol: *Poesías completas*. Tomo I, *Cantos del Peregrino*. Texto y prólogo de Rafael Alberto Arrieta. Tomo II, *Armonías, Poesías diversas*. Notas preliminares de Rafael Alberto Arrieta. (Tomo I, 1946 - Tomo II, 1947). **Agotados**.
- VII-VIII. Calixto Oyuela: *Poetas hispanoamericanos*. 2 tomos. (Tomo I, 1949 - Tomo II, 1950). Tomo I: **agotado**.

- IX-X. Paul Groussac: *Mendoza y Garay*. Tomo I, *Don Pedro de Mendoza*. Prólogo de Carlos Ibarguren. Tomo II, *Juan de Garay*. (Tomo I, 1949 - Tomo II, 1950). **Agotados**.
- XI. Rafael Obligado: *Prosas*. Compilación y prólogo de Pedro Lúis Barcia. (1976). **Agotado**.
- XII. Juan María Gutiérrez: *Pensamientos*. Prólogo de Ángel J. Battistessa. (1980). **Agotado**.
- XIII. Martín Coronado: *Obras dramáticas*. Selección y prólogo de Raúl H. Castagnino. (1981).
- XIV. Joaquín Castellanos: *Páginas evocativas*. Selección y prólogo de Bernardo González Arrili. (1981).
- XV. *La Lira Argentina*. Edición crítica, estudio y notas por Pedro Luis Barcia. (1982).
- XVI. Juan Bautista Alberdi: *Escritos satíricos y de crítica literaria*. Prólogo y notas de José A. Oría. (1986).

SERIE ESTUDIOS ACADÉMICOS

- I. William Shakespeare: *Venus y Adonis*. Traducción poética directa del inglés, precedida de una introducción y seguida de notas críticas y autocríticas por Mariano de Vedia y Mitre. Prólogo de Carlos Ibarguren. (1946). **Agotado**.
- II. Arturo Marasso: *Cervantes*. (1947). **Agotado**.
- III. Gonzalo Zaldumbide: *Cuatro grandes clásicos americanos*. (1948). **Agotado**.
- IV. Bartolomé Mitre: *Defensa de la poesía*. Introducción y notas críticas por Mariano de Vedia y Mitre. (1948). **Agotado**.

- V. Dalmacio Vélez Sársfield: *La Eneida*. Prólogo de Juan Álvarez. (1948). **Agotado.**
- VI. José León Pagano: *Evocaciones. Ensayos*. (1964). **Agotado.**
- VII. José A. Oría: *Temas de actualidad durable*. (1970). **Agotado.**
- VIII. Fermín Estrella Gutiérrez: *Estudios literarios*. (1969). **Agotado.**
- IX. Jorge Max Rohde: *Humanidad y humanidades*. Estudios literarios. (1969). **Agotado.**
- X. Carmelo M. Bonet: *Pespuntos críticos*. (1969). **Agotado.**
- XI. Ricardo Sáenz-Hayes: *Ensayos y semblanzas*. (1970). **Agotado.**
- XII. Osvaldo Loudet: *Figuras próximas y lejanas. Al margen de la historia*. (1970). **Agotado.**
- XIII. Carlos Villafuerte: *Refranero de Catamarca*. (1972). **Agotado.**
- XIV. Alfredo de la Guardia: *Poesía dramática del romanticismo*. (1973). **Agotado.**
- XV. Leonidas de Vedia: *Baudelaire*. (1973). **Agotado.**
- XVI. Miguel Ángel Cárcano: *El mar de las Cícladas*. (1973). **Agotado.**
- XVII. Rodolfo M. Ragucci: *Voces de Hispanoamérica*. (1973). **Agotado.**

- XVIII. José Luis Lanuza: *Las brujas de Cervantes*. (1973). **Agotado**.
- XIX. Bernardo González Arrili: *Tiempo pasado. Semblanza de escritores argentinos*. (1974). **Agotado**.
- XX. Carlos Villafuerte: *Adivinanzas recogidas en la provincia de Catamarca*. (1975). **Agotado**.
- XXI. Osvaldo Loudet: *Ensayos de crítica e historia*. (1975). **Agotado**.
- XXII. Orestes Di Lullo: *Castilla: Altura de España*. (1975). **Agotado**.
- XXIII. Jorge Max Rohde: *Ángulos*. (1975). **Agotado**.
- XXIV. Alfredo de la Guardia: *Temas dramáticos y otros ensayos*. (1978). **Agotado**.
- XXV. Eduardo González Lanuza: *Temas del «Martín Fierro»*. Prólogo de Bernardo Canal Feijóo. (1981).
- XXVI. Celina Sabor de Cortazar: *Para una relectura de los clásicos españoles*. Presentación de Raúl H. Castagnino. (1987).
- XXVII. *Sarmiento –Centenario de su muerte–*. Recopilación de textos publicados por miembros de la Institución. Prólogo de Enrique Anderson Imbert. (1988).
- XXVIII. Estanislao del Campo: *Fausto*. Estudio preliminar de Ángel J. Battistessa. (1989).
- XXIX. Raúl H. Castagnino: *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*. 2 tomos. Noticia preliminar de Amelia Sánchez Garrido. (1989).

- XXX. *España y el Nuevo Mundo. Un diálogo de quinientos años.* Textos pertenecientes a miembros de la Institución. Prólogo de Federico Peltzer. 2 tomos. (1992).
- XXXI. Antonio Pagés Larraya: *Nace la novela argentina (1880-1900).* (1993).
- XXXII. Paul Verdevoye: *Costumbres y costumbrismos en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834.* (1994).
- XXXIII. Ángela B. Dellepiane: *Concordancias del poema Martín Fierro.* 2 tomos. (1995).
- XXXIV. Raúl H. Castagnino: *Misceláneas de lo literario.* (1998).
- XXXV. Carlos Orlando Nállim: *Cervantes en las letras argentinas.* (1998).
- XXXVI. Horacio Castillo: *Ricardo Rojas.* (1999).
- XXXVII. Oscar Taccá: *Los umbrales de «Facundo» y otros textos sarmientinos.* (2000).
- XXXVIII. Horacio Castillo: *Darío y Rojas. Una relación fraternal.* (2002).
- XXXIX. Federico Peltzer: *...En la narrativa argentina.* (2003).

SERIE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y FILOLÓGICOS

- I. Pedro Henríquez Ureña: *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos.* Compilación y prólogo de Juan Carlos Ghiano. (1976). **Agotado.**
- II. María Luisa Montero: *Vocabulario de Benito Lynch,* con la colaboración de Silvia N. Trentalance de Kipreos. Premio Conde de Cartagena (1980-1982), de la Real Academia Española. (1986).

SERIE HOMENAJES

- I. *Homenaje a Cervantes. (1947). Agotado.*
- II. *Homenaje a Leopoldo Lugones. 1874-1974. (1975). Agotado.*
- III. *Homenaje a Francisco Romero. 1891-1962. (1993).*
- IV. *Homenaje a Oliverio Girondo. 1891-1967. (1993).*
- V. *Homenaje a Álvaro Melián Lafinur. 1889-1958 y Olegario V. Andrade. 1839-1882. (1993).*
- VI. *Homenaje a Pedro Salinas. 1891-1951. (1993).*
- VII. *Cuatro Centenarios (José A. Oria, Bernardo González Arrili, Jorge Max Rohde, Pedro Miguel Obligado). (1994).*
- VIII. *Homenaje a Vicente Huidobro. 1893-1948 y César Vallejo. 1892-1938. (1994).*
- IX. *Homenaje a Edmundo Guibourg. 1893-1986. (1994).*
- X. *Homenaje a Juan Bautista Alberdi. 1810-1884. (1995).*
- XI. *Homenaje a José Hernández. 1834-1886 y Ricardo Güiraldes. 1886-1927. (1995).*
- XII. *Homenaje a Federico García Lorca. 1898-1936. (1995).*
- XIII. *Homenaje a Roberto F. Giusti. 1887-1978. (1995).*
- XIV. *Homenaje a Celina Sabor de Cortazar. 1913-1985. (1995).*
- XV. *Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento. 1811-1888. (1995).*

XVI. *Homenaje a Arturo Capdevila. 1889-1967 y Osvaldo Loudet. 1889-1983.* (1995).

XVII. *Homenaje a Alfonso Reyes. 1889-1959.* (1995).

XVIII. *Homenaje a Alfonso de Laferrière. 1893-1978.* (1995).

XIX. *Homenaje a Juana de Ibarbourou y Sor Juana Inés de la Cruz.* (1996).

XX. *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada. 1895-1964.* (1997).

XXI. *Homenaje a Victoria Ocampo. 1890-1979.* (1997).

OTRAS PUBLICACIONES

Discursos Académicos

I. *Discursos de recepción 1933-1937* (1945).

II. *Discursos de recepción 1938-1944* (1945).

III. *Discursos y conferencias 1932-1940* (1947).

IV. *Discursos y conferencias 1941-1946* (1947).

Augusto Malaret: *Diccionario de americanismos. (Suplemento).* 2 tomos. Tomo I (1942). Tomo II (1944). **Agotados.**

Leopoldo Lugones: *Diccionario etimológico del castellano usual.* (1944). **Agotado.**

Leopoldo Díaz: *Antología.* Prólogo de Arturo Marasso. (1945). **Agotado.**

Carlos Villafuerte: *Voces y costumbres de Catamarca.* 2 tomos. Tomo I (1954). Tomo II (1961). **Agotados.**

Baltasar Gracián: *El discreto.* Texto crítico por Miguel Romera Navarro y Jorge M. Furt. (1959). **Agotado.**

Martín Gil: *Antología*. Selección y prólogo de Arturo Capdevila. (1960).

Ricardo Sáenz-Hayes: *Ramón J. Cárcano, en las letras, el gobierno y la diplomacia. (1860-1946)*. (1960).

Arturo Capdevila: *Alta memoria. Libro de los ausentes que acompañan*. (1961). **Agotado**.

IV Congreso de las Academias de la Lengua Española. (1966). **Agotado**.

Arturo Marasso: *Poemas de integración*. (1964); 2.^a edición. (1969).

Enrique Banchs: *Obra poética*. Prólogo de Roberto F. Giusti. (1973). Reimpresión (1981).

Enrique Banchs: *Prosas*. Selección y prólogo de Pedro Luis Barcia. (1983).

Jorge Vocos Lescano: *Obra poética*. 2 tomos. Tomo I: 1949-1977. (1979). Tomo II: 1978-1987. (1987).

Carlos Mastronardi: *Poesías completas*. Prólogo de Juan Carlos Ghiano. (1981).

Bernardo González Arrili: *Ayer no más*. "Calle Corrientes entre Esmeralda y Suipacha". "Buenos Aires, 1900". Palabras preliminares por Raúl H. Castagnino. (1983).

Carlos Mastronardi: *Cuadernos de vivir y pensar*. (1930-1970). Prosa. Prólogo de Juan Carlos Ghiano. (1984).

Atilio Chiáppori: *Prosa narrativa*. Noticia preliminar y selección de Sergio Chiáppori. (1986).

Dardo Rocha: *Teatro*. Advertencia preliminar por Amelia Sánchez Garrido. (1988).

Leopoldo Lugones: *Historia de Sarmiento*. Estudio preliminar de Juan Carlos Ghiano. (1988).

Nicolás Avellaneda: *Escritos*. Prólogo de Juan Carlos Ghiano. (1988).

Pedro Henríquez Ureña: *Memorias-Diario*. Introducción y notas por Enrique Zuleta Álvarez. (1989).

Jorge L. Borges: *El caudillo*. Prólogo de Alicia Jurado. (1989).

Víctor Gálvez (Vicente G. Quesada): *Memorias de un viejo*. Estudio preliminar de Antonio Pagés Larraya. (1990).

Academia Argentina de Letras: *Léxico del habla culta de Buenos Aires (PILEI)*. Prólogo de Carlos Alberto Ronchi March. (1998).

Academia Argentina de Letras. 1931-2001. Guía informativa. (2001).

Índice del Boletín de la Academia Argentina de Letras. Desde 1935 hasta 1982.

Acuerdos acerca del idioma:

Tomo I (1931-1943), Tomo II (1944-1951), Tomo III (1956-1965), Tomo IV (1966-1970), Tomo V (1971-1975), Tomo VI –Notas sobre el habla de los argentinos– (1971-1975), Tomo VII (1976-1980), Tomo VIII –Notas sobre el habla de los argentinos– (1976-1980), Tomo IX (1981-1985), Tomo X –Notas sobre el habla de los argentinos– (1981-1985), Tomo XI (1986-1990), Tomo XII –Notas sobre el habla de los argentinos– (1986-1990). Tomos I y II: **agotados**.

Registro del habla de los argentinos. (1994). **Agotado**.

Dudas idiomáticas frecuentes. Verbos. (1994).

Registro del habla de los argentinos. Adenda 1995. (1995). **Agotado**.

Dudas idiomáticas frecuentes. (Versión ampliada). (1995). **Agotado**.

Registro del habla de los argentinos. (1997).

Disquete 3½ (2) Dudas idiomáticas frecuentes. Verbos. (1997).
Agotado.

Dudas idiomáticas frecuentes. (Versión que incorpora normas de la Ortografía, de la Real Academia Española, ed. 1999). (2000).

CD-ROM. Registro de Lexicografía Argentina. (2000).

CD-ROM. Dudas Idiomáticas Frecuentes. (2001).

Novedades

Diccionario del habla de los argentinos, Academia Argentina de Letras. Editorial Espasa, 2003.

Reflexiones sobre la lectura. Ensayos breves escritos por académicos. Academia Argentina de Letras. Editorial Dunken, 2003.

SUMARIO

COMUNICACIONES

Modern, Rodolfo, <i>Palabras de homenaje en ocasión del fallecimiento de don Adolfo de Obieta</i>	85
Barcia, Pedro Luis, <i>Las anotaciones de Echeverría a los • argentinismos incluidos en sus poemas</i>	89
Requeni, Antonio, <i>Recuerdo de Camilo José Cela</i>	101
Requeni, Antonio, <i>Manuel Peyrou (1902-1974)</i>	107
Modern, Rodolfo, <i>Electra: entre Atenas y la Atenas del Plata</i>	113

NECROLOGÍA

<i>Contribución a la bibliografía de don Adolfo de Obieta (1912-2002)</i>	129
---	-----

CRÓNICA

Barcia, Pedro Luis, <i>Visita a la Academia de Periodismo</i>	131
---	-----

NOTICIAS 137

Normas editoriales para la presentación de trabajos destinados al <i>Boletín de la Academia Argentina de Letras</i>	143
---	-----

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

La Academia no mantiene correspondencia sobre material no publicado. Dirección Postal: T. Sánchez de Bustamante 2663. C 1425 DVA Buenos Aires, República Argentina.

